

INVASIONES INGLESAS

INVASIONES INGLESAS

PROCESO INSTRUIDO
al Teniente General
Don JUAN WHITELOCKE

Jefe superior del ejército inglés, vencido en la defensa
de Buenos Aires.



BUENOS AIRES

Arturo E. López, Editor, Victoria 766

1913

INVASIONES INGLESAS



Don Santiago de Liniers y Bremont
General en Jefe del ejército vencedor
en la Reconquista y Defensa



Sir John Whitelocke
Teniente General, Jefe superior de las
tropas inglesas en el Río de la Plata,
vencido en la Defensa.



Gral. Juan Martín de Pueyrredón
Héroe de la Reconquista de Buenos
Aires



Gral. William Carr Berresford
Vencido en la Reconquista.

—— REIMPRESIÓN ——
de la Traducción de A. ZINNY,
publicada en el año 1870. ——



INTRODUCCIÓN

I.

La Inglaterra que, con el vigor de sus instituciones y por el estado floreciente en que se encuentran sus artes, hizo y sigue haciendo sentir el efecto de su industria, desde un centro común, a todos los puntos más remotos de las cuatro partes del mundo; mientras puebla y civiliza la quinta, que sigue sus sabias leyes, habla su idioma y recibe sus costumbres y su comercio, con sus artes y con sus luces; la Inglaterra, repetimos, antorcha del genio emprendedor, sufrió el más cruel revés que nación alguna jamás experimentara, debido, más que todo, a la criminal ineptitud de un general, en quien la civilización y los amantes del progreso tenían la vista fija.

Sir Home Pophan había transmitido a Inglaterra el cuadro más animado que podía trazarse de la riqueza y fertilidad del país en que el valiente general (después Vizconde) Beresford acababa de establecer sus reales en circunstancias que podrían excitar asombro y admiración. La toma de Buenos Aires parecía un acontecimiento que con más propiedad debiera colocarse a la par de las hazañas más atrevidas del siglo de la caballería andante, que con las empresas militares de esta época. Con un puñado de hombres (1500), desembarcó en un país totalmente desconocido, y pasó a atacar una ciudad que cubría algunas leguas cuadradas y contenía unos 50.000 habitantes. El Virrey Sobremonte era el que presidía las tropas; éstas eran man-

dadas por generales europeos, y el rencor de religión inspiraba hacia los ingleses el odio de españoles y criollos. Asimismo, el general Beresford tomó a Buenos Aires. No sólo esto, sino lo que era más extraño, obligó al enemigo a desechar su disgusto y desconfianza hacia él y su nación, prestándole en vez de eso su amistad y estimación. La rara combinación, que el general Beresford exhibió, de disciplina, vigilancia y circunspección, con las maneras populares y franco porte del soldado y el caballero, encantó a los de Buenos Aires, habilitándole a conservar lo conquistado por meses, y sólo se rindió vencido por el número irresistiblemente superior, haciendo una honrosa capitulación que agregaba nuevos laureles a los conseguidos ya con la realización de su anterior victoria.

Si en lugar de un Whitelocke, las fuerzas inglesas hubieran tenido un Beresford a su cabeza, ¡cuán diferente habría sido la historia argentina!

Juntamente con la noticia de la toma de la Capital del Plata por Beresford, el Gobierno inglés recibió informes sobre la acogida que el pueblo había dado a sus conquistadores, con quienes se manifestó no sólo contento, sino también complaciente y amable. Se aseguraba que el Perú y sus ricas minas tenían paso franco para el comercio, por el Río de la Plata; que las regiones tropicales del Paraguay eran accesibles por medio de la navegación; que millares de cabezas de ganado vacuno pacían en lozanas llanuras; que un buey valía 4 chelines y un caballo la mitad de dicha suma; que los naturales darían oro por manufacturas inglesas, a la vez que sus almacenes de depósito estaban llenos de frutos del país, así como sus cofres de preciosos metales.

Con semejante descripción de la Nueva Arcadia, fácil es suponer que el comercio británico, siempre listo a volar a tierra extraña, desaferrara presuroso las velas de sus bajeles y les diera dirección con rumbo a Sud América. Ricos, pobres, necesitados, especuladores, ambiciosos, todos contaban hacer o reparar su fortuna en estas favore-

oidas regiones. Para proteger a sus súbditos y sus propiedades el Gobierno se apresuró a equipar una segunda expedición al mando del dignísimo caballero Sir Samuel Auchmuty, a cuya energía y filantropía no menos que a la admirable disciplina de las tropas británicas se debió que, las consecuencias de la toma de la plaza de Montevideo, después de un sangriento ataque, dejaran de presentar aquellas horribles escenas que en semejantes circunstancias suelen acontecer. Fué así cómo una o dos semanas bastarían para que todos los habitantes tuvieran confianza en sus invasores, en cuanto era posible.

Sir Samuel Auchmuty no introdujo cambio alguno en las instituciones civiles del país, pero todas las clases fueron tratadas por él con la mayor afabilidad.

Centenares de buques estaban anclados en el puerto de Montevideo, y todos esperando con ansia el arribo de nuevas fuerzas de Inglaterra, luego que se hubiese sabido allí el feliz resultado de la campaña sobre dicha plaza, a fin de volver a tentar fortuna sobre Buenos Aires. Muy luego se anunció en aquella plaza la próxima llegada de una formidable expedición al mando del citado general Whitelocke, y como se creía que las fuerzas de línea, de guarnición en Montevideo, tendrían que cooperar en el proyectado ataque de esta capital, dióse orden que todos los comerciantes y demás súbditos ingleses formasen un cuerpo de milicia al mando del coronel Tyrrell, colector de aduana, con el fin de reemplazar a aquéllas en el servicio de guardia, patrulla, etc.

Entre tanto, aparece Whitelocke, quien tiene la fatuidad de asegurar a los comerciantes que dentro de un mes podrían ya pasar libremente a Buenos Aires; y efectivamente, con un ejército como el que traía, què podría enorgullecer a cualquier general, y con una escuadra bien provista en todo sentido y equipada, y acompañado de tan distinguidos y valientes oficiales como Auchmuty, Pack, Gower, Craufurd y otros, pero con otro que no fuese Whitelocke, el triunfo era indudable.

El primer error de este general fué hacer el desembarco de sus fuerzas en la Ensenada, emprendiendo una marcha larga y penosa. El segundo, no haber aprovechado el pánico que la sola vista de las *casacas coloradas* se había apoderado de las tropas españolas al mando del general Liniérs, marchando en seguida a tomar posesión de la ciudad, casi sin oposición. Pero prefirió perder un día entero, justificando la creencia, de que tenía miedo de atacar al enemigo y dándole tiempo de rehacerse. El tercer error fué el modo de atacar la ciudad, sin orden de defenderse siquiera su valiente ejército, no digno por cierto de tan cruel cuanto amarga suerte. Cometi6 muchos otros errores por terco, flojo y caprichoso, sellando su otra deshonra con la capitulación. El no debió ni tuvo necesidad de acceder a las condiciones de la capitulación en todas sus partes, y mucho menos consentir en la evacuación de Montevideo, a que debía oponerse en lo posible. El alcalde de primer voto Alzaga, que tuvo parte en la redacción de aquel animoso tratado, decía «pongan que deberá también evacuar Montevideo!» «¡Oh!» contestó el Virrey Liniérs», «eso no corresponde, pues echaría a perder todo». «*Pongámaslo*» replicó el resuelto e influyente ciudadano; «se podrá borrar fácilmente, si hay oposición».

Esta capitulación, por la que se «*permitta*» al ejército inglés evacuar la ciudad de Buenos Aires y la cláusula de abandonar dentro del plazo de dos meses la de Montevideo, hicieron derramar lágrimas a viejos veteranos, como el coronel Brown, a quien cupo el doloroso deber de anunciar la derrota y humillación del valiente ejército de que él era una de las joyas más brillantes.

En verdad, era muy doloroso, ver inutilizados los heroicos esfuerzos de unas tropas que tanto se habían distinguido, por su intrepidez y ejemplar conducta, en otras regiones del globo. Sólo a falta de habilidad en la dirección de esa desgraciada campaña, las armas, antes triunfantes, sufrieron en su honor y reputación con mengua del orden y de la civilización.

Lejos de merecer vituperio, la invasión inglesa abrió el camino a la independencia de Sud América; y si ella hubiera tenido feliz éxito, los argentinos se hallarían palpan-do hoy sus beneficios de un modo brillante. Y puede asegu-rarse que las escenas de escándalo experimentadas hasta esta fecha, no habrían encontrado cabida ni en la imagina-ción del utopista más fatídico. Inglaterra fué la primera en reconocer a los gobiernos independientes, facilitándoles empréstitos de dinero para sostenerse, remitiendo millones para explotar sus minas, inmigración para poblar sus desi-ertos, productos manufactureros mucho más allá de lo necesario para el consumo del país.

El triunfo de las armas británicas, nos habría librado de un año 15, precursor de un año 20, tan preñado de actos de anarquía y de desgobierno, de un año 28, origen de la tiranía de cuatro lustros; con él, no habríamos visto Di-rectores Supremos o gobernadores desterrados o expatria-dos unos, destituídos, vilipendiados, calumniados, arcabu-ceados o desterrados otros, y desconocidos los servicios y méritos de todos.

¿Por qué es que de todos los presidentes de los Esta-dos Unidos de la América del Norte, desde Wáshington hasta Grant, ninguno dejó de merecer la estimación de sus con-ciudadanos, hasta el punto de ser reelectos algunos, como Jefferson, Madison, Monroe, Adams y Jackson? ¿Por qué es que su comercio y su prosperidad se aumentaron de un modo prodigioso, así como su población y su terri-torio? Y, ¿por qué no sucede lo mismo en las repúblicas hispano-americanas? ¿No ha habido, por ventura, uno solo que se haya hecho digno de la estimación de sus compa-triotas? La razón no queremos encontrarla sino en la fuer-za que no tiene la opinión pública aquí, y sí en Inglaterra como en los Estados Unidos. La gran fuerza de esos ricos cuanto envidiados países reside en el espíritu público, en los recursos de la nación, cuya marcha constitucional au-toriza y sanciona las buenas prácticas de mando, abriendo el camino a las reformas en la administración, y consa-

grando dogmas que respetan los partidos, que se turnan en el manejo de los negocios.

¿Ha sucedido algo de eso entre nosotros? ¿hay algo que se haya parecido a espíritu público?

No queremos ni debemos extendernos mucho sobre un punto que todos palpan; sólo sí, queremos patentizar la diferencia que existe entre el sistema de colonización de una nación — Inglaterra — con el de la otra — España. Los prohombres del partido, — que era muy crecido — que deseaba la independencia de las Provincias Unidas del Sur, miraban la invasión inglesa como la salvación de este país y precursora de su libertad. Respetables argentinos hubo que consideraron a los ingleses, no como a invasores, sino como amigos que venían a inocular en ellos una nueva vida, sacando a sus conciudadanos del letargo en que habían estado sumergidos por sus gobernantes, que habían avezado al pueblo a no discurrir sino a callar, escaseándole la instrucción, predicándole doctrinas antisociales, inculcándole hábitos de intolerancia, en una palabra, haciéndole carecer de preparación para poder después ejercer el arte difícil de mandar y obedecer a un tiempo.

En 1807, la única como librería que existía en Montevideo se componía de una obra en *latín*, producción de un fraile, un libro antiguo en inglés, titulado «Essay on Sermons», por el reverendo N. N., un tratado en francés, sobre «La Structure Anatomique du Corps Humain», por monsieur N. y dos o tres tomos sobre teología, en español. La obra más moderna y más extensa (en 12 vols. en 8.º) de esta *interesante y preciosa librería*, era una «Lista de publicaciones prohibidas por la Santa Inquisición».

Un cabildante de Montevideo, nada menos, de los más ricos e influyentes, preguntaba a un oficial inglés si Inglaterra estaba separada de Francia por la mar; si se podía viajar por tierra de Norte América a Londres, si Río Janeiro distaba de allí (Montevideo) tanto como Lisboa, si Londres era más grande que la Gran Bretaña, etc.

El lector comprenderá fácilmente que con una ins-

trucción semejante, no era posible ir muy lejos en la vía del progreso.

Así tenéis las calamidades experimentadas en el caos que subsiguio a una idea vaga de libertad e independencia, a que el pueblo estaba mal preparado, y peor encaminado, por individuos que tomaban a violación de sus derechos cuanto hería su interés o contrariaba sus proyectos y esperanzas; por hombres desprovistos de prendas, desnudos de ciencia, advenedizos en la administración e ingeridos en ella por la parcialidad o los amaños, a favor de la dislocación general, en que no había medida en el pedir ni en el conceder, y en que a los más altos puestos aspiraban, y a veces subían quienes para ninguna otra cosa habían parecido buenos ni medianos. De ahí el que en muchas provincias no se administraba, porque no se sabía lo que era administrar, sino que se mandaba con violencia, o se ponía toda la atención en intrigas políticas; de ahí el figurarse que se cumplía maravillosamente con sólo dirigir campanudos y ridículos centones, donde se echaban a lucir la ignorancia o la petulancia; de ahí el contentarse con repetirlo cien veces mandado, sin cuidarse de su cumplimiento y el trasladar escuetamente las disposiciones superiores a manera de estampilla, sin explicar, sin facilitar la ejecución, sin hacer el menor bien al pueblo; de ahí, en fin, los abusos, las concusiones y el mal ejemplo.

Es de esperar que después de tanta vicisitud, un sistema perseverante, patrimonio del Estado y no de banderías obrará la pacífica regeneración que deseamos, trayendo la justicia, el orden y la verdadera libertad, como ella debe entenderse y no como se pretende entender. El espíritu público adquirirá la tensión y el poder que le corresponden. Los ateneos, liceos, institutos y otros establecimientos análogos, donde se den a la juventud gratuitas explicaciones de las ciencias, por hombres celosos y a veces por varones eminentes, indicarán la propensión de la época al verdadero progreso, y el desarrollo de los principios de sociabilidad por entre el descrédito de la charlatanería.

Y sobre estos elementos de reunión de fuerzas individuales se formará la legítima opinión pública, antemural de los derechos comunes, y perpetuo regulador de las operaciones administrativas, que ayudará a los funcionarios de todas clases a mantenerse en la senda de la legalidad y noble anhelo de gloria, mediante la merecida censura o el aplauso. Y en conclusión, diremos que, los falsos amigos disimulan la verdad, los aduladores la tuercen, los hombres de carácter la dicen.

II.

Como el general Whitelocke es un personaje que pertenece a la historia del Río de la Plata, antes de entrar a la traducción de su *Juicio*, el lector no tomará a mal digamos dos palabras sobre su vida, que traducimos de un libro, impreso en Londres, en 1808, y que lleva el siguiente título: NOTES ON THE VICEROYALTY OF LA PLATA, IN SOUTH AMERICA; WITH A SKETCH OF THE MANNERS AND CHARACTER OF THE INHABITANTS, COLLECTED DURING A RESIDENCE IN THE CITY OF MONTEVIDEO, BY A GENTLEMAN RECENTLY RETURNED FROM IT. *To which is added, a history of the operations of the British troops in that country, and Biographical and Military Anecdotes of the principal officers employed in tre different Expeditions.* ILLUSTRATED WITH PORTRAIT, MAP AND PLANS. (301 pp. in 4.º).

III.

EL TENIENTE GENERAL WHITELOCKE.

Don Juan Whitelocke era hijo natural de don Bulstrode Whitelocke, de Marriage Hill, Condado de Wilts. Nació por el año de 1759, en el Condado de Berk y recibió una buena

educación en la escuela de gramática de Malborough, pasando en seguida a la academia militar de Lochee, cerca de Chelsea, donde permaneció hasta el año de 1777, en que obtuvo el grado de alférez del regimiento núm. 14 de infantería. Este se hallaba alojado en el cuartel de Chatham, donde Whitelocke contrajo algunas relaciones que tanto contribuyeron a sus subsiguientes ascensos.

A principios de 1780, su regimiento fué despachado a las Indias Occidentales. Permaneció un corto tiempo en las Islas de Barlovento, pasando en seguida a Jamaica, donde, según parece, conoció a la señorita de Lewis, hermana del oficial mayor del ministerio de la guerra, con la cual contrajo matrimonio. Este feliz enlace le valió el adelantar en su carrera con rapidez, siendo ya mayor en 1789 o 1790, por cuya época pasó a Barbados, con un cuerpo que formó de 7 u 800 presidiarios. Redujo tan pronto esta gente al orden y a la disciplina que le acreditó mucho, distinguiéndose bajo sus órdenes sobre todos los demás cuerpos. Al iniciarse la guerra de 1793, era ya teniente coronel del regimiento núm. 13 de infantería, que se hallaba a la sazón en Jamaica.

Antes de esos sucesos, los disturbios de Santo Domingo habían colocado al gobernador de dicha isla, Sir Adam Williamson, en el caso de estar preparado, conservando las tropas listas para su movilización, por cuanto ya había recibido varias diputaciones de aquel punto solicitando un auxilio militar, para sofocar la insurrección de los negros. Por fin se despachó una expedición, que salió de Jamaica para Santo Domingo, al mando del teniente coronel Whitelocke, cuya fuerza se componía de unos 700 hombres, bajo la protección del comodoro Ford. Llegó a Jeremio en la noche del 19 de Septiembre de 1793. La posesión de toda la costa de mar de esta opulenta colonia fué mirada como un objeto de suma importancia, y para conseguirlo, el coronel Whitelocke determinó emplear todos sus esfuerzos, en unión con los colonos, que deseaban mucho apoyar a las armas británicas. Como era necesario tomar posesión

inmediatamente de la plaza de Leogane, el coronel White-locke hizo la primera tentativa para su rendición, sin aguardar refuerzos; para el efecto, ofreció una suma de dinero al jefe que la mandaba. Esto produjo el efecto enteramente contrario a lo que se esperaba.

El jefe era francés, llamado Laveaux, de la antigua nobleza, y, aunque de escasa fortuna, había servido mucho tiempo en el ejército real, mandando un escuadrón de dragones. Se le despachó un oficial con bandera de parlamento y una carta, en que se le ofrecía 5.000 libras si entregaba la plaza. Laveaux, después de leer la carta, exigió al parlamentario declarase, bajo de su palabra de honor, si sabía su contenido; y habiéndole asegurado el oficial que lo ignoraba, Laveaux le dijo que estaba bien, puesto que de lo contrario, le habría mandado ahorcar al instante.

Después de haber enterado del contenido de la carta a los que se hallaban presentes, Laveaux contestó en los términos siguientes:

«Usted ha tratado de deshonrarme en presencia de mi tropa, suponiéndoseme tan vil, tan soez y tan corrompido como capaz de traicionar mi puesto con un cohecho; es ésta una afrenta por la que usted debe darme una satisfacción personal, y se lo exijo en nombre del honor. Por lo tanto, antes de entrar en alguna acción general, propongo a usted un combate singular, hasta caer uno de nosotros dos, dejándole la elección de las armas, ya sea a pie o a caballo. La posición de usted como mi enemigo, por parte de su país, no le daba a usted derecho de hacerme un insulto personal; y como particular, pido satisfacción por una injuria hecha a mí por un individuo».

El coronel Whitelocke no hizo ningún caso de esta enérgica contestación. Contrariado en su primera tentativa, determinó atacar el puesto de Ocul, cerca de Leojane, el cual fué tomado después de alguna resistencia; pero no fué tan feliz en el ataque dado a un punto llamado Bombarde, compuesto principalmente de alemanes, a pesar de haber sido auxiliado por M. de Charmilly. La pérdida de

los ingleses, en esta ocasión, no bajó de 16 muertos y 26 prisioneros. Todos deseaban con ansia que llegasen refuerzos de Inglaterra, y cuál no sería la alegría de la tropa y de los habitantes al ver llegar de la Martinica, el *Belliqueux*, el *Irresistible* y el *Fly*, trayendo del Muelle San Nicolás los regimientos N.º 22, 23 y 41, al mando del brigadier general White.

Como el mando de toda la fuerza venía a tocarle al brigadier, fácil nos será describir la parte que cupiera al coronel Whitelocke en los subsiguientes hechos de armas, con las mismas palabras de los partes del general que, por cierto, le hacen no poco honor, como se podrá ver por lo que sigue :

«Permitidme, señor, expresaros el celo y actividad manifestados, en esta solemne ocasión, por la armada y ejército, así como por lo uniformemente unánime que siempre han estado.

«El teniente coronel Whitelocke, que será quien tendrá el honor de entregáros este parte, podrá mejor que nadie, dar noticias fidedignas de este país; él ha mandado aquí con infinito mérito, idesempeñando en muchas ocasiones empresas arduas y de prueba, de modo que ha contribuído al triunfo de las armas reales y al honor de sí mismo. Durante la expedición, hizo las veces de intendente general de ejército; y, por razones de conveniencia colonial, le he dado el grado de coronel».

Después de tan larga ausencia, natural era que el coronel deseara gozar un poco de felicidad doméstica; así es que no se le vió prestar servicio en el extranjero, sino que fué agregado al estado mayor, concesión que obtuvo en consecuencia de sus relaciones de familia. Pronto llegó al rango de brigadier general y sucesivamente mayor y teniente general, además del coronelato del regimiento número 89 de infantería.

Por el año de 1797, el general Whitelocke fué nombrado segundo en el mando en Portsmouth, donde tuvo muchas oportunidades de lucir su capacidad, tanto en las paradas

de servicio de guarnición como en la inspección y revista de los diferentes cuerpos de voluntarios circunvecinos. En este lugar también conservó su rigidez de disciplina, observando una conducta de que todos se quejaban sin disfraz. En efecto, no ha habido quizá un oficial de alta graduación en el ejército británico, de quien se hablara con tan poca estimación como de él. Su conducta, en todos los cargos que desempeñara, fué siempre como para no ser querido.

En 1800, el general Whitelocke fué removido de Portsmouth para el mando del depósito de Carisbroke, en la isla de Wight, puesto de mucho trabajo y de considerable responsabilidad, en el cual permaneció hasta el año de 1807, en que obtuvo el mando en jefe de las fuerzas británicas en Sud América, para su deshonra y para el oprobio de la reputación militar de su patria. Lo relativo a esta negra página de los anales estratégicos de la Gran Bretaña, es lo que se va a ver en la minuciosa investigación ante un consejo de guerra que sufrió a su regreso, y de cuyo craso desacierto y palpable imbecilidad se penetrará el lector.

Whitelocke traía a América, para el caso en que triunfase, el nombramiento de Gobernador General de la América del Sud, con el sueldo de libras esterlinas 12.000 al año y con poderes muy extensos sobre las provincias conquistadas. La sentencia que recayó en su causa, le hizo perder libras esterlinas 5.000 anuales, que le correspondían por su clase.

Sin embargo, para una alma de generosos sentimientos, de honor, la privación de un emolumento pecuniario debe ser la parte menos dura de la sentencia.

Apesar de la aparente cobardía e indecisión de Whitelocke, manifestadas del modo más evidente en los días que precedieron al ataque de la ciudad, y durante el mismo, parece indudable que el desgraciado general quedó sumamente abalido con la noticia de la captura de Craufurd, uno de los principales jefes de brigada, y cuya suerte consideraba en peligro inminente, tanto más cuanto que el

mismo general Liniers corroboraba ese temor con su amenaza de que «no respondía, según el enardecimiento de sus tropas, de que experimenten las suyas (de Whitelocke) TODO EL RIGOR DE LA GUERRA». Esta impolítica amenaza hizo mayor efecto aun en el pusilánime Whitelocke con la confirmación del Coronel Pack, sobre la triste suerte de los prisioneros ingleses, confirmación que debía tener bastante peso, viniendo de quien tenía fundados motivos para no ignorar la clase de tratamiento que se destinaba a los prisioneros titulados *herejes*, habiéndolo sido él mismo un año antes.

Este sentimiento generoso por parte de Whitelocke para con sus compañeros de armas, no era de bastante fundamento para intimidar a un general en jefe, a cuyas aptitudes militares había sido confiado un brillante ejército, calculado más que suficiente para llevar a cabo la empresa encomendada a su dirección. Según el Fiscal Militar que entendió en esta causa, la amenaza de Liniers debió ser contestada poco más o menos en los términos siguientes :

« No se prestará oídos a negociación alguna mientras « usted no retire esa intimación, y si se le toca un solo ca- « bello a cualquiera de los prisioneros ingleses, usted, su « ejército y los habitantes responderán con la vida. Si us- « ted no tiene poder para impedir que se cometa semejante « atrocidad y asegurar la observancia de los derechos más « sagrados de la guerra, entonces es usted quien debe ren- « dirse, porque quien conserva su puesto en circunstancias « tan desfavorables, no merece ya ser tratado como gene- « ral, sino como cabecilla de bandidos ». Y a la palabra sucedería los hechos. Pero no; el general Whitelocke colocó a su brillante ejército, digno de mejor suerte, en una situación la más humillante, obligándole a comprar su salvación y el rescate de los prisioneros con el sacrificio del honor nacional y abandono de ventajas antes adquiridas.

PRIMER DIA

JUEVES 28 DE ENERO DE 1808.

Ansioso el público de presenciar un juicio de tanta importancia, empezó a agruparse desde muy temprano a la entrada del tribunal, instalado en el Hospital de Chelsea, en donde, desde las nueve, estaba ya apostada una guardia. A las diez, hallándose reunidos sus miembros, el presidente, Sir Guillermo Meadows, manifestó su intención de proceder a la orden del día. Acto continuo, el honorable señor Ryder, que desempeñaba las funciones de fiscal militar, designó a los oficiales que habían sido citados, los cuales, hallándose presentes, fueron nombrados nuevamente para que ocupasen sus asientos según su clase y antigüedad, los cuales consistían de los siguientes oficiales generales, todos ellos de más antigüedad que el preso :

MIEMBROS DEL TRIBUNAL.

General el muy honorable Sir G. Meadows, Caballero del Baño, Presidente.

General el honorable Chapel Nortom.

» *Hulse.*

» *Cuyler.*

Teniente General Sir J. Duffe, Caballero.

» » *Vizconde Cathcart, Caballero del Baño.*

» » *Ross.*

» » *Sir G. Nugent, Baronet.*

» » *Wilford.*

» » *Lloyd.*

» » *Sir J. Moore, Caballero del Baño.*

General Vizconde Lake.

» *Ogilvie.*

Teniente General el muy honorable Fox.

» *Harris.*

» *Dundas.*

» *Pigott.*

» *Loftus.*

» *Garth.*

» *Stavelv.*

El honorable Ricardo Ryder, Fiscal Militar.

Abriéronse las puertas de par en par para dar entrada al público, y poco después compareció el acusado, de uniforme, pero sin banda ni espada, conducido por el coronel, y acompañado de su abogado el señor Harrison.

El teniente general hizo una venia al tribunal, preguntándosele en seguida por el Fiscal militar «si tenía algunas objeciones que hacer», y, con su negativa, los miembros del tribunal prestaron juramento.

Leyóse en seguida la orden de la Corona para la formación de éste (Nota 1); ella contenía los cargos, que eran cuatro, con algunas observaciones e instrucciones ilustrativas.

Mandóse luego que todos los testigos se retirasen del tribunal, a una sala destinada para su recibimiento; y el Fiscal militar, a petición del preso, dirigió al tribunal la manifestación siguiente:

«Me permito someter al tribunal, de parte del general Whitelocke, la petición de que se concediese la entrada al ayudante general y cuartel maestro general que pertenecieron a la expedición, por considerarlo Whitelocke útil para su defensa. Indudablemente, no es necesario hacer presente al tribunal que la declaración de esos testigos debe importar mucho para la prosecución y que, para complacer al general Whitelocke, será necesario considerar a esos señores como exceptuados de la regla general que el tribunal suele hacer en semejantes casos, de impedir anti-

cidadamente la presencia de los testigos de una y otra parte en el momento de examinar a los demás. Si el tribunal juzga conveniente acceder a tal pedido, esos caballeros podrán por consiguiente estar exentos de aquella regla — punto que el tribunal debe decidir». Mandóse salir a todos, y al abrirse de nuevo el tribunal, el presidente hizo saber al general Whitelocke que no era posible satisfacer a su demanda.

El fiscal prosiguió :

No sé si se ha comprendido bien que el tribunal era de opinión de que el general Whitelocke tendría libertad de dirigir la palabra a esos caballeros cuantas veces lo creyese conveniente; General Whitelocke, ¿es usted culpable o no?

El general Whitelocke. — No lo soy.

Abrióse, pues, la causa por el fiscal con el discurso siguiente :

Sir Guillermo Meadows y oficiales generales del tribunal: aunque sois convocados con un motivo el más importante en la historia militar de este país que jamás llamará la atención como el presente, no os detendré mucho en iniciar estos cargos. El asunto es demasiado doloroso para detalles innecesarios, y los acontecimientos son demasiado recientes y están demasiado impresos en la memoria y sentimiento de todos, para que yo necesite quitaros mucho tiempo en este grado de la causa. No conceptúo necesario decir que la expedición al mando del general Whitelocke, considerada en la opinión, al menos, de los que la concibieron, más que suficiente en materia de fuerza para realizar el objeto, — la conquista de la provincia de Buenos Aires — ha fracasado completamente, y eso, con la lamentable pérdida de una gran parte del brillante ejército que la emprendiera; que falló, no sólo en dejar de realizar su objeto, sino que terminó con absoluto abandono de las preciosas ventajas que el valor de las tropas británicas, bajo otro jefe, habían conseguido antes en el importante puesto de Montevideo.

Con este desgraciado suceso se han desvanecido todas las esperanzas que, con tanto fundamento y generalidad, se abrigaban de abrir nuevos mercados para nuestras manufacturas, de dar mayor ensanche al espíritu de empresa de nuestros comerciantes, de descubrir nuevas fuentes de tesoro y nuevos campos que explotar, en llenar las rudas necesidades de países que salían de la barbarie o las demandas artificiales y crecientes del lujo y refinamiento de aquellas remotas regiones del globo. Importantes como deben ser para este país, en todos tiempos, esos fines, el estado de la Europa y las tentativas que día a día se habían estado haciendo para excluirnos de nuestra acostumbrada comunicación con el continente, han aumentado la importancia de esos objetos y el desvanecimiento de esas esperanzas.

Este revés también ha sido cruelmente acibarado con la deshonra que, bajo todas fases, ha acompañado a las armas británicas. La disminución de nuestra reputación militar debe considerarse siempre como una gran calamidad nacional, pero en ningún tiempo tan severamente como en esta crisis del mundo, en momentos en que nuestro carácter militar se hace más esencial que nunca, no sólo por nuestro honor y nuestra gloria, sino por la independencia, las libertades y la existencia de la Gran Bretaña.

No obstante, es un gran consuelo el que cualquiera que haya sido la mancha que ha recibido nuestra reputación militar, ninguna participación ha tenido en ella la conducta de las tropas. Creo que cuanto más se examina este ataque del 5 de Julio, tanto más claro se verá que jamás tropas algunas desplegaron más valor, que ningunos oficiales, exceptuando los complicados en estos cargos — y ojalá que el resultado de esta información haga desaparecer la excepción inmerecida, pero aun asimismo, que ningunos oficiales jamás manifestaron más frialdad, más celo, mejor conducta, más anhelo a la causa común, durante el mayor triunfo de la acción, que la que manifesta-

ron los oficiales británicos en toda esa jornada de destrucción. Bajo la presión de esta dura y pública desgracia, agravada como lo ha sido por el peso acumulado de todas las consideraciones a que me he referido, la propiedad y necesidad de esta información sería por sí sola bastante obvia e indispensable, el país tiene derecho de saber a qué causa debe atribuirse este inesperado y sin igual desastre. Pero si al público conviene instruir este sumario, no menos conviene al mismo general Whitelocke. Los rumores que, con perjuicio suyo, circularon con mucha generalidad, que han sobrevivido a las primeras impresiones de público pesar, producido por la primera catástrofe en la América del Sur; que es, quizá el primero y natural impulso del espíritu humano encontrar un objeto a quien culpar; pero los rumores, que aun prevalecen, obligaron a los ministros de su majestad, haciendo justicia al general Whitelocke, a levantar esta información. Sin embargo, pido se tenga por entendido que atendiendo a esos rumores, me refiero a ellos sólo para probar que este consejo de guerra no es más esencial para satisfacer al público que lo que es necesario al general Whitelocke. Lejos de querer presentar esos rumores en auxilio de esta información, que si yo no temiera herir vuestros honorables sentimientos, pareciendo abrigar una duda donde no la puedo tener, os rogaría muy deveras desechaseis de vuestro ánimo todo lo que escuchasteis con respecto a estos desgraciados acontecimientos, toda sospecha, toda preocupación que vosotros hayais alimentado, libres de cualesquiera opiniones preconcebidas, y preparados a decidir de los méritos de este caso, como aparecen, en vista de las mismas negociaciones, unidas a la prueba que tendréis ocasión de examinar. Lejos de querer imprimir esos rumores favoreciendo esta prosecución, que si yo no supiera que fuese innecesario, demostraría del modo más formal el derecho que asiste al general Whitelocke para ser protegido por vuestras conciencias y vuestros juramentos contra los efectos que ellos produjeran.

Pero, señores, no es sobre rumores que estos cargos están fundados. Descansan sobre mejor base. No son recogidos al acaso, son sí tomados de las órdenes y despachos del mismo general Whitelocke. No se le atribuye hecho alguno que no haya emanado de su propia autoridad. El carácter que se asigna a esos hechos envuelve en verdad imputaciones de una grave y seria naturaleza, pero asimismo son tomados de la relación que él mismo hace de su conducta. Tan es así, que con sólo presentaros las órdenes y despachos del general Whitelocke, como documentos aislados y sin ninguna otra prueba, quedaría yo exonerado a los ojos del público y bastaría para emplazar a este general a hacer su defensa. El mismo es su propio acusador. El ha presentado contra sí el más fuerte testimonio. Yo no tengo motivos para saber si ese testimonio será contradicho o confirmado. Si el carácter que se da a estos cargos será justificado o conjurado por la prueba que exhibiré. Si se hubiera presentado un acusador particular, como suele suceder, habría podido, previa comunicación, con el auxilio de su conocimiento local, haberos referido cuáles eran los hechos que cada testigo estaba en aptitud de probar y cuán conformes con los cargos; carezco de ese conocimiento, no obstante, por este modo de proceder se obtendrán asimismo los fines de la justicia; pero es de temerse se obtengan quitándoos más tiempo y dándoos más trabajo que lo que de otro modo hubiera sido necesario.

Sin embargo, a pesar de que, según vuestra relación, yo siento la ausencia de esas ventajas, hay un punto de vista para el que no es de importancia alguna, puesto que si yo supiera que todos los testigos que he citado para declarar ante vosotros, poseían el conocimiento de hechos tendentes a formar una idea favorable de la conducta del general Whitelocke, lo consideraría de mi deber igualmente, ocupando el puesto desde el que tengo el honor de dirigiros la palabra, de presentar a todos estos testigos para que los examinaseis, así como si yo supiera que su decla-

ración corroborara todos los artículos de mal manejo que se le imputan.

El objeto, el único objeto de esta causa es, indudablemente, el que investiguéis la cuestión con toda prolijidad, a fin de hacer justicia. Es con este objeto que he convocado a todos los oficiales generales que tuvieron parte en la expedición, todo su estado mayor, todos los oficiales que mandaban divisiones o que les hayan sucedido en el mando; el cuartel maestro general, el ayudante general, el comisario general, el almirante, los capitanes que dirígían las operaciones navales, los tenientes de las cañoneras, en una palabra, a todo oficial que, por su rango en aquel ejército, por su colocación, por la naturaleza peculiar de sus deberes, o por cualesquier otras circunstancias, presentaba probabilidades de arrojar alguna luz sobre el asunto. Si en el curso de este interrogatorio sucediera que aun quedasen sin ser citados algunos oficiales cuya declaración se crea importante, no hay miembro de este tribunal que tenga mayor deseo que yo de que suspendáis vuestro juicio hasta conseguir esos otros testimonios. Es con el mismo objeto e igual espíritu que seguiré el ejemplo de mis predecesores en circunstancias análogas, absteniéndome, en el actual estado de la causa, de hacer ningunas observaciones detalladas sobre estos cargos. Una vez terminadas las declaraciones, aprovecharé, si fuere necesario, otra ocasión para tomar la palabra; entre tanto los cargos no necesitan comentarios ni explicación de mi parte. Se hallan suficientemente designados y expresados. Hablan por sí solos. No me resta más que manifestar el deseo de que el general Whitelocke pueda desvanecerlos o refutarlos».

En seguida el presidente dió orden a nombre del tribunal, de que no sería permitido a ninguna persona publicar los procedimientos hasta la conclusión de la causa.

Dióse luego lectura del despacho en que se nombraba al teniente general Whitelocke, comandante en jefe de la expedición, datado a 24 de Febrero de 1807 (Nota 2), no-

tificándose nuevamente a todos los que tomaban apuntes del enjuiciamiento, que cualquiera publicación prematura de él sería considerada como un desprecio del tribunal.

Leyóse seguidamente el nombramiento del preso como gobernador civil (Nota 3), luego sus instrucciones militares, firmadas por su alteza real el comandante en jefe. con fecha Febrero 7 de 1807 (Nota 4), sus instrucciones adicionales, Febrero 24 de 1807 (Nota 5), y por último, sus instrucciones de 5 de Marzo de 1807, firmadas por el lord Howick, en ausencia del señor Windham (Nota 6).

El fiscal militar, dirigiéndose entonces al tribunal, dijo: debo manifestar, con respecto a la prueba que ya he producido y a la prueba escrita que por necesidad tendrá que presentarse más adelante, que son todas sacadas de copias certificadas; y el general Whitelocke me ha insinuado que no tiene ningún inconveniente en que esas copias certificadas sean consideradas como una prueba. El siguiente punto de prueba que debo exhibir es una carta pública del general Whitelocke al Sr. Windham que apareció en la *Gaceta*, de la cual tengo también copia certificada y que se leerá.

Se leyó esta carta. (Véase nota 7).

El fiscal militar. — La siguiente prueba es el despacho privado al Sr. Windham de la misma fecha. El general Whitelocke me hace saber que incorrectamente lo he llamado, lo he clasificado de despacho privado. Confieso que la razón que tuve para llamarlo así fué a causa de que la copia certificada que yo he recibido de la secretaría de Estado así me lo expresaba. No abrigo duda alguna de que sea exacto lo que manifiesta el general Whitelocke; es decir, era para el público así como la otra.

El general Whitelocke. — El Gobierno era tan libre para publicar la una como el otro.

El fiscal militar. — Cuando vienen juntos dos despachos de esta naturaleza, se considera como una cortesía en la oficina, enviar lo que se considera como un despacho

privado a la persona que se hallaba a la cabeza del departamento en el momento en que se concibió la expedición; y creo que el que se llama despacho privado fué enviado inmediatamente después de su llegada al Sr. Windham. Este había cesado en el empleo que tenía, cuando el general Whitelocke salió de Inglaterra.

Se leyó el despacho de 10 de Julio. (Véase nota 8).

El fiscal militar. — Acabo de llegar al fin de la prueba escrita, que en mi opinión puede, con propiedad, producirse, sin recurrir al testimonio oral.

Hay dos procedimientos que el tribunal podría adoptar; o proceder a examinar la información cargo por cargo, en cuyo caso el tribunal estaría en la necesidad de volver a llamar a los mismos testigos, quizá cuatro veces, siendo posible que halle bastante dificultad en separar la parte correspondiente a cada cargo. El otro procedimiento y que considero conveniente someter al tribunal, es el tomar la información en el orden en que la presenta la consideración del tiempo invertido en la expedición.

Existen dos puntos en que bien se puede dividir la dirección de esta expedición; el primero de ellos comprendería todo lo ocurrido antes del desembarque y durante la marcha, y hasta el día 4 de Julio inclusive; puesto que el día 5 fué, como el tribunal no ignora, el de ataque; el otro incluiría el ataque mismo y todo lo ocurrido en su consecuencia. En efecto, me ha parecido conveniente someter al tribunal, con preferencia, la propiedad de seguir la causa del último modo que acabo de manifestar, obteniendo por ese medio una vista clara del estado del ejército al cerrar el día 4 de Julio, en que se dieron las órdenes para el ataque, la fuerza efectiva del ejército en munición, provisiones, artillería — la noticia que se tuvo entonces sobre la fuerza de éste, sus medios y disposiciones para la resistencia — y cualquier otro punto que el tribunal conceptúe necesario investigar. Una vez en posesión de todas estas circunstancias, el tribunal estará en mejor aptitud de

formar juicio. Creo que el general Whitelocke no tiene inconveniente en que se adopte el plan de seguir la causa en el orden cronológico.

El general Whitelocke. — Ahorraría tiempo quizá, tomando todo a la vez.

El fiscal militar. — Yo opino que el plan sugerido por el general Whitelocke presentaría no poca dificultad.

El general Harris. — Si hubiera alguna duda respecto de esto será mejor hacer despejar la barra.

El fiscal militar. — Yo no leí el tratado: importa mucho; es corto, y será mejor, tal vez, leerlo ahora; así habremos completado la declaración escrita. Debo manifestar al tribunal que todos los documentos a que se alude en las instrucciones del Sr. Windham al general Whitelocke se hallan ante el tribunal. Están en poder de este general, y si hay en ellos algunos puntos que puedan favorecerle, él puede manifestarlos ahora o cuando guste, para que tenga la ventaja que espera conseguir de ellos.

Se leyó el tratado definitivo entre el general Whitelocke y el almirante Murray y el general Liniérs. (Véase nota 9).

Despejada la barra y reasumidos los trabajos, el presidente hizo saber al general Whitelocke, que el tribunal había determinado dividir la causa en dos partes: una, comprendiendo el período hasta cerrar el día 4 de Julio, y al otra, abrazando todos los acontecimientos posteriores a aquella fecha.

El fiscal militar. — Yo manifesté al tribunal mi creencia de que habíamos llegado al término de la información escrita; concebí, en alusión y por analogía a los procedimientos de los tribunales a que estoy más acostumbrado, que si había más información escrita que deba formar parte de las minutas del tribunal, pero que no estribaba inmediatamente sobre cualquiera de los cargos, podría considerarse esa información como si hubiera sido leída, apareciendo entonces en las minutas. Sin embargo, soy infor-

mado por los que están más al cabo que yo de los procedimientos de los consejos de guerra, que para que la información aparezca en las minutas, debe leerse; y considerándome perfectamente enterado sobre ese punto, temo hallarme en la necesidad de molestar al tribunal con oír leer los diferentes documentos a que hace referencia el Sr. Windham en sus instrucciones al general Whitelocke, los cuales fueron incluidos con las referidas instrucciones a este general.

Se leyeron las instrucciones del señor Windham al brigadier general Craufurd, con fecha Octubre 30 de 1806. (Véase nota 10).

En seguida una carta del señor Windham al brigadier general Craufurd, con la misma fecha. (Véase nota 11).

Luego siguieron las órdenes del consejo, con fecha 1.º de Octubre de 1806. (Véase nota 12).

Y las órdenes del consejo, con fecha Septiembre 17 de 1806. (Véase nota 13).

El fiscal militar. — Deseo someter al tribunal con el asentimiento del general Whitelocke, que no puede ser necesario leer otra orden del Consejo, sobre un asunto semejante hasta el último, lo cual, estoy persuadido, el tribunal verá que no puede tener ninguna influencia sobre los puntos de cargo.

Habiendo significado su asentimiento el general Whitelocke, el fiscal militar prosiguió: Tengo encargo del general Whitelocke, aunque no corresponde a mi carácter oficial, de manifestar sus deseos al tribunal. No quiero dejar de hacer lo que él pide.

El general Whitelocke estaba en esa creencia, a pesar de la decisión del tribunal de que al ayudante general y al intendente del ejército no se les permitiría permanecer en él, durante el examen de los testigos, con todo, podría llamar a su ayudante general y al intendente cuantas veces lo considerase conveniente. El desea ahora se haga entrar al tribunal a dicho intendente.

El general Whitelocke. — Sólo durante el tiempo que se invierta en el examen sobre la marcha, en que él tuvo mucha parte.

El fiscal militar. — Mi objeto en hacer llamar al general Gower es con la intención de que se le interrogue acerca de todo lo ocurrido antes del desembarque. Por lo que toca a estos cargos y a las operaciones durante la marcha, el general Whitelocke pide que el Intendente general se halle presente en el tribunal mientras se interroga sobre estos puntos al general Gower.

Un miembro. — Ese punto yo lo consideraba ya decidido:

El general Whitelocke. — Yo no habría vuelto a molestar al tribunal si hubiera creído que se había negado hasta esa extensión.

El mayor general Gower presta juramento.

El fiscal militar le toma declaración.

Preguntado. — ¿Fué usted segundo en mando en la expedición a Buenos Aires?

Responde. — Sí.

P. — ¿Salió usted de Inglaterra con el teniente general Whitelocke?

R. — Sí.

P. — ¿Puede usted manifestar al tribunal la fuerza con que usted salió de Inglaterra?

R. — No tengo ninguna lista especificada de la fuerza; consistía poco más o menos del 89, de un escuadrón de artillería montada y de algunos reclutas para varios cuerpos.

P. — ¿Fué esa fuerza, la que salió destinada para Montevideo?

R. — Así lo comprendí.

P. — Creo que no habían llegado cuando usted salió de Montevideo para Buenos Aires?

R. — Jamás se supo nada de ella.

P. — En el tiempo en que usted estuvo en Montevideo, esperaba usted cada día la llegada de esas tropas?

R. — Ciertamente.

P. — ¿Quiere usted tener la bondad de referir lo que ocurrió durante el viaje de Montevideo a Buenos Aires?

R. — No recuerdo haya ocurrido nada de particular con carácter militar; no habiendo a bordo más que cuarenta soldados de artillería, los oficiales no tenían que hacer ningún servicio especial durante el viaje.

La única ocurrencia que hubo fué el cambio de palabras que suele tenerse entre uno y otro pasajero.

P. — ¿Tocaron ustedes en la Colonia en su viaje entre Montevideo y Buenos Aires?

R. — Sí.

P. — ¿Con qué objeto pasaron ustedes a la Colonia?

R. — Cuando la escuadra había andado cierta distancia, el teniente general Whitelocke tuvo a bien ordenar que yo fuese allí en el bergantín de guerra Rolla, que mandaba el contraalmirante Murray, con el objeto de atender al embarque de la guarnición, estacionada a la sazón bajo las órdenes del teniente coronel Pack.

P. — ¿Se trajo usted toda la guarnición?

R. — Sí, toda.

P. — ¿De qué fuerza consistía esa guarnición?

R. — Se componía de las compañías de cazadores de aquel ejército, tres compañías del regimiento número 93.º y el regimiento 40.º; había también alguna artillería.

P. — ¿Tuvo usted orden de llevarse toda la artillería montada?

R. — Las órdenes que recibí fueron hasta cierto punto discrecionales, estas fueron el hacer embarcar la fuerza tan pronto como me fuese posible, de temor que la escuadra que se hallaba entonces expuesta en el río, sufriese algún daño con la demora de la incorporación de aquel destacamento; y el teniente general Whitelocke me autorizó para dejar una pequeña fuerza en tierra, si, por los informes que yo tuviese al llegar allí, notaba que había quedado algún tanto segura. Advirtiéndome por los informes, que toda disminución del número de las tropas en la Colonia

arriesgaría la pérdida de cualquier destacamento que quedase, hice embarcar toda la fuerza. No tuve conocimiento entonces de que hubiese en la Colonia ningunos trasportes adecuados para recibir caballos.

P. — ¿Y había algunos caballos, en efecto; y si los había, qué número dejó usted en la Colonia?

R. — El teniente coronel Pack, que mandaba allí, podrá contestar a esa pregunta.

P. — ¿Qué día alcanzó usted la escuadra después de salir de la Colonia?

R. — El 26 de Junio.

P. — ¿Qué día desembarcó usted?

R. — El 28.

P. — ¿Desembarcó toda la fuerza ese día?

R. — No sé.

P. — ¿Qué fuerza tenía la vanguardia que usted mandaba?

R. — Había nueve compañías de tropa ligera, cuatro del regimiento 95.º y los regimientos 38.º y 17.º.

P. — ¿Quiere usted referir todo lo ocurrido durante la marcha, en cuanto usted pudo observar de cerca? ¿Ha manifestado usted su fuerza?

R. — He manifestado la fuerza el primer día.

P. — ¿Cuáles fueron las operaciones de la tropa que usted mandaba, el día 28?

R. — El día 28 recibí orden del teniente general Whitelocke de avanzar para tomar posesión de la loma, poco más arriba de la Ensenada. Lo hice, e inmediatamente despaché un oficial con el parte de mi llegada. El teniente general Whitelocke me mandó orden de aguardar allí hasta que se me incorporara el día siguiente con las demás divisiones del ejército. El mismo teniente general llegó como a mediodía del 29, tomó el mismo campo que yo había ocupado y me ordenó que avanzase a una posición como a dos o tres millas adelante hacia Buenos Aires. El día 30 volví a recibir orden del mismo para ocupar otra posición algo más avanzada que la que ocupé el 29. El 1.º de Julio

recibí orden del teniente general Whitelocke de tomar posición más allá de la Reducción, dejando este pueblito para que lo ocupase una pequeña división bajo sus inmediatas órdenes. En la mañana del 2 de Julio, recibí orden de descubrir un paso que se suponía en el Riachuelo, sito antes de llegar a la ciudad de Buenos Aires. Tal vez dejé yo de ser correcto en no manifestar todo el efecto de mi orden. Esta tendía al descubrimiento del paso, y hallándolo, tenía que forzarlo y alojarme en los suburbios de Buenos Aires, o entrar en la misma ciudad, y si me era posible abrir comunicación con la escuadra. Para dar cumplimiento a esta orden me puse en marcha como a las nueve, y chocando con un cuerpo considerable de caballería, hice retroceder parte de él al otro lado del Riachuelo. Habiéndolos forzado a atravesarlo, conocí que efectivamente existía ese paso y los perseguí inmediatamente. Ocupábame de hacer vadear cuatro piezas de artillería, cuando el brigadier general Craufurd, que marchaba adelante, me pasó parte de que divisaba un cuerpo muy considerable de infantería y una gran cantidad de artillería que parecían dirigir su marcha hacia la misma altura, en los suburbios de Buenos Aires, que ya le había yo indicado antes, como la más aparente para ocupar, en el primer momento.

Pidió permiso de avanzar con su brigada; y viendo que era tan tarde que la brigada del brigadier general Lumley, que estaba ya muy cansada por lo penoso de la marcha y que no podría tal vez llegar a este punto antes de obscurer, ordené al general Craufurd que avanzase.

El fiscal. — ¿Qué alteración se hizo en la fuerza que usted mandaba y en qué período?

R. — La primera orden que recibí del teniente general Whitelocke, que fué el 28, era la de avanzar con el 40.º y el 87.º, que se hallaban en la Ensenada. Al desembarcar allí se dió orden que el 38.º reemplazase al 40.º. Al día siguiente, el 29.º, el 36.º y el 88.º, con el brigadier general Lumley fuesen reemplazados por el 38.º y el 87.º. El teniente general Whitelocke tuvo asimismo a bien ordenar

que quedase la mitad del regimiento 95.º. La primera orden del general Whitelocke se extendía a todo el regimiento del general Craufurd; pero la subsiguiente sólo se limitó a la mitad del regimiento 95.º. El 38.º reemplazó al 40.º y la mitad del regimiento 95.º tuvo orden de quedarse con la principal división del ejército.

P. — ¿Las órdenes que usted acaba de decir haber recibido del teniente general Whitelocke lo fueron por escrito?

R. — No lo fueron por escrito; fueron verbales todas, exceptuando la que se me dió de atravesar el Riachuelo. La orden de avanzar fué expedida a bordo del *Ne-reid*, por el general mismo. Sólo manifestó su intención de que debía ser yo quien mandase esa avanzada. Después que desembarqué, la mañana siguiente, fué cuando tuvo a bien indicar el lugar que él quería que yo ocupase.

P. — ¿Dónde está esa orden que usted afirma haber recibido por escrito?

R. — Estaba en poder de mi ayudante de campo, que fué hecho prisionero el 4 de Julio, y quien la utilizó para evitar el que cayese en manos del enemigo. No conservo, pues, copia de ella. Lo que refiero es de memoria. Recibí la orden de marchar pocos minutos antes de las nueve. Había arreglado todo antes como para poder moverme, y me moví en efecto a los quince minutos de haber recibido la orden para hacerlo.

(Se levanta la sesión).

SEGUNDO DIA.

VIERNES, ENERO 29 DE 1808.

El mayor general Gower fué llamado de nuevo.

El fiscal. — Como el general Gower fué interrumpido en la relación que estaba dando de las operaciones de la vanguardia, tal vez le sirva de auxilio que yo dé lectura

a su información y la del tribunal, las operaciones del último día, en cuyo curso quedó suspendida su declaración. Si el tribunal lo cree conveniente, procederé a su lectura. Se ha opinado que sería mejor leer toda la declaración del general; no ocupará mucho tiempo.

Dióse, pues, lectura de la declaración del general Gower, haciendo las correcciones siguientes: Después de las palabras, «el bergantín de guerra Rolla con el almirante Murray».

R. — Hay una equivocación en esa respuesta: se me hace decir que yo he ido a bordo del bergantín de guerra Rolla con el contraalmirante Murray; debiendo decir, que el contraalmirante Murray nombró. Creo que se trataba de saber si ocurría algo de particular en el viaje entre Inglaterra y Montevideo y no entre Montevideo y Buenos Aires.

El fiscal. — La cuestión que se puso fué entre Inglaterra y Montevideo. Tenga usted la bondad de referir lo que pasó durante el viaje de Montevideo a Buenos Aires.

R. — El 14 por la mañana recibí orden del teniente general Whitelocke de pasar a la Colonia; lo hice y dirigí el embarque de la guarnición estacionada allí.

El fiscal. — La pregunta sólo se refería al viaje; usted va a seguir ahora contestando a las preguntas que usted contestó ayer. Convengo en que usted no observó nada notable durante el viaje.

El Lord Cathcart. — Se trata ahora de saber lo ocurrido entre Montevideo y Buenos Aires, y por consiguiente deben referirse los incidentes de la Colonia. Quizá convendría más variar la pregunta, girándola sobre lo ocurrido entre Montevideo y la Colonia.

R. — Nada de particular.

El fiscal. — Leeré ahora lo demás de la declaración del general Gower.

El Fiscal siguió leyendo la declaración.

Después de las palabras: «el teniente general Whitelocke tuvo a bien ordenar quedase la mitad del 95».

El general Gower. — Pido se corrija la respuesta relativa a la mitad del 95.º y se diga que cinco compañías debían quedarse y tres marchar; no la mitad precisamente.

El fiscal. — ¿En qué tiempo se hizo esa última sustitución a que usted se refiere; por qué orden y en qué día fué hecha?

R. — Sustitución no hubo ninguna, puesto que nadie reemplazó esa fuerza; la separación de aquella fuerza fué hecha el 28, es decir, cuatro compañías el citado día y la quinta por la mañana del 29.

P. — ¿El general Whitelocke tuvo a bien ordenar que quedasen cinco compañías como parte de su brigada?

R. — Sí, como parte de su división.

El Fiscal leyó el resto de la declaración del general Gower.

El fiscal. — Antes que el general Gower siga haciendo su relación, voy a permitirme hacer una o dos preguntas acerca de la orden a que él hizo referencia: ¿Cómo se llama el ayudante de usted, en cuyo poder estaba la orden escrita que usted mencionó?

R. — El capitán Maxwell del regimiento 63.º.

P. — ¿Quién le trajo a usted esa orden del general Whitelocke?

R. — El teniente coronel Bourke, intendente general del ejército.

P. — ¿Quiere usted continuar su relación desde el punto en que usted fué interrogado? La última frase fué la siguiente: «el general Craufurd pidió permiso de avanzar con su cuerpo, y viendo que era tan tarde que la brigada a las órdenes del brigadier general Lumley, que ya estaba muy cansada por lo penoso de la marcha, no podría tal vez llegar a este punto antes de obscurecer, ordené al general Craufurd que avanzase».

R. — Pido permiso para agregar dos párrafos a aquella orden, que se me fueron de la memoria ayer: uno de ellos era que el regimiento 87.º debía ser enviado a reunirse

seme en la marcha, y el otro, que si yo me alojaba en los suburbios de la plaza, habría de intimar la rendición, y si se me exigía las condiciones que el general Whitelocke tenía a bien conceder, yo había de enviar las que acompañaban aquella orden.

P. — ¿Debe comprender el tribunal que las condiciones estaban especificadas en la orden?

R. — Ciertamente que sí.

P. — La última frase con que usted concluyó fué que el general Craufurd pidió a usted permiso para avanzar con su brigada, y que viendo que era tan tarde que la brigada a las órdenes del general Lumley no podría tal vez avanzar a tiempo, usted le ordenó que lo hiciera. ¿Quiere usted ahora seguir su relación?

R. — Luego que ví pronta para moverse la brigada del general Lumley, le dí orden de que lo hiciera, y yo mismo fuí primero a incorporarme al brigadier general Craufurd

Un miembro. — ¿Estamos todavía en el 2 de Julio?

R. — Sí.

El fiscal. — Fué el mismo día en que el general Craufurd alzó sus reales de las inmediaciones de la Reducción (1). ¿Quiere usted seguir?

R. — Continuando la marcha con las doce compañías de mi mando, llegué a la unión de dos caminos que conducían a los corrales de Miserere. Habiendo mandado a la columna hacer alto antes de que yo ocupase ese lugar, divisamos la infantería y artillería enemigas apostadas detrás de los espesos cercados que se hallaban a uno y otro lado de ellos. Viendo yo que la línea que ocupaba entonces era un poco diagonal a la que el enemigo había elegido, creí que menos gente perdería dando el ataque inmediatamente, que no aguardando la incorporación de la brigada del brigadier general Lumley. Ordené al brigadier general Craufurd que cargase su línea a la bayoneta, lo que efec-

(1) Así se llamaba entonces lo que ahora se conoce con el nombre de «Quilmes». — (Nota del T).

tuó tan bien, que en muy pocos momentos la infantería enemiga fué completamente derrotada con diez piezas de artillería en nuestro poder. Cuando la infantería ligera estuvo nuevamente formada y colocada una reserva sobre la artillería que se había tomado, era ya casi de noche. A ese tiempo la brigada del general Lumley ya había llegado y tomado una excelente posición a la derecha de la división del brigadier general Craufurd, y yo, determinado a permanecer en aquella posición hasta que se me incorporase el resto del ejército. Poco después de amanecer el siguiente día, que era el 3, mandé una intimación al general español, y volvió con la contestación de que deseaba saber las condiciones que se le concederían.

P. — ¿Con quién mandó usted la intimación?

R. — Con un capitán Roach, sargento mayor de brigada del general Lumley; entonces le mandé una copia de esas condiciones.

P. — ¿Quiere usted pasar vista por esa y decir si es una copia de la carta a que usted alude ahora?

R. — Creo que esa copia es muy correcta.

El fiscal. — Es una copia certificada de la Secretaría de Estado, de las remitidas por el general Whitelocke.

Habiéndose referido el general Gower a la intimación que mandó al general Liniers, y habiéndola él identificado, la leeré ahora.

R. — Usted tendrá la bondad de recordar que la primera intimación fué verbal, así como la contestación del general Liniers, en que me pedía le mandase la condición que yo estaba autorizado a conceder. Fué en consecuencia de eso que yo mandé la carta, cuya copia tiene usted en la mano.

Se leyó la carta. (Véase nota 14).

P. — ¿Las condiciones que expresa la carta que se acaba de leer, fueron las mismas que se especificaron en la orden que usted recibió el día antes, del general Whitelocke?

R. — Por cierto que sí, según recuerdo.

P. — ¿Tiene usted alguna duda de que la rendición de los empleados civiles estaba incluida en la orden del general Whitelocke como una de las condiciones que debían exigirse del comandante español?

R. — No tengo ninguna duda de ello. Estaba especificada como he dicho antes; y cuando entregué copia de la correspondencia al teniente general Whitelocke, no encontró falta en ninguna parte de ella.

P. — ¿El papel que ahora se le presenta contiene una copia de la contestación que usted recibió?

R. — A mí se me entregó en español; esta está en inglés; la contestación del general para mí estaba en español. Está probado que ésta es una copia, puesto que aquí hay una nota, en que se dice que era diferente en el original.

P. — ¿Puede usted decir si ésta es copia de la traducción que usted hizo entonces de aquel papel?

R. — Yo no hice ninguna traducción con la intención de retenerla hasta que llegara el teniente general Whitelocke.

El general Whitelocke. — Si el general Gower dice que tiene alguna semejanza, no tengo el menor inconveniente en admitirla.

El fiscal. — El mejor modo sería, quizá, leer el papel que tengo en la mano, el cual es copia de la contestación remitida por el general Whitelocke en sus despachos a la Secretaría del Estado, puesto que es la traducción de la contestación que recibió el general Gower.

R. — La única dificultad que acerca de eso encuentro es el poco conocimiento que tengo del idioma español para aseverar que esa sea una copia exacta.

El general Whitelocke. — Estoy pronto a admitirla sujetándola a la memoria del general Gower, de cualquiera diferencia que él note en ella.

El general Gower. — Según recuerdo, encuentro que esa es una traducción exacta.

El fiscal. — ¿Quiere usted ahora continuar la relación?

R. — El enemigo atacó a mis piquetes poco después de amanecer el día 3 de Julio, y continué peleando hasta que llegó la principal división del ejército a las órdenes del teniente general Whitelocke.

P. — ¿A qué hora llegó?

R. — Como a las dos; no estoy muy cierto; yo estuve muy ocupado a consecuencia de eso. Por supuesto, luego que llegó el teniente general Whitelocke, cesé completamente en el mando.

P. — ¿Quiere usted seguir refiriendo las operaciones del ejército, desde el momento de la incorporación del cuerpo principal a las órdenes del general Whitelocke, hasta la noche del 4, según su mejor recuerdo?

R. — No teniendo yo el mando de aquel ejército, me es imposible relatarlas. No puedo hacer una relación de las operaciones generales de él, ni de otra cosa que no sea referente a las órdenes que recibí del teniente general Whitelocke, que era quien mandaba.

P. — Diga usted cuanto ha visto y sabido de las operaciones del ejército durante aquel período de tiempo.

R. — Al llegar la columna del teniente general Whitelocke, ordenó éste que toda la fuerza estuviese formada en la continuación o más bien en la prolongación de la línea, ocupada antes por las brigadas de los brigadieres Lumley y Craufurd. Como el enemigo apuraba mucho a los piquetes, mandó poco después que la línea retrocediese por un corto rato detrás de la altura de los Corrales, para que el piquete cayese de repente y con rapidez sobre él, a fin de atraer una parte considerable a campo abierto. No tuvo buen éxito, porque el enemigo no quiso abandonar los edificios; así es que nos vimos obligados a volver a ocupar nuestro primitivo alineamiento y posición para los piquetes, porque el teniente general quería colocar la gente bajo techo contra la inclemencia del tiempo. Toda la

noche del 4 continuó el fuego, aunque no con igual vigor sobre los piquetes, que sufrieron mucha pérdida.

P. — ¿Cuáles fueron las órdenes expedidas por el general Whitelocke después de su llegada a los Corrales?

R. — Las que ya he detallado, como también las que se expresan en los despachos del teniente general Whitelocke anteriores al ataque del 5 de Julio. Hubo también una orden del día en que el teniente general tuvo a bien aprobar la conducta de mi división en la acción del 2.

P. — ¿Tiene usted conocimiento de que el general Whitelocke hubiese intimado rendición a la plaza el día 4 de Julio?

R. — El teniente general Whitelocke me participó esa mañana que él tenía la intención de volver a intimar rendición de la plaza, bajo las mismas condiciones que yo había propuesto, por su orden.

P. — ¿No tiene usted conocimiento de otras órdenes que las que usted ha manifestado?

R. — No recuerdo otras.

El fiscal. — Para que el tribunal comprenda mejor lo que he adoptado, debo exponer, como lo hago, que habiendo concluido el general Gower su relato hasta el período que se convino ser el más aparente para terminar la declaración, voy ahora a hacer al general Gower algunas preguntas que se desprenden de la declaración que ya ha dado, arrancando del principio del relato.

P. — ¿Sabe usted qué informe recibió el general Whitelocke antes de salir de Montevideo en Junio próximo pasado, con respecto a la estación favorable o contraria para el éxito de la expedición contra Buenos Aires?

R. — No, no sé.

P. — ¿Acostumbraba el general Whitelocke consultar con el segundo en el mando, sobre el plan de operaciones del ejército?

R. — En muy pocos casos; es posible que haya pedido mi opinión en algunos casos pero no en todos.

P. — ¿Tuvo usted, antes de salir de Montevideo, al-

guna comunicación con el general Whitelocke, con respecto a la conveniencia de emprender la expedición contra Buenos Aires?

R. — El general Whitelocke se acordará mejor.

El fiscal. — Creo deber exponer que el general Whitelocke se opone terminantemente a que se hagan preguntas de esa naturaleza; por consiguiente, mientras al tribunal no se le expongan esos inconvenientes, sería mejor que el general Gower no las contestase, a no ser que el tribunal opinase que la objeción del general Whitelocke esté bien fundada.

La objeción hecha por el general Whitelocke a la declaración que iba a dar el general Gower, o más bien a las interrogaciones que se le hicieron, es la siguiente: «El general Whitelocke entiende que el objeto de esta declaración es hacer ver que el ataque se emprendió en mala época del año; en cuanto a las estaciones, el general Whitelocke no hace objeción alguna a que se investigue más extensamente, ni a esta declaración, si el Fiscal manifiesta que debe servir de introducción a otra que sea interpretativa de alguno de los cargos; pero como asunto distinto de cargo contra él, se opone sosteniendo que las materias del cargo están especificadas — de los que ha tenido noticia — contra esos viene a defenderse, y admite que ningunas palabras generales seguidas por cargos especiales, pueden autorizar al entrar en otros puntos que los especificados; de otro modo, la investigación sería interminable, desapareciendo la utilidad de especificar cargos». Yo quisiera informar al tribunal que el general Whitelocke comprende claramente el objeto de las interrogaciones que yo hacía al testigo. Estas las hacía yo indudablemente, con el objeto de saber si la expedición contra Buenos Aires fué emprendida en aquella época del año que, a juicio del tribunal, presentaba más probabilidad de buen éxito; y estoy convencido de que aquella indagación entraba claramente en el primer párrafo, si así puedo llamarlo, del primero cargo, exponiendo que, habiendo recibido el general

Whitelocke instrucciones del principal secretario de Estado de S. M. para que pasase a Buenos Aires, adoptó medidas mal calculadas que facilitarían esa conquista, (ignoro absolutamente que eso sea así); pero si resultara haber sido emprendida esta expedición en una estación desfavorable del año, esa circunstancia tendería indudablemente a corroborar este cargo contra el general Whitelocke. Este expone que sería interminable seguir indagando acerca de estos cargos. Si se ha de entender que, ha de investigarse cualesquiera circunstancias no especificadas de un modo claro, debo humildemente convenir con el tribunal en que, en estos cargos, si bien se alegan ciertos hechos, no deja de ser con el objeto de hacer saber al general Whitelocke que toda su conducta como comandante de esa expedición, había de venir a investigarse ante este tribunal; y si éste es de esa opinión, así como, que si resultara de la información, lo que vuelvo a decir que ignoro ni tengo motivos para conjeturar, pero que creo debe investigarse, que esta expedición haya sido emprendida en una estación desfavorable del año, entonces el tribunal tendrá que considerar si ese hecho, una vez probado, no entra en esa parte del cargo, a saber que adoptó medidas mal calculadas para facilitar esa conquista. Si el tribunal abriga alguna duda sobre este punto, no es mi ánimo, por cierto, apurar la cuestión.

El general Whitelocke. — No es una cosa especial. En verdad, jamás se me ha dicho nada a ese respecto.

Se mandó despejar el salón del tribunal, volviéndose a abrir poco después.

El fiscal. — ¿Quiere usted hacer al general Gower esa última pregunta? ¿Tuvo usted, antes de salir de Montevideo, alguna comunicación con el general Whitelocke en cuanto a la conveniencia de emprender la expedición contra Buenos Aires?

R. — El teniente general Whitelocke me participó, poco después de su llegada a Montevideo, que cuando el general Craufurd llegase al Río de la Plata, él no perdería

un momento en atacar a Buenos Aires, manifestando al mismo tiempo, como una de las razones que le indujeron a esa pronta medida, que sería imposible proveer al almirante de tanta gente sobre la margen izquierda del Río de la Plata, durante el invierno.

El general Whitelocke. — El costado de Montevideo.

El fiscal. — ¿Cómo comprende usted la margen izquierda, el costado de Montevideo o el de Buenos Aires?

R. — Describiendo el país como oficial, siempre se describe por la corriente del agua. Hablando de la dirección de tierra, con relación al agua, se considera siempre como si se estuviera mirando hacia abajo de la corriente; por consiguiente, aquí se hace referencia a la margen de Montevideo.

P. — ¿Eso que usted ha expuesto es la única comunicación que usted tuvo con el general Whitelocke con respecto al tiempo en que debía emprenderse la expedición? Si usted tuvo alguna otra, dígalo.

R. — No recuerdo ninguna otra comunicación positiva. Puede haber habido conversaciones generales sobre el asunto en que yo haya tomado parte; pero no recuerdo que jamás la haya habido a ese respecto.

P. — ¿Acostumbraba usted comunicarse confidencialmente con el general Whitelocke?

R. — Me es imposible decir qué grado de confianza haya tenido a bien poner en mí el teniente general Whitelocke; él me ocupó en muchos de los detalles, antes del embarque de las tropas que debían atacar a Buenos Aires; pero todos los grandes arreglos principales fueron hechos por él mismo.

P. — ¿Por comunicación confidencial se entendía aquel grado de confianza que la posición de usted, como segundo en el mando de una expedición de tanta importancia, tenía derecho de esperar? ¿Hace esa interpretación alguna diferencia en su respuesta a la última pregunta?

R. — Comprendiendo que el segundo en el mando está tan sometido a las órdenes de un comandante en jefe, como

el más joven oficial subalterno del ejército, yo ejecutaba todas las órdenes que se confiaban a mi cargo del mejor modo que me era posible; y comprendiendo que yo no tenía poder alguno mientras existía y se hallaba presente un oficial que tenía el mando en jefe, estaba yo completamente satisfecho en desempeñar aquellos actos del servicio que él hubiese tenido a bien confiarme.

P. — ¿Era usted informado de vez en cuando del plan general de operaciones por el general Whitelocke?

R. — No tengo conocimiento de que se haya jamás formado plan alguno; ni me consta que lo haya habido.

P. — ¿Debe comprender el tribunal, por la última respuesta de usted, que los planes de operaciones del general Whitelocke no le fueron comunicados a usted antes de haber sido puestos en ejecución?

R. — Mi repuesta se refería a un plan general. Ya he dicho antes que ningún conocimiento tenía yo de la existencia de él; todas las comunicaciones que se me trasmitían, se hacían en forma de órdenes.

Un miembro. — Deseo saber a qué tiempo se refiere la pregunta.

El fiscal. — Indudablemente quise decir antes de salir de Montevideo. Mis interrogaciones aluden siempre al tiempo antes de salir de Montevideo. A mí no me toca decir a qué época aplica sus repuestas el general Gower.

R. — No tengo inconveniente en decir que así fué durante todo el tiempo del servicio.

El fiscal. — Quisiera recordar al general Gower lo que dijo ayer de que no se le había dado parte de la existencia de trasportes en la Colonia aptos para recibir caballos. La pregunta que yo quisiera hacer es ¿si sabe usted quién tenía la obligación de proveer de trasportes durante la expedición?

R. — No habiendo tenido nunca el mando en jefe de las tropas, ignoro cuáles fueron las órdenes del Gobierno a ese respecto.

P. — ¿No sabe usted quién proveía de trasportes du-

rante esa expedición? ¿Quién tenía la obligación de proporcionarlos en esa expedición?

R. — Creo que esa pregunta ya fué contestada. No tengo conocimiento de ningunos trasportes, con la excepción de una pequeña embarcación con bandera americana, que no estaba arrendada formalmente por la comisión de trasportes en Londres, pero que se había ocupado en la conducción de tropas y provisiones de varios puntos de donde había sido reunido aquel ejército.

P. — ¿Sabe usted por qué no había trasportes en la Colonia en el tiempo en que usted se embarcó?

R. — No lo sé. Había los suficientes para dar cabida a las tropas.

P. — No habiendo trasportes en la Colonia que condujesen los caballos reunidos allí, ¿cómo había de llevarse al teatro de la guerra al otro lado del río?

R. — No tengo conocimiento de que se hubiesen reunido algunos para ese objeto.

P. — ¿Con qué proporción de artillería ocupó usted su primera posición el día 28?

R. — Con ninguna.

P. — ¿Cuándo recibió usted su proporción de artillería y cómo fué transportada?

R. — Dos piezas de a 6 y 2 de a 3 debían reunirse en la mañana del 1.º de Julio; tenían su dotación de caballos, pero estaban en un estado tan miserable que para transportarlos confiaba yo mucho más en los esfuerzos personales de los artilleros y en un destacamento de marinos que los acompañaban, que en los caballos.

P. — ¿Sabe usted qué artillería llevó el general Whitelocke con el cuerpo principal, cuando se incorporó a usted el 29?

R. — Cuando las tropas llegaron a mi posición no traían artillería alguna. Supe que se había quedado en el bañado y que dos batallones habían recibido orden de bajar para sacar los cañones. Ignoro cuál fuese el número de éstos.

P. — ¿Sabe usted si se tomaron algunas medidas y cuáles fueron éstas, para juntar caballos después del desembarque, para trasportar la artillería?

R. — No lo sé; pero estoy seguro que de nada habrían valido las medidas que se hubiesen tomado a ese respecto, porque todos los caballos de ese país son tan *chúcaros* que de nada habrían servido para tirar.

P. — ¿Sabe usted si los caballos que quedaron en la Colonia habían sido o no amansados para la artillería?

R. — Según los partes que recibí, algunos había de esa clase, pero a mí me parecieron ser muy malos y no servían para el trabajo pesado.

P. — ¿Quiere usted describir la naturaleza del suelo entre la Ensenada y las Lomas en donde usted ocupó su posición el día 28?

R. — Era un pantano, cubierto con una superficie de agua, que variaba en profundidad desde dos pies para arriba; no podré decir cuán profundo era en algunos parajes, porque no he tenido tiempo de sondearlo; pero al tratar de buscar mejor paso para la marcha de las tropas que el que se me había indicado como el camino más frecuentado, me metí en muchos lugares de que, con no poca dificultad, salía con el caballo en que yo montaba.

P. — A su juicio de usted, ¿puede usted decir si el pantano era tan profundo que hiciera imposible el transporte de la artillería una vez bien provista de caballos?

R. — No podré decir cuál era el estado del camino el día 29; tan blando estaba el piso cuando yo lo pasé, que la retaguardia de mi pequeña columna tuvo mucha más dificultad que la vanguardia al subir las Lomas. En dos, si no eran tres puntos, había lugares tan profundos que mi caballo se cayó tres veces, sin poderse levantar.

P. — ¿Sabe usted si el general Whitelocke había obtenido algún conocimiento, y cuál era, de las dificultades que usted ha descrito respecto de la marcha de las tropas desde la Ensenada, antes del desembarque?

R. — Recuerdo haberme hallado presente cuando el

teniente general Whitelocke interrogó a un hombre, antes del embarque de Montevideo, acerca de algún camino, declarando éste que no sólo era malo sino que estaba en todos tiempos, lleno de dificultades. Le interrogó con especialidad sobre la posibilidad de pasar con un rodado por el pantano, y la contestación que obtuvo fué, que la Ensenada era el embarcadero ordinario para la gente de Buenos Aires que salía del Río de la Plata, y que ese camino nunca dejó de ser transitable en cualquier tiempo en carruaje. Ese fué su modo de expresarse según recuerdo muy bien.

P. — ¿Es esa la única respuesta que usted tiene que dar a la pregunta?

R. — Agregaré, con el beneplácito de usted, que ignoro si ha habido algún otro informe.

P. — ¿Sabe usted por qué no se operó el desembarque en la Punta de Quilmes, en vez de hacerlo en la Ensenada?

R. — Lo ignoro. No se me ocupó en el servicio de reconocer el río.

P. — ¿Sabe usted quién debía practicar ese reconocimiento?

R. — Creo que el teniente coronel Bourke, cuartel maestro general; sí, estoy seguro que lo fué el coronel Bourke.

P. — Entonces, ¿podrá usted decir las razones que indujeron al general Whitelocke a mandar hacer alto en la Ensenada con preferencia?

R. — Me es imposible dar los motivos que habrán inducido al teniente general Whitelocke a preferir el último punto.

P. — ¿Sabe usted cuál fué la proporción de provisiones de comisaría, para abastecer al ejército, que se puso en tierra en el momento del desembarque de la tropa?

R. — No tengo el más mínimo conocimiento de eso, por haberseme despachado mucho antes que todas las tropas hubiesen operado su desembarque.

P. — ¿Sabe usted si era posible comunicarse por agua desde la Reducción?

R. — Los despachos públicos manifiestan que había comunicación entre el ejército y la escuadra desde Quilmes. Yo no tengo conocimiento del hecho, por haberme hallado en la vanguardia.

P. — Habiendo usted, pues, declarado que recibió órdenes del general Whitelocke, el 2 de Julio, para buscar un paso por el Riachuelo, más arriba de la ciudad de Buenos Aires, y que si daba con él lo había de forzar, ¿qué fuerza mandaba usted, incluyendo la artillería, cuando usted abrió su marcha el 2 de Julio, en consecuencia de la orden que usted mismo declaró haber recibido del general Whitelocke?

R. — No me es posible decir con exactitud. Me parece que la división del general Craufurd constaba de poco menos de novecientos hombres; de los regimientos 36.º y 88.º, tantos hombres eran incapaces de avanzar, por la fatiga de la precedente marcha, que el número efectivo de hombres que habían quedado en esos regimientos, cuando atravesé el Riachuelo, era reducidísimo. La noche anterior, quedaron estropeados y cansados tantos hombres cuando llegué a la Reducción, que me hallé en la necesidad de dejar allí 150 hombres. A la mañana siguiente, cuando dí la orden de marcha, el brigadier general Lumley me pasó parte de que había muchísimos más totalmente imposibilitados de seguir. Mandé que todos los que se hallasen en ese caso fuesen remitidos a la división principal del ejército, en la Reducción; pero no me es posible fijar el número de ellos con precisión. Quedaba tan poco del día para ejecutar la orden que ya había recibido, que no quise someterme a la demora que había causado la llegada de las listas regulares. La artillería constaba de dos de a seis y dos de a tres. Tal era el mal estado de los caballos y la dificultad de las marchas, que, a pesar del mayor celo y esfuerzos del capitán Fraser, fué imposible llevarlo a los Corrales, hasta después que hubo cesado la acción de aquella tarde.

P. — ¿Quiere usted decir, tan próximo como le sea a

usted posible, cuál fué el número de tropas que usted mandaba en el tiempo a que alude la última pregunta?

R. — Creo que el número de aquellos dos batallones no pasaba de mil plazas en aptitud de marchar. La gente se fatigaba tan constantemente que es imposible fijar su número con precisión.

P. — Habiendo declarado usted haber sido informado por el general Whitelocke, en la mañana del 2 que el regimiento 87.º se le incorporaría a usted en la marcha, ¿efectuó el regimiento aquella incorporación?

R. — No se incorporó, sino cuando lo efectuó el ejército el día 3. Nunca se me incorporó por separado.

P. — Habiéndosele ordenado a usted que emprendiese operaciones de tanta importancia con la fuerza que usted ha descrito, ¿qué partes tenía usted que pasar al general Whitelocke durante la separación del cuerpo principal, de la vanguardia, que usted mandaba?

R. — No recuerdo que haya habido orden específica alguna a ese respecto. Cuando me puse en marcha, el teniente coronel Bourke me participó que el teniente general Whitelocke tenía la intención de apoyarme con todo el ejército. Esperé hasta las diez del día siguiente.

P. — ¿Usted recibió esa instrucción del coronel Bourke el 1.º?

R. — No, el 2; cuando el coronel Bourke me trajo mi instrucción. Al recibir sus órdenes, el día 2 inmediatamente me puse en movimiento.

P. — Creo que hay alguna inexactitud en las fechas. Usted había dicho que recibió su instrucción del coronel Bourke el día antes de su marcha.

R. — Perdóne usted; todas las preguntas que se me han hecho se referían a la orden que yo recibí por el coronel Bourke, antes de que yo atravesase el Riachuelo; esa orden se me transmitió antes de mi marcha el día 2.

El fiscal. — Yo había comprendido mal la época de esa orden. ¿Quiere usted seguir?

R. — Esperé hasta las diez del día siguiente, en que,

no teniendo noticia alguna de la división principal, despaché un oficial con la compañía de cazadores del 87.º con el objeto de que averiguase su paradero. El oficial lo consiguió, regresando con la división principal.

P. — ¿Sabe usted a qué distancia alejó la marcha del general Whitelocke, el día 2, el cuerpo principal del ejército, de la línea de las operaciones de la vanguardia?

R. — Me es absolutamente imposible poder decir, desde que yo ignoraba el paradero de la división principal en la noche del 2.

P. — ¿Recibió usted algunas instrucciones del general Whitelocke para mantener comunicación con el grueso del ejército, durante su separación, por medio de patrullas o de algún otro modo?

R. — Ningunas absolutamente. Yo consideré que la orden fuese hacer mi alojamiento en los suburbios de Buenos Aires perentoriamente; y lo habría tentado bajo cualesquiera circunstancias, sin cuidarme nada de la división principal del ejército.

P. — Habiendo usted dicho que el cuerpo de su mando, después de haber rechazado un cuerpo considerable de caballería hasta repasar el Riachuelo, atravesó ese río y se presentó ante una formidable fuerza de infantería y artillería en la noche del 2, ¿podía usted esperar algún auxilio del cuerpo principal a las órdenes del general Whitelocke, si las circunstancias hubiesen puesto la fuerza del mando de usted en inminente peligro entonces?

R. — Por cierto que no; ningún auxilio podía yo esperar de una fuerza, a la margen derecha del Riachuelo, que me hubiese valido de algo aquella noche.

P. — ¿Puede usted decir qué clase de hostilidad hacia el enemigo que usted observaba o de que usted tenía conocimiento, entre el tiempo del desembarque y el en que usted tomó posición de los Corrales?

R. — Entre el 28 y la mañana del 2 nada ví, si no los paisanos del campo, a lo menos gente que parecía del campo, montada y que hacía constantemente un fuego no sos-

tenido sobre la columna, el que cesó cuando me aproximé al pueblo de Reducción, donde ví reunida una fuerza tan considerable de esta gente que formé la división del general Craufurd en una línea. Los rechacé mediante una avanzada rápida y tomé mi posición para pernoctar, sin otra dificultad que la que ocasionaban sus tentativas de cortar los centinelas extraviados. Subía yo la margen derecha del Riachuelo por la mañana del 3, cuando topé con una considerable fuerza de caballería, como de 600 hombres, muchos de ellos vestidos uniformemente que parecían tropa de línea; los demás eran de la misma clase que los que había visto el día antes. Noté que la margen izquierda del Riachuelo parecía cubierta de cuerpos de infantería formados en línea; marcharon a su derecha frente a mí por un poco de tiempo, con el objeto aparente de defender la loma arriba del Paso Chico, sobre el Riachuelo. Los dejé tan atrás que no pudieron conseguir su objeto; y luego que pasé les ví hacer el movimiento de que antes he hablado.

P. — ¿La vanguardia que usted mandaba y que había atravesado el Riachuelo, salvó el Paso Chico?

R. — Creo que sí.

P. — ¿Qué sabe usted del ancho y profundidad del Riachuelo?

R. — El ancho, como de 30 yardas; la profundidad tan considerable que nos vimos precisados a descargar la artillería y llevar la munición sobre la cabeza de la tropa, obligando a la infantería a cargar sus cartucheras a cuestas para evitar el que se mojasen.

P. — ¿Recibió usted algún aviso, y de qué naturaleza, del plan y movimientos del enemigo entre el tiempo del desembarque y el de tomar posición en los Corrales?

R. — Uno solo y nada más.

P. — ¿A qué hora del día 2 llegó su vanguardia a este paso?

R. — Como a la una.

P. — Si usted hubiera recibido órdenes del general Whitelocke para informar del descubrimiento del paso y

usted hubiese conseguido darle tal informe, ¿cuántas horas habría usted echado en llegar?

R. — Si se toma en línea recta, no dista mucho más de la posición de Reducción que de la que yo dejé. Se echaron cuatro horas para llegar, y cuando lo conseguí, ví la división del teniente general Whitelocke muy avanzada en las Lomas, en movimiento aparente.

P. — Suponiendo que el general Whitelocke hubiese hecho marchar el grueso de sus fuerzas al Paso, en consecuencia del informe de usted, ¿habría habido una separación por más de unas cuantas horas que las que usted manifestó ser necesarias para el reconocimiento?

R. — Ya dije que eché cuatro horas en la marcha para llegar a él. No comprendo la pregunta.

Sir Juan Moore. — Para que el Fiscal sepa el tiempo que el general Gower pudo haber sido sostenido por el general Whitelocke, sería mejor interrogar sobre la naturaleza del terreno.

El fiscal. — Desearía saber cuál habría sido el efecto si el general Gower hubiese recibido órdenes de informar al general Whitelocke del descubrimiento del paso. ¿Si él hubiera informado al general Whitelocke de que el paso era transitable, no habría habido necesidad de otra separación de las columnas que la que tuvo lugar durante la marcha del general Gower al Paso?

R. — Por cierto. Si yo hubiese hecho alto cuando dí con él, habría disminuído el tiempo a medida que la división principal avanzase; pero era el caso que yo no podía informarle sino despachando un oficial escoltado por un cuerpo considerable de infantería, que hubiera echado en la marcha tanto tiempo como la columna.

(Se levantó la sesión).

TERCER DIA.

LUNES, FEBRERO 1.º DE 1808.

El fiscal. — Uno de los honorables miembros de este tribunal se dirigió al presidente avisando que, por la enfermedad de su padre, no podría asistir más, y pide ser exonerado. El tribunal debe decidir; y si hubiere alguna duda deberá hacerse despejar.

(El general Sir Diego Duffe se excusaba de asistir más).

Se vuelve a llamar al mayor general Gower.

Examen interrogatorio hecho por el *Fiscal militar*.

P. — En su anterior declaración dijo usted que uno de los párrafos de la orden del general Whitelocke, del 2 de Julio, era, que el regimiento 87.º debía incorporarse a usted, y en seguida dijo usted que no se le había incorporado. ¿Cuándo o dónde supo usted que no se le mandaría incorporar a usted?

R. — Nunca tuve aviso de que no se me incorporaría, antes de la orden transmitida por el teniente coronel Bourke.

P. — Dijo usted que el teniente coronel Bourke le hizo a usted saber la intención del teniente general Whitelocke de apoyar a usted con todo el ejército. ¿Cuándo y dónde tuvo usted el primer aviso de que el general Whitelocke no le seguía a usted, y que usted no podría recibir el apoyo prometido?

R. — Nunca recibí aviso alguno de que él no me seguía. Luego que atravesé el Riachuelo, distinguí con un antejo su división principal sobre las Lomas, y me convencí de que no podría incorporármeme a mi división de día.

P. — ¿Tuvo usted conocimiento de que se hubiese o no formado una reserva del resto del ejército?

R. — Ninguno absolutamente.

P. — ¿Cuál era el aspecto general del país, abierto, cerrado, montañoso o llano?

R. — Desde mi posición el día 1.º el campo se elevaba desde el río hasta las Lomas, y continuaba así hasta donde está situado el pueblo Reducción. Son casi paralelas con el Riachuelo. Durante nuestra marcha, atravesamos muchos lugares pantanosos, difíciles para que pudiesen pasar los rodados. Después de atravesar el río, las primeras dos millas de marcha fué por entre bajas praderas, con agua, pero firmes. Subimos algunas alturas, y de allí a los Corrales, el país estaba sembrado de bancos duros y de espesos cercados.

P. — ¿Qué distancia calcula usted había desde el Paso Chico hasta los suburbios frente a los Corrales de Miserere?

R. — Por medida, lo ignoro. Ocupó cerca de tres horas de marcha.

P. — ¿Cuántas millas calcula usted sin medida?

R. — Calculo que serán de seis a siete.

P. — ¿Cuánto dista el puente del Riachuelo del Paso Chico?

R. — No me es posible formar opinión.

P. — ¿No podrá usted decirme para cuántos días tenía usted víveres en su marcha desde la Ensenada?

R. — Carne y pan para tres días, y aguardiente para uno en poder de la tropa, cuando desembarqué, no cuando me puse en marcha, y consumida ya la de un día.

P. — Durante su marcha para Buenos Aires, ¿recibió usted nuevas remesas de víveres?

R. — Ninguna, con excepción de una pequeña cantidad de bebida.

P. — ¿Le proveyó a usted el país con algunos víveres?

R. — El día 28 con nada. El 29 y 30, dos gastadores cogieron unos cuantos bueyes. El 1.º de Julio, nada hasta la noche, en que se tomaron unas cuantas ovejas. El 2, nada. El triunfo de esa noche fué la captura de algunos bueyes en los Corrales y bastante pan para abastecer a

ambas divisiones por dos días. Llegó tan tarde que no se pudo utilizar hasta el tercer día.

El lord Cathcart. — Quiere usted decir, ¿las dos que usted mandaba o las dos del ejército?

R. — Las del ejército.

P. — ¿Qué noticias tenía usted del cuerpo principal el día 2?

R. — No tenía ninguna, sino las que ya he manifestado, la de haber visto mucha infantería a la orilla del Riachuelo.

P. — Cuando se le incorporó a usted el general Whitelocke el día 3, ¿tenía usted alguna noticia de la existencia de una reserva?

R. — El me ordenó hiciese formar el ejército en línea. Entonces noté la ausencia del 40.º y 17.º de dragones ligeros y la brigada del coronel Mahon.

P. — ¿Le avisó a usted el general Whitelocke en dónde estaban situados?

R. — Me hizo saber que estaban situados en la Reducción, pero ignoro con qué objeto.

P. — ¿Quedaba abierta alguna comunicación con aquella reserva o con el ejército, en el intervalo del día 3 y el ataque?

R. — Ninguna.

P. — ¿Qué noticias consiguió usted de los prisioneros el 2?

R. — La relación que pude conseguir fué la de que, hasta el medio día del 2, toda la fuerza enemiga se dirigía hacia la línea del Plata, de Buenos Aires y el Riachuelo. Se decía que pensaban llevarse los cañones y dirigir su principal fuerza al centro de la plaza y defender sus calles en columnas móviles.

P. — ¿Por quién fueron interrogados los prisioneros?

R. — Por el mismo general Whitelocke principalmente, según creo.

P. — Diga usted, ¿cuáles fueron las operaciones que

tuvieron lugar entre la incorporación, el día 3, y el ataque dado el 5?

R. — La pregunta es de naturaleza tan general que no me es posible contestarla.

El fiscal. — Le leeré al general Gower su respuesta del viernes, a la pregunta sobre este punto.

P. — Diga usted lo que vió y supo de las operaciones del ejército durante aquel período.

R. — El general Whitelocke dispuso que todas las columnas formasen una prolongación de la línea de los brigadieres generales Lumley y Craufurd, porque el enemigo tenía a los piquetes en grandes apuros; poco después dispuso que se retirase la fuerza detrás de las alturas de los Corrales, a fin de atraer al enemigo al campo raso, pero como éste no quisiese abandonar los edificios, volvimos a ocupar nuestras posiciones primitivas.

El enemigo continuó su furia sobre los piquetes durante el día 4, lo cual hizo que experimentásemos pérdidas de consideración.

P. — ¿Qué órdenes dió el general luego después de su llegada?

R. — Las que manifiestan los documentos públicos, anteriores al 5, y que ya he declarado.

P. — ¿Qué medidas tomó el teniente general Whitelocke que usted sepa?

R. — El teniente general Whitelocke ordenó que todos los comandantes de brigadas y regimientos asistiesen a su alojamiento por la mañana del 4, en que se les transmitieron las órdenes que debían ponerse en ejecución la mañana siguiente, previniéndoseles que se informase del mejor modo que pudiesen acerca de la parte de la ciudad que les tocase, en el primer momento, durante el ataque. Se ordenó que se recogiese cuanto instrumento se encontrara que sirviese para forzar las puertas y ventanas de las casas. Los pormenores de aquel ataque se pueden ver en los despachos del teniente general Whitelocke; yo no

puedo recordar los partes de él, que merezcan ser citados comprometiéndome a detallarlos de memoria.

P. — Antes de efectuar su incorporación el día 4, según usted refirió, ¿sabe usted si el general Whitelocke había comunicado a alguien el plan de ataque?

R. — Sí, a mí, y tengo motivos para creer que lo fué a muchos otros.

P. — ¿En qué día se comunicó, del modo que se dijo, antes de la reunión del 4?

R. — A mí se me comunicó el 3 y a los demás el 4.

P. — ¿No habría usted tenido el mando del ejército, si algo hubiese sucedido al general Whitelocke?

R. — Sí, como jefe de estado mayor más antiguo presente, en conformidad a las prácticas del servicio, pero no en consecuencia de mi comisión nominal, o de cualquiera otra disposición a ese respecto.

P. — ¿Tenía usted algunas comunicaciones confidenciales con el general Whitelocke acerca de las intenciones del gobierno en despachar aquella expedición y acerca de los planes del general Whitelocke que le hubiesen puesto en aptitud, en ese caso, de llevarlos a cabo?

R. — El teniente general Whitelocke me mostró las instrucciones por las cuales obrara a principios de la travesía en el *Thisbe*. Eran voluminosas, y conservo un recuerdo muy imperfecto de su contenido. Ya he dicho que jamás he oído hablar de nada que se parezca a plan de operaciones en el Río de la Plata.

P. — ¿Tuvo usted alguna vez el nombramiento de segundo en el mando o una carta de servicio que le habilitase a obrar en tal carácter?

R. — Tuve una carta de servicio, en que se me nombraba mayor general en el estado mayor. Al llegar el general Whitelocke a Montevideo y hacerle reconocer por las tropas como comandante en jefe, él me designó como mayor general, segundo en el mando. Comandé una brigada en el último tiempo del servicio.

El fiscal. — Voy a leer una copia certificada del plan

de ataque, pasada por el general Whitelocke al secretario de Estado para el departamento de la Guerra.

Se leyó (Nota 16).

Un miembro. — Yo quisiera saber si se aproxima el momento en que el tribunal pueda interrogar.

El fiscal. — Creo que la práctica es que el acusador haga las preguntas que se le ocurran; en seguida toca al general Whitelocke hacer las suyas; luego corresponde al acusador hacer aquellas a que diese ocasión la pregunta, y por fin al tribunal.

P. — ¿Sabe usted por qué no se efectuó el ataque el 4?

R. — No con exactitud.

P. — ¿Le dió a usted el general Whitelocke alguna instrucción sobre ese punto?

R. — Cuando se dieron las órdenes el día 4, parece que todos los comandantes de división manifestaron su deseo de tener el resto de aquel día para reconocer sus puntos; y fué entonces, según creo, que el teniente general determinadamente fijó la mañana siguiente para el ataque. Ya he dicho que el teniente general me manifestó su intención de intimar rendición a la plaza por segunda vez, y que se proponía hacerlo antes de empezar el ataque, la cual intimación se hizo en la mañana del 4.

P. — ¿Podrá usted decir por qué no se hizo la intimación a la plaza en la tarde del 3?

R. — No.

P. — ¿Le dijo a usted alguna vez el general Whitelocke por qué no se dió el ataque el 4?

R. — Ya he manifestado al tribunal lo que sé a ese respecto.

(Mandóse salir á los extraños. Después de un corto intervalo se abrió de nuevo el tribunal).

El fiscal. — El general Whitelocke desea hacer algunas preguntas al general Gower, en consecuencia de la declaración que éste ha dado. La primera pregunta es:

¿el informe que usted recibió o el conocimiento que tuvo usted acerca de los habitantes, le indujeron a usted considerar fuese inseguro dejar algún pequeño destacamento en la Colonia?

R. — La Colonia estaba casi desierta. La noticia o informe que tuve, fué la de que habían aparecido en las serranías grandes pelotones de gente armada.

P. — Diga, ¿cuál era la disposición de los habitantes para con nosotros, y si manifestaban inclinación a prestarnos auxilio o darnos noticias, aun del modo más privado?

R. — Jamás había podido creer que hubieran sido tan implacablemente hostiles como por cierto lo eran. Exceptuando el contrabandista que era, según creo, portugués de nacimiento, no creo que haya habido un solo hombre realmente adicto a la causa británica en la América española.

P. — ¿No fueron las autoridades civiles las que se consideró habían creado la insurrección contra el general Beresford?

R. — Así lo consideré yo; y llegué a comprender que la Audiencia había abarcado casi todo el poder y autoridad.

P. — ¿No consideraba usted a la Audiencia ultrapassando a las autoridades civiles?

R. — Sí, por cierto.

El fiscal. — Voy a leer el papel que se acaba de poner en mis manos por el general Whitelocke. «Como me será absolutamente necesario producir órdenes y otros papeles que se refieren a esta parte del cargo en mi defensa, tendré que valerme de la declaración del general Gower en aquel período, después que se hayan leído estos documentos, por consiguiente no molestaré al tribunal ni al general Bower con ningunos otros asertos ahora».

Interrogado por el Tribunal.

P. — ¿Le informó a usted el teniente general Whitelocke cuándo debería proveerse de víveres el cuerpo al

mando de usted después que se hubiesen agotado aquellos con que desembarcó la gente?

R. — Yo no tenía ningunas órdenes a ese respecto.

Sir Juan Moore. — Se ahorraría tiempo, sentando yo la cuestión de tal forma que el general Gower pudiese dar los pormenores.

Al llegar usted a Montevideo, ¿de qué manera se invirtió el tiempo y qué medidas se adoptaron para poner al ejército en aptitud de proceder al ataque de Buenos Aires?

R. — Una ala del 40.º; no estoy cierto si fué cuatro o cinco compañías. La otra división del ejército ocupaba a Montevideo, con sus suburbios y algunos puestos destacados. El 20 de Mayo, el teniente general Whitelocke me ordenó comunicase al contraalmirante Stirling, jefe más antiguo a la sazón de la escuadra en el Río de la Plata, que deseaba se hiciese un arreglo de los transportes como para recibir 10.000 hombres a bordo para Buenos Aires, tonelaje para 18 piezas de artillería ligera con su dotación de munición, dos baterías de artillería de grueso calibre y, según creo, víveres para 21 días, para los mismos 10.000 hombres.

Los cálculos de los oficiales a la cabeza de cada arma fueron distribuídos proporcionalmente por su peso muerto y arrumaje y pasados al contraalmirante Stirling. Se proporcionaron todos los caballos que se pudieron conseguir en la margen izquierda del Plata entre la Colonia y Montevideo. Las partidas enemigas habían arriado el ganado de tal modo que no dejaron sino unos cuantos animales en regular condición, y estos mismos, no acostumbrados a comer pasto seco ni grano, no servían para llevarlos embarcados. Ocho transportes fueron alistados para recibir los caballos que se pudo conseguir; y el teniente general Whitelocke citó a todos los súbditos ingleses que se hallaban allí, empleados o no, para que cediesen todos sus caballos disponibles para el servicio público.

El 24 de Mayo corrió el rumor de que una fuerza enemiga muy considerable, como de 4.000 hombres, había

atravesado desde Buenos Aires. El 12 de Junio, el teniente coronel Backhouse, que mandaba el puesto avanzado de Canelones, se retiró sobre Montevideo; durante todo ese tiempo la guarnición de este último punto se ocupó en embarcar las varias provisiones y en proporcionar las grandes partidas trabajadoras. Yo me hallaba presente en el alojamiento del teniente general Whitelocke cuando interrogué a tres o cuatro hombres que decían conocer el campo entre la Ensenada y Buenos Aires, las cercanías de Quilmes y todos los varios puntos en que se podía desembarcar. Al llegar la corbeta de guerra *Fly*, fué despachado el teniente coronel Bourke río arriba para reconocer el banco. Regresó el 28 de Mayo, y por sus observaciones, dió parte de que la Ensenada de Barragán le parecía ser el desembarcadero más ventajoso.

P. — ¿Se tomaron algunas medidas para proveer de víveres al ejército en su marcha, y repartidas a la gente más de las provisiones de un día?

R. — Ningunas, que yo sepa.

P. — ¿Qué clase de comunicación se le pasó a usted acerca de los movimientos del ejército, cuando se le ordenó a usted avanzase el 29 y 30 de Junio?

R. — El 29 se me ordenó que no me moviese hasta incorporármeme la principal división del ejército; el 30 la misma cosa. El teniente general Whitelocke me preguntó entonces si yo podía llegar a la Reducción esa noche; contesté que no podía asegurar, pero que trataría de hacerlo. Cuando ya había marchado como cuatro millas; noté que los batallones de la brigada del brigadier Lumley estaban completamente cansados, y si yo hubiera seguido adelante, habría tenido que dejar atrás la mayor parte de la gente. El general Whitelocke aprobó mi conducta de permanecer allí y me aconsejó continuase quieto en el mismo punto hasta reunírseme la mañana siguiente, lo que efectuó entre nueve y diez de la mañana del 1.º con su división, y las dos marcharon juntas a corta distancia. La tropa, particularmente la brigada del brigadier general Lumley, estaba muy

cansada, y para hacer que marchase con alguna mayor rapidez, el teniente general Whitelocke mandó tirar todas las mantas del ejército; y aliviada así la tropa, tratase yo de seguir hacia el Riachuelo, más allá de la Reducción, dejando el pueblo fuese ocupado por su división, si era posible llegar a él.

(Se levantó la sesión).

CUARTO DIA.

JUEVES, FEBRERO DE 1808.

El mayor general *Gower* repreguntado por el tribunal.

Sir Juan Moore. — ¿El campo desde la Ensenada hasta Buenos Aires era tan poco frecuentado que en Montevideo no se hubiera podido obtener un perfecto conocimiento de él, o encontrarse hombres que se pudiesen haber obligado a servir de guía para el ejército?

R. — No me correspondía a mí entrar en esa clase de averiguaciones.

Lo que era para mí, en particular, recogí los datos que me fué posible; pero a nadie encontré en Montevideo que hablara con exactitud.

El fiscal. — Usted no ha contestado a aquella parte de la pregunta que se refiere a los vaqueanos o guías que se encontraron en Montevideo.

R. — Sólo sé de uno.

Sir Juan Moore. — Si el campo entre la Ensenada y Buenos Aires era frecuentado por todos, debe haber habido muchos hombres que, aunque no quisieran, podrían haber sido obligados a servir de guías.

R. — Cuando Montevideo fué bombardeado, salió muchísima gente de allí.

Sir Juan Moore. — Usted tendrá a bien contestar del mejor modo que le sea posible.

R. — Sólo sé de uno que se manifestó conocedor del camino; y ese hombre fué llevado con el ejército; todos los demás, a quienes yo interrogaba con ahinco, contestaban que solían ir por agua a Buenos Aires en pequeñas embarcaciones y que no desembarcaban en la Ensenada.

El general Norton. — Antes de caer Montevideo en poder del enemigo, ¿había mucha comunicacion entre dicha ciudad y Buenos Aires?

R. — No dejaba de haber bastante, y el modo de efectuarlo, cuando el país estaba tranquilo, era, si no se quería ir por agua de Montevideo a Buenos Aires, yendo por tierra de Montevideo a la Colonia y desde allí por agua; pero no creo que nadie vaya de buena gana a la Ensenada para seguir por tierra desde allí hasta Buenos Aires.

Sir Juan Moore. — Parece que la marcha del ejército el 29 y 30 de Junio y el 1.º de Julio ha sido en dos divisiones por un camino, ¿notó usted si el 2 de Julio era el mismo?

R. — Sí, exceptuando una pequeña variación, que debe haber ocurrido con la principal división que, como la mía, siguió su marcha por la margen izquierda desde un punto como de tres millas a retaguardia del que yo rompí la mía.

P. — Creo haber oído a usted decir que el 29, 30 y 1.º, el ejército marchó por un camino en dos divisiones, que el orden de la marcha fué el mismo el día 2, y, siendo así, que si usted hubiera tenido necesidad de auxilio, sabía dónde encontrarlo. ¿Sabía usted si el general Whitelocke, con el resto del ejército, marchaba a cierta distancia de su retaguardia, de modo que usted pudiese comunicarse con él o replegarse a él?

R. — Yo tenía orden especial de proporcionarme alojamiento; y aunque se me dijo que yo sería apoyado, no me consideré con poder discrecional alguno.

P. — Según lo que se le comunicó a usted, ¿contaba

usted con que el ejército le seguiría el 2 de Julio del mismo modo que los tres días anteriores?

R. — Yo contaba con que el ejército me seguiría.

P. — ¿Llevaba usted consigo algún destacamento del número 17.º de dragones ligeros, de que había cuatro escuadrones montados? y si no es así, ¿quiere usted decir dónde estaba situado dicho cuerpo y los referidos cuatro escuadrones, o a qué columna estaban agregados?

R. — El 29, el número 17.º de dragones ligeros sólo poseía 30 caballos que pudiera decirse servían de algo; ignoro el paradero de los demás; de esos 30 tenía yo 12, pero los días después no había dos caballos de los mismos, que valiesen la pena; y los únicos que yo llevaba montados eran tres ordenanzas en caballos de mi propiedad; los caballos de tropa eran tan maulas como aquellos. Allí no se les da nunca grano ni pasto seco, porque no lo comen.

P. — ¿Habría permitido la configuración del terreno que el ejército marchase en columnas paralelas, y de ese modo abreviar la línea de marcha?

R. — Desde la Ensenada hasta las Lomas nunca pude encontrar más que un camino, aunque hice la prueba en toda dirección por entre los tremedales (*bañados*). Desde la Ensenada hasta el Riachuelo todo el campo parecía igualmente bueno para tránsito de las tropas. Desde las Lomas, por el tremedal (*bañado*), hasta el Riachuelo, todo el campo daba paso al ejército. De este último punto en dirección a Buenos Aires, las primeras dos millas parecía transitable en toda dirección, presentando en seguida dos caminos que conducían a los suburbios.

P. — ¿Podrá usted dar la razón por qué no se tentó el paso por el puente?

R. — No sé con exactitud; se dijo que el puente era de madera, y en la dirección en que se suponía estar, se divisaba un fuego muy grande que, según la opinión del oficial que había estado en Buenos Aires antes y del guía (*vaqueano*) que iba conmigo, el referido puente estaba ardiendo.

P. — ¿Sabe usted si alguna vez se hizo o no un reconocimiento del puente?

R. — No en mi compañía. Lo ignoro porque no llegué hasta la noche antes casi al obscurecer, y a las nueve de la mañana siguiente recibí orden de marchar. Creo que distaba de mi posición como seis millas.

P. — ¿No fué posible averiguar si el puente estaba o no incendiado?

R. — Ciertamente que sí, haciendo marchar una fuerza considerable hacia su dirección, sin lo cual era imposible aproximarse, a causa de los grandes cuerpos de caballería enemiga que estaban interpuestos.

P. — Si la marcha se hubiese efectuado en varias columnas, ¿no habrían podido llegar a las orillas del Paso Chico y pasarlo con los cuerpos de avanzada?

R. — No hallo ninguna razón en contra. El regimiento menos capaz de marchar en aquel ejército era el 88.º, que yo llevaba, y se componía de muchísimos jóvenes que habían estado mucho tiempo encerrados en transportes. El 36.º, que se componía de gente mucho más robusta, no sentía tanto, pero ésta estaba muy fatigada. Los viejos regimientos, es decir, los cuerpos que hacía meses, estaban acostumbrados a las fatigas de aquella campaña, se hallaban efectivamente en mucha mejor aptitud para marchar que no la gente recientemente desembarcada.

P. — ¿Cree usted que se habría podido conseguir alguna ventaja material, si todo el ejército hubiese pasado el río y atacado el enemigo el día 2º?

El fiscal. — El general Whitelocke se opone a esa pregunta, porque la considera cuestión de opinión. Declara que no insiste en la objeción. Si yo supiera que había objeción legal a esa pregunta, me habría considerado con derecho a intervenir. Ignoro que sea una pregunta fuera de ley el solicitar la opinión de un general con mando de fuerza, respecto de las consecuencias que, a su juicio, por su experiencia militar, acompañada de su conocimiento

local, podrían traer adoptando tales o cuales medidas con las tropas de su mando.

Por consiguiente, no me pareció propio intervenir.

El fiscal. — (Dirigiéndose al general Gower). Este es el papel que el general Whitelocke hace poner en mis manos; según su contenido, el general no se opone a la pregunta, en cuanto sea una cuestión de opinión general, sino sólo en cuanto al efecto de un acto particular.

R. — Creo que habrían tomado a Buenos Aires. Si hubiese habido una fuerza capaz de hacer olvidar la impresión producida por el batallón de cazadores, tengo la convicción de que la plaza habría sido nuestra.

P. — ¿Puso usted en conocimiento del comandante en jefe la falta de víveres, el 1.º de Julio?

R. — El teniente general Whitelocke vió mi cuerpo por sí mismo, el 1.º de Julio, hizo observación sobre el estado agotadísimo del regimiento 88.º, diciendo que contaba conmigo para proporcionar una cantidad suficiente de bueyes no sólo para proveer a mi gente, sino también para la suya.

P. — ¿No se podía haber conducido víveres para el ejército en botes, abriendo comunicación con ellos?

R. — El único punto entre la Ensenada y el Riachuelo, en donde se podía hacer desembarcar víveres, era bajo el pueblo de Reducción.

P. — ¿Qué puesto se señaló a usted en la orden del día 4?

R. — Estar en los Corrales antes de dar principio al cañoneo; esperar allí hasta que él llegase y entonces debía recibir sus órdenes.

P. — ¿Eran éstas verbales o escritas?

R. — La mía era verbal; la que el tribunal oyó leer ayer fué leída a la sazón en presencia de todo el ejército y copiada por todos los generales y jefes.

P. — ¿Se pasó comunicación entonces o alguna otra vez, de la posición del comandante en jefe, a los generales y oficiales?

R. — No recuerdo que se haya hecho.

P. — ¿Se comunicó al tiempo de expedir la orden?

R. — Tampoco recuerdo que así haya sido.

El general Loftus. — Ayer se hizo una pregunta de por qué no se dió el ataque el día 4, y el declarante expuso que los oficiales querían tener el día para prepararse. Quiero preguntar al general Gower si él manifestó ese deseo.

El general Loftus. — (A Gower). Para poder usted tener ocasión de efectuar un reconocimiento, ¿habría usted querido que el ataque se hubiese dado el día siguiente?

R. — No; porque el enemigo era superior en número, en la proporción de cinco a uno en hombres y de diez a uno en artillería.

El general Loftus. — ¿Había orden de juntar caballos en la Colonia para la caballería y artillería?

R. — No; pero el objeto con que se me despachó a la Colonia fué para apresurar la incorporación de aquella división, temiendo el mal tiempo y lo expuesto que estaban entonces las tropas a sufrir avería en el río.

El presidente. — Usted era segundo en el mando; ¿fué usted consultado sobre el modo cómo se dió el ataque a Buenos Aires?

El general Gower. — Desearía saber si la pregunta se refiere al ataque dado a la ciudad únicamente o la línea del servicio en general.

El presidente. — Al ataque a la ciudad.

R. — Lo fuí. El general Whitelocke me mandó la orden de ir a su alojamiento el día 3; me preguntó entonces si tenía yo alguna idea de cómo debía atacarse la plaza. Contesté que efectivamente había yo pensado sobre el particular. Preguntóme en seguida, si yo había apuntado mis ideas sobre el papel, le contesté que sí; a lo que me manifestó su deseo de verlo. Le dije que no lo llevaba encima, pero que estaba en mi alojamiento, algo lejos. Me mandó que lo trajese, lo que cumplí entregándoselo.

El general Norton. — ¿Variaba mucho el plan del general Whitelocke del de usted?

R. — Sí; el mío fué hecho en la marcha, antes de saber que no se hallarían presentes el número 40.º y 17.º de dragones ligeros, habiéndolos yo incluido.

P. — ¿Había alguna otra diferencia?

R. — El ataque del cuerpo en columna desde un punto central. El subsiguiente ataque fué hecho para cuando el ejército estuviese colocado en una línea; no creo que eso pueda constituir una diferencia muy notable. La base del plan del general Whitelocke era muy semejante a la del mío.

El general Dundas. — Según el plan propuesto el día 4, ¿debían los generales Whitelocke y Gower, en persona, tomar parte en la dirección del ataque el día siguiente, y cuál parte?

El fiscal. — Todas las preguntas de esa clase deben entrar naturalmente en el segundo período en que el tribunal ha creído conveniente dividir el interrogatorio.

El general Dundas. — Yo quisiera saber si había y cuál lugar, determinado para el general Gower.

P. — ¿Cuánto distaba la Reducción del lugar que ocupaba la fuerza del mando de usted la noche del 1.º de Julio?

R. — Calculo que distaría de tres a cuatro millas.

P. — ¿Era tal la naturaleza del terreno que hubiera podido verse, desde la Reducción, la fuerza que usted mandaba, en la mañana del 2º?

R. — Creo que sí.

P. — ¿Había comunicación libre entre el grueso del ejército y la fuerza de su mando, en la noche del 1.º?

R. — Ninguna; durante aquella marcha era imposible comunicarse con seguridad a no tener una fuerza que no bajase de una compañía.

P. — ¿Llevaba usted vaqueano (*guía*) para el Paso Chico, durante su marcha del 2º?

R. — Llevaba un hombre que decía conocer el camino. El brigadier general Craufurd también tomó un indio;

ambos estaban ciertos de que existía, pero ignoraban dónde estaba situado.

Sir Juan Moore. — ¿Sabía usted a qué lado del río había sentado sus reales el general Liniers?

R. — Lo que sé de cierto es que tenía todas sus baterías mirando al Oeste. Se dice que avanzó con alguna infantería al otro lado del puente, pero no puedo creer que jamás lo hubiera efectuado, en nuestra presencia, con fuerza alguna de consideración.

El fiscal. — Usted manifestó de que Buenos Aires habría sido tomado, si el general Whitelocke le hubiese seguido cuando usted lo pasó con su división, ¿en qué funda usted su opinión?

R. — Los datos que yo tenía me fueron comunicados por los prisioneros, como queda dicho, y según ellos, la atención del enemigo y los medios de defensa, hasta las 12 del día, se dirigían hacia la línea del Riachuelo y del Plata; por consiguiente, podía oponerse la entrada con un cuerpo de tropas en la plaza por el costado del oeste por donde ni se esperaba, ni estaba el enemigo preparado para recibirlo.

P. — ¿Hicieron objeción al plan de ataque, el día 4, algunos de los jefes principales?

R. — No, por cierto, puesto que todos contaban con el triunfo.

El general Piggott. — El general Whitelocke se incorporó a usted el 3, ¿le dió a usted alguna razón de haberle privado del auxilio con que usted contaba y que se le había ofrecido por conducto del teniente coronel Bourke?

R. — La razón que él me alegó, fué la de haberse extraviado su guía (*vaqueano*).

Sir Juan Moore. — ¿Fueron invitados los oficiales por el general en jefe a manifestar sus objeciones al plan de ataque?

R. — Sí, ciertamente, y no me consta se haya hecho la más mínima objeción.

P. — ¿Manifestaron su aprobación?

R. — Mi situación para con el general en jefe era tal, que muy poco me comunicaba con ellos personalmente; los pocos con quienes hablé, lo aprobaron.

P. — Quiero decir cuando se expidió la orden.

R. — Sí, lo aprobaron.

El lord Lake. — ¿Quiere usted explicar cuál es esa situación particular en que usted se hallaba para con el general en jefe?

R. — Este no gustaba de que tomasen ingerencia ningunos de sus oficiales inferiores, y tuve prueba de ello particularmente en aquel día, por el comandante de ingenieros, por quien supe que se había prohibido el conversar conmigo, porque se me había manifestado más atención que a él. En consecuencia, me ví privado de tener ninguna comunicación con ellos, ni de aventurarme a obrar sin órdenes terminantes.

Sir Juan Moore. — Yo había comprendido que los oficiales eran solicitados a manifestar su opinión; ahora parece que había restricción hasta con el general Gower; si todos los generales se hallan en el mismo caso que Gower, no es probable que hubiesen manifestado su opinión en pro ni en contra, sino recibir sus instrucciones y dar cumplimiento a ellas.

El general Harris. — Así parece.

Sir Juan Moore. — Desearíamos saber si las órdenes se daban como para obedecerlas sin réplica, o si los jefes tenían libertad de manifestar sus objeciones.

R. — Creo que el brigadier general Lumley preguntó que si, al bajar las calles, cada columna encontraba más oposición y mayor pérdida que la que se esperaba, debería perseverar, y que el general Whitelocke contestó que no: que el punto objetivo que se llevaba, era tomar alojamiento, pero que si la pérdida era considerable, debía inclinarse a la derecha el que perteneciera al ala derecha, y viceversa, para no cruzar el fuego del centro; este párrafo se agregó en seguida a la orden del día que se leyó ayer.

Después se discutió cuál debería ser la hora del ataque, si a las seis y cuarto o a las seis y media.

El presidente. — Todas las preguntas debe hacerlas el Fiscal, de lo contrario ni se pueden oír, ni es formal.

El general Harris. — Parece, pues, que algunos oficiales manifestaron su opinión. Yo sometería al tribunal se hiciese la pregunta de ¿qué dijeron algunos de los oficiales en ese día al recibir sus órdenes del general Whitelocke?

El fiscal. — El general Whitelocke expone que él considera importante para su defensa se exprese la pregunta y respuesta; el tribunal no tendrá entonces ninguna duda sobre la conveniencia de insertarla.

El lord Cathcart. — Los oficiales fueron solicitados por el general en jefe a manifestar sus objeciones al plan de ataque, a lo cual el general Gower contestó que sí lo fueron, pero que ignora se haya hecho objeción alguna.

El fiscal. — No consideré necesario intervenir en las preguntas que se hacen, porque, en punto de derecho, la aprobación o desaprobación de los oficiales generales, convocados para considerar un plan, era una evidencia muy conforme a derecho; pero no creo por cierto, que lo sean las observaciones particulares, hechas por cualquier oficial, invitado a tal consulta, cuando ellas son dirigidas por otro que se halla presente. Para que hagan evidencia legal sería necesario mandar comparecer al oficial que las hiciera. Si el tribunal lo desea se averiguará si las observaciones del general Lumley, a que hace referencia el general Gower, fueron en presencia del general Whitelocke.

P. — ¿Quiere usted decir si recuerda alguna conversación?

R. — Esas órdenes jamás se daban sino en presencia del mismo general Whitelocke. Hubo una discusión muy general con respecto a la hora del ataque. El brigadier general Lumley preguntó si debían perseverar las columnas respectivas al llegar y mantener sus puntos, en caso de ocurrir circunstancias imprevistas de pérdida o de di-

ficultades. El teniente general Whitelocke replicó que, si fuera necesario, se dividieran o abandonarían el punto; que debían cuidar de no pasar por el fuego de la artillería que se hallara en el centro.

El lord Lake. — ¿Se dieron algunas órdenes para el caso de una retirada?

R. — Ninguna orden general que yo sepa; todos comprendían que la Residencia era el punto de reunión para el cuerpo de la derecha, en caso de un desastre, y la Plaza de Toros para el de la izquierda.

El fiscal. — Explique usted, lo que usted quiere decir con ese *todos comprendían* que esos puntos eran favorables para la retirada del ejército?

R. — Creo que se deseaba hacer lo posible para poner al ejército en comunicación con la escuadra, y dichos puntos presentaban la oportunidad; mientras que la retirada de las columnas fuera de la plaza hacia el oeste se lo privaba.

Sir Juan Moore. — El tribunal quiere saber las órdenes que se dieron, y no la opinión del general Gower.

El lord Lake. — No me parece que nada de todo eso venga al caso.

El fiscal. — ¿Estaba usted convencido de eso?

R. — Si es permitido quisiera llamar la atención sobre dos órdenes dadas.

Se le volvió á leer la pregunta al General Gower.

Mi opinión era que aquellos dos puntos una vez en posesión de ellos eran tan buenos, que nuestras tropas no podían ser desalojadas de ellos, como se vió después.

El lord Lake. — ¿Tenía usted esos puntos como los indicados para la retirada o no?

R. — Yo los consideraba como punto de apoyo para cada una de las alas. La pregunta que antes se me hizo explicaría eso, cuando se me interrogó donde sería el punto de reunión, en caso de retirada. Contesté que a sus flancos exteriores, y estos eran la Residencia y la Plaza de

Toros. Se me ordenó despachase un oficial que me servía de edecán entonces, el mayor Toiley, del 71, que había estado antes en la plaza y fué tomado, el cual recibió orden de dejarme para ir a reunirse al regimiento 45.º, con el único objeto de indicar la Residencia para su ocupación.

Sir Juan Moore. — Eso que se llama *puntos de retirada*, eran más bien puntos de ataque, y los más avanzados e importantes en él.

Creo que no será difícil al general Gower decir si, cuando se expidieron las órdenes, se habían indicado los puntos de retirada. Estos debían antes ser tomados por la fuerza.

El general Harris. — ¿No sería mejor precisar la pregunta circunscribiéndose a averiguar si había o no orden de retirada?

El general Gower. — Me permito hacer notar que creo haber comprendido mal la pregunta hasta cierto grado, puesto que creía haberla contestado específicamente, diciendo que no se dió ninguna orden general; luego seguí explicando lo que yo consideraba ser una condición; lo que agregué sólo fué lo que yo tomé como orden condicional; en fin, eso es todo lo que recuerdo a ese respecto.

El fiscal. — ¿Se indicó en la orden general o de otro modo algunos lugares determinados para la retirada del ejército, en caso de un contraste en el ataque?

R. — De ningún modo, que yo sepa.

El fiscal. — Ahora parece que la hay en cuanto a la inexactitud que se desprende de las dos respuestas que da el general Gower en la última parte de su interrogatorio. Luego, si esos lugares fueron mencionados por el general Whitelocke en la reunión de jefes o en cualquier otro momento, como puntos adecuados para una retirada, presentaría una inconsecuencia con la otra contestación suya.

R. — Me explicaré. Ví hacer una objeción al principio, porque aquellos puntos no estaban en poder de las tropas, cuando se expidieron las órdenes. Por la contestación dada a la pregunta del general Lumley, comprendí

que debían retirarse a sus flancos exteriores, es decir, si llegaban a ser tomados.

El fiscal. — Esa explicación aplicada a la hora del ataque aclararía más la cosa.

El general Gower. — No sé si usted oyó la corrección que hice en mi contestación; cuando se leyó por segunda vez, se dijo claramente los puntos, pero agregando en la segunda lectura: «si llegan a ser tomados».

El Sr. *Oldham* volvió a leer la contestación a que hace referencia el general Gower.

El fiscal. — ¿Qué fuerza se destinó para que quedase sobre el costado oeste de la plaza al dar el ataque el 5?

R. — Cuatro escuadrones de carabineros desmontados, 8 del 9.º de dragones ligeros, una o dos compañías del regimiento 88.º, no sé cuáles, y un pequeñísimo piquete de cada cuerpo de ataque para cuidar sus respectivos bagajes.

(Retiróse el testigo).

El teniente coronel *Ricardo Bourke* prestó juramento.

Interrogado por el Fiscal.

P. — ¿Era usted el jefe principal de la intendencia de ejército, en la expedición contra Buenos Aires, bajo las órdenes del teniente general Whitelocke?

R. — Sí.

P. — Relate usted las medidas previas adoptadas por el general Whitelocke, las instrucciones recibidas por él y los procedimientos de la expedición al mando de dicho general, desde su llegada a Montevideo hasta la noche del 4 de Julio.

R. — El mejor modo de contestar a esa pregunta tan general, será relatando los sucesos por orden cronológico. Fui presentado a él por sir Samuel Achmuty.

Al día siguiente asistí a la casa de gobierno, con los demás oficiales, y tuve alguna conversación con el general Whitelocke, que manifestó estar bastante al corriente del estado de cosas por Sir Samuel Achmuty; y que lo primero a que yo debía prestar atención era preparar suficiente

alojamiento para la fuerza que debía llegar, y medios de montar la caballería que, según él, y como no lo esperaba, carecía completamente de caballos. En seguida me presentó al mayor general Gower, como su segundo, con quien tenía yo que discutir los puntos sobre que él me había hablado.

Entonces y varias veces después, conversé mucho con el general Gower sobre estos asuntos, y pronto se vió que sería muy difícil alojar a todas las tropas que se esperaban de Inglaterra y a las del general Craufurd, y proporcionar caballerizas para la caballería.

Entre tanto, el capitán Thompson, de la corbeta *Fly*, llegó del Cabo de Buena Esperanza con despachos del brigadier general Craufurd, en que se decía que éste debía salir de allí cierto día del mes de Abril, — pues no recuerdo el día fijamente — debiendo esperarse muy pronto en el Río de la Plata.

Después de la llegada del capitán Thompson, si mi memoria no me engaña, el general en jefe me mandó llamar para decirme que, como se esperaba al general Craufurd tan pronto, quería que yo fuese a examinar el río para reconocer el banco sobre que está situado Buenos Aires y buscarse un desembarcadero cómodo para la fuerza que pensaba mandar a tomar la plaza. Se me dió orden de pasar a la Colonia también, para averiguar si habría allí un punto de reunión cómodo para los buques, y para conferenciar con el coronel Pack sobre la posibilidad de poner en tierra una pequeña fuerza más al oeste de la Colonia, a fin de cortar una fuerza enemiga que se hallaba a la sazón sobre la margen izquierda del río. El mismo día conferencié con el almirante Stirling, que me dió todos los informes que pudo acerca de la posibilidad de hacer un desembarque sobre el lado opuesto del río. Al mismo tiempo consultó con un americano (1) y con el coronel Dean, del regimiento 38.º, que habían estado en Buenos Aires con

(1) Guillermo P. White. — (Nota del T.)

el general Beresford. Por todos los datos que recogí al respecto, la Ensenada de Barragan era el único lugar donde hubiesen podido desembarcar las tropas bajo la protección de los buques de guerra, sin tener que ir por lo menos 100 millas al este de la plaza.

En consecuencia de esto, el general, en particular, hizo sus indagaciones con respecto a la situación de la Ensenada y al estado de los caminos entre Buenos Aires y dicho lugar. El siguiente día subí el río con el capitán Thompson; en ese y demás días examiné una considerable extensión de la costa, dando por resultado la creencia que abrigábamos de que no había ningún lugar donde las tropas pudiesen desembarcar protegidas de los buques de guerra más pequeños, sino en la Ensenada de Barragan. Después de pasar a la Colonia y de cerciorarme de la seguridad que presentaba aquel puerto para abrigar una fuerte escuadra, regresé a Montevideo el 27 o 28 de Mayo. A mi vuelta noté que el general Gower había arreglado varias cosas con el almirante Stirling, con respecto al embarque de las tropas en Montevideo, debiendo quedar provistos de víveres los transportes; el comisario general debía por su parte proporcionar víveres para 10.000 hombres, para tres semanas; debían llevarse 18 cañones de poco calibre y algunos de grueso calibre, de a 24, creo, y dos morteros, pero de esto último no estoy cierto. Todo el arreglo de la artillería fué confiado al jefe de dicha arma.

(Se levantó la sesión).

QUINTO DIA.

MIÉRCOLES, 3 DE FEBRERO DE 1808.

El teniente coronel *Ricardo Bourke* compareció de nuevo.

Interrogado por el Fiscal.

P. — Quiero primero preguntar si usted tiene conocimiento de que se haya hecho un prolijo examen del Río de la Plata, entre Buenos Aires, comprendiendo ambas márgenes del río.

R. — Se hizo un reconocimiento del río por un oficial de marina; pero no se hizo ninguno del terreno.

El teniente coronel Bourke reasumió su narración.

No me es posible decir con exactitud qué medidas se habían adoptado para proporcionar caballos; sin embargo, se vió que sólo habían de quedar cinco buques para servir de transportes. Con mi informe y el del capitán Thompson, el general en jefe parecía dispuesto a fijar la Ensenada de Barragan como el punto de desembarque para las tropas que habían de operar contra Buenos Aires. Todos los datos que conseguimos sobre los caminos y el campo desde allí hasta Buenos Aires se reducía, creo, a lo siguiente:

La Reducción distaba de la Ensenada unas veinte millas, y desde allí hasta Buenos Aires, nueve; había tres caminos diferentes: uno por la arena, otro por el treme-dal (bañado) y el tercero por las Lomas; ganando éstas, el resto del camino era firme y bueno; había muy pocas chacras en el camino, y las tropas no podían contar con hallar abrigo a corta distancia de los suburbios de Buenos Aires; desde la Reducción el camino real pasaba por el puente, pero dando una gran vuelta a la izquierda, se podía llegar

a la cabeza del Riachuelo. Todos estos datos fueron presentados al general White Locke; la mayor parte de estas noticias se dieron en una memoria escrita por una persona que acompañó a la expedición. En cuanto a los proyectos del enemigo, se dijo que pensaba oponerse a nuestro desembarque, ya en la Punta de Quilmes, ya en la ciudad de Buenos Aires, o ya en San Isidro; que también pensó disputar el paso del Riachuelo, habiendo construido baterías sobre la margen izquierda de dicho río. Respecto de su fuerza, las noticias que circulaban eran tan diferentes y contradictorias, que no se daba crédito a ninguna de ellas, según me parece. La fuerza reunida cerca de la Ensenada el 26 de Junio, ascendía a 7.822 de tropa. Llevaba 18 piezas de artillería de campaña y 206 caballos y mulas para transportarlos de un lugar a otro y para conducir munición; además, se embarcó una gran cantidad de pertrechos de guerra y artillería de reserva, compuesta de algunas piezas de grueso calibre, morteros y obuses. Había herramientas de trinchera para 1.000 hombres, seis puentes flotantes con sus cureñas y algunas faginas. Había tren de campaña para 10.000 hombres, pero no se había embarcado ningunos caballos para su transporte. El embarque de víveres no se hacía por la intendencia a mi cargo; pero tengo entendido que los había para 10.000 hombres, para dos meses por lo menos; y aun se me pidió, por el comisario general, un buque para transportar mulas y carretas desde Montevideo hasta el lugar de desembarque.

Debo observar, que en los 7.822 hombres iban incluidos 1.550 que habían sido llevados de la Colonia, el 25 y 26 de Junio.

Las primeras tropas fueron puestas en tierra a las nueve de la mañana del 28, y se componían de la brigada del general Craufurd y de los regimientos 38.º y 87.º.

P. — ¿De qué se componía la división del general Craufurd?

R. — De ocho compañías del cuerpo de rifleros y nueve compañías de infantería ligera. Exceptuando tres com-

pañías del cuerpo de rifles, que se les había mandado permanecer a retaguardia, esa fuerza marchó a las Lomas, a unas cuatro millas del punto de desembarque, bajo las órdenes del mayor general Levison Gower; creo que llevaba también alguna caballería montada y dos piezas de campaña. Esa tarde, antes de ponerse el sol, toda la infantería fué puesta en tierra; varias piezas de campaña, artillería, los caballos del Estado mayor, toda la fuerza, con excepción del cuerpo del mayor general Gower, se estacionó en el pueblo y fuerte de la Ensenada. Esa noche, el general dijo que pensaba marchar a las nueve de la mañana siguiente, con el grueso del ejército a las Lomas, y me mandó permanecer a retaguardia, a fin de que apresurase todo lo posible, el desembarque de los caballos y pertrechos que quedaban a bordo. Dijo también que quería se le mandase a las lomas una provisión considerable de pan y aguardiente, autorizándome a hacer poner albardas a algunos caballos del servicio de la tropa, para transportar así las provisiones, en caso que el comisario general no tuviese los medios suficientes de hacerlo. En consecuencia de esto, creo que unos cuarenta caballos pasaron a la comisaría general.

A puestas de sol del día 29, todo lo que podía transportarse estaba ya en tierra. Por la mañana temprano del día 30, la artillería y artículos de comisaría seguían para las lomas.

Durante la marcha, el oficial que mandaba esa parte de la artillería, me mostró una orden del capitán Fraser, que estaba a cargo del todo, en que se le mandaba que inutilizase los cañones españoles, si encontraba alguna dificultad en salvar el tremedal (*bañado*), suponiendo que esta orden emanaba del general, yo también la repetí.

Dejé la artillería en marcha y seguí a incorporarme al general, en las lomas.

Le encontré pronto a ponerse en movimiento con el grueso del ejército hacia el campo que, según creo, había sido ocupado la víspera por el cuerpo del general Gower.

Dió orden que la parte que estaba desmontada del 17.º de dragones ligeros y el regimiento 40.º quedasen en las Lomas al mando del coronel Mahon, para escoltar la artillería cuando llegase; siguió luego su movimiento con el grueso del ejército como cinco millas, estacionándose éste en tres chacras, a unas dos millas distante una de otra; el regimiento 38.º, a retaguardia, el 5.º y 87.º en el centro y la brigada del coronel Mahon al frente.

Sir Juan Moore. — Yo había comprendido que la brigada del coronel Mahon quedaba atrás.

R. — No; el coronel Mahon fué retirado de su brigada. Recibimos aviso que la artillería había llegado a las Lomas, pero que los marinos y los caballos estaban demasiado fatigados para hacer avanzar más ese día. Llegó un despacho del general Gower de haber éste hecho alto a unas siete millas a nuestro frente.

P. — ¿Sigue usted refiriéndose al 30?

R. — Sí. Agregaba el mismo despacho, que si él no llegaba a tener otra noticia del general, seguiría por la mañana hasta la Reducción.

El general le contestó a éste, ordenándole mandar hacer alto en el lugar donde se hallaba, hasta que él llegara allí con el grueso del ejército, contando realizarlo al amanecer del día siguiente. Esa noche el coronel Mahon recibió orden de proseguir al otro día, hasta donde le fuese posible en dirección a la Reducción. El 1.º de Julio, el grueso del ejército siguió adelante antes de salir el sol y se reunió a la demás fuerza en la chacra que se hallaba al frente.

El general Norton. — Me parece haber oído a usted decir que las instrucciones del teniente general Whitelocke al mayor general Gower eran de aguardar hasta que él llegase con el grueso del ejército.

R. — Sí; después de una corta parada el grueso del ejército se movió adelante y se incorporó al mayor general Gower como a las once.

P. — ¿En la Reducción?

R. — No; el mayor general Gower había mandado hacer alto a corta distancia de la Reducción, de donde se movió con su cuerpo siguiendo adelante, permaneciendo el grueso del ejército en el mismo lugar una hora larga. No pude comprender la verdadera dirección que llevaba el general Gower, pero a eso de la una, el grueso del ejército se movió en dirección a la Reducción. Se formó una pequeña vanguardia para nuestra columna; y al acercarnos a aquel punto seguí con esta guardia avanzada. Pero después vino el general y se encontró con un despacho de su segundo, en que le decía que había pasado por la Reducción sin mucha oposición; que seguiría esa misma noche hacia el Riachuelo, y, si fuese posible, haría atravesar el río con una pequeña fuerza. Sin embargo, antes de ponerse el sol, el grueso del ejército llegó al pueblito y se estacionó a su frente, a distancia de algunos centenares de varas. Al rato llegó un segundo despacho del mayor general Gower, exponiendo que no había seguido hasta el Riachuelo, porque el campo a su frente parecía un bañado, que había, en consecuencia, mandado hacer alto como a dos millas de la Reducción y concluía diciendo que su brigada principal se hallaba a unas cinco millas del río, cuyo puente creía haber sido incendiado. Según recuerdo, esa era la sustancia del contenido de dicho despacho. Poco después de nuestra llegada al pueblo de la Reducción, llegó de la escuadra un oficial, a quien el general Whitelocke había dado algunas instrucciones para hacer desembarcar el día siguiente galleta y aguardiente para el ejército.

P. — ¿Dónde desembarcó?

R. — En la punta de Quilmes, como a cuarenta millas de la Reducción.

P. — ¿Quiere usted decir cómo se llama el oficial que desembarcó?

R. — No lo sé. En el curso de la noche, el general Whitelocke me manifestó su intención de mandar hacer alto al día siguiente, a fin de dar tiempo para la incorporación del coronel Mahon con la artillería, y para que todo

el ejército recibiera su provisión de galleta y aguardiente. Quedó convenido asimismo, que el general Whitelocke, con una parte de su Estado Mayor, seguiría al amanecer con una escolta de la brigada del general Craufurd, para reconocer la posición que nos parecía ocupar el enemigo en el Riachuelo. Quedó establecido, además, que se tomase conocimiento de los pasos del río para poder así formar una base segura en caso de marcha o de ataque. La misma noche se dió orden para que el coronel Mahon marchase al día siguiente sin tardanza. Creo que con esto se dió fin a las disposiciones del 1.º de Julio. A eso de las dos de la mañana del día 2 (de Julio), el general llamó a su secretario y le dijo que había mudado de parecer, y ordenaba por consiguiente que el general Gower marchara adelante, porque quería que las tropas tomaran acuartelamiento, lo que juzgaba se conseguiría en los suburbios de la ciudad de Buenos Aires. Dictó una carta dirigida al general Gower, ordenando a éste siguiera con su fuerza y salvase el Riachuelo por el primer paso vadeable que encontrara más arriba del puente. Debía ocupar una posición sobre las colinas, al oeste de la ciudad y entrar en comunicación con el comandante en jefe español, en el sentido de la rendición de la plaza, y creo haberle oído decir, bajo las mismas condiciones discutidas ya por ellos. Después de una larga conversación con el general, en que le manifesté nuestra completa ignorancia del país, instándole sobre la necesidad de reconocer el río, se me ordenó de llevar la referida carta al general Gower. Este se quejó del estado de fatiga en que se hallaba el regimiento 88.º, a consecuencia de sus continuos movimientos y se manifestó completamente disgustado con la orden que acababa de dársele. Le hice presente que, como la distancia que mediaba entre uno y otro cuerpo de ejército no era larga, sería ventajoso se comunicase con el general, a lo que me repuso que la orden de marcha era perentoria y debía por consiguiente obedecerla. Mandó llamar en seguida al brigadier general Craufurd y a un americano que conocía el

país y que servía de guía (vaqueano), con quienes consultó sobre la marcha que debía emprender. Interrogó al guía en particular sobre el Paso Chico, que se suponía ser el primero, y muy malo más arriba del puente, como a cinco millas de la posición que ocupaba el mayor general. El resultado de esta conferencia, según recuerdo, fué que el general no quería mover su fuerza hacia el Paso Chico sino por las Lomas, para ver de dar con el mejor paso. El mayor general volvió a manifestar muchísima inquietud con la tal marcha, por cuyo motivo me le ofrecí a hacérselo presente al general, quien pobablemente haría mover todo el ejército para apoyarle. El general Gower entonces contestó por escrito la orden del general en jefe y me la dió para que se la llevase, pidiéndome al mismo tiempo pusiera por escrito las condiciones que él debía ofrecer al jefe español. Antes de salir de la Reducción esa mañana, el general me había comunicado las referidas condiciones, que anoté por escrito en conformidad a lo pedido por el general Gower. Yo no podré decir cuáles eran las condiciones, a excepción de una y principal, que era la inmediata restitución del regimiento 71.º y los prisioneros hechos al general Beresford. Regresé para reunirme con el general Whitelocke, a quien encontré a la mitad del camino entre una y otra fuerza. Me preguntó si el general Gower pareció satisfecho con la orden que acababa de recibir y le contesté que se quejaba del estado del regimiento 88.º, e insinué al mismo tiempo al general si no sería conveniente prestarle apoyo. Creo que el general primero había pensado mandarle un solo regimiento; pero poco después ordenó que todo el ejército marchase a las diez, pidiéndome en seguida escribiese una carta al almirante, avisándole que todo el ejército estaba en movimiento en dirección oeste de la ciudad, y se le mandaba emplease los medios necesarios para desembarcar víveres en aquel punto, así como tener allí mismo los buques que condujeran la artillería de grueso calibre. En seguida me mandó consultase la opinión del guía (vaqueano), quien expuso

que a la distancia como de dos leguas, en dirección sudoeste, encontraríamos un lugar donde el Riachuelo era más vadeable, y trajo un paisano que dijo ser muy buen conocedor del país ofreciéndose a conducirnos.

P. — ¿Se mencionaba el nombre del paso?

R. — En aquel momento, no. El general Whitelocke conversó algo con este hombre y en seguida me mandó pudiese las columnas bajo su dirección. Poco antes de las doce, ví la fuerza del mayor general Gower, a distancia de unas tres millas, que seguía casi en ángulos rectos hacia nuestra línea de marcha. Se lo hice notar al guía, quien me dijo que luego que pasáramos el Arroyo de Maciel, nosotros también seguiríamos la misma dirección. En efecto, pasamos dicho arroyo y seguimos poco más o menos la dirección indicada por el guía. El general no había decidido aun si habíamos de hacer alto luego o seguir, cuando avanzó Sir S. Achmuty, a quien se lo consultó; éste inmediatamente opinó por lo primero, porque había una gran cantidad de ovejas cerca de las casas de aquellas inmediaciones, y leña para hacer cocer la carne. En consecuencia, el ejército hizo alto, formando dos líneas; la brigada de Sir S. Achmuty al frente y la del coronel Mahon a retaguardia. El ejército marchó el 3 de Julio y seguimos hacia el paso que el guía me dijo ser el Paso de Zamora. Yo me adelanté con el guía como milla y media para ver el paso; era tan profundo que él lo salvó con el caballo a nado, pero siguiendo como una milla más abajo de la corriente, dimos con un paso bueno y seguro. El ejército llegó entre nueve y diez; pero como era excesivamente angosto y el agua pasaba arriba de la cintura, no pudo pasar todo el ejército, sino hasta cerca de la una. Como a legua y media del paso, nos encontramos con un oficial que venía mandado por el general Gower, el cual nos dijo que había estado tiroteándose la noche antes, y nos llevó a la división del general que estaba situado, según mi cálculo, como a milla y media más adelante. Allí supimos que sus avanzadas habían estado peleando toda la mañana; acababa el general

de dar órdenes de retirarse, a fin de atraer al enemigo a tentar un ataque sobre la línea. Pasé con el general Whitelocke al alojamiento del mayor general Gower, quien teniendo el mapa de la ciudad de Buenos Aires sobre la mesa, fué solicitado por el general a indicar la mejor posición para las tropas que acababan de avanzar. A eso de las cinco, volví a ver al general Gower en su alojamiento, y me mostró un plan para el ataque de la plaza, que parecía recién concluído, completamente detallado en todas sus partes, siendo el mismo que se dió en la orden del día siguiente, con una que otra alteración insignificante. El general Gower, según supe, fué con el plan al cuartel general adonde yo también fuí poco después de obscurecer. En el curso de la noche, el general Whitelocke solicitó mi opinión acerca del plan de ataque que debía tener lugar a las doce del siguiente día. Hice grandes objeciones a una cláusula que establecía no hacer prisioneros, porque yo concebía que en un ataque de esa clase, sobre una plaza abierta, sería enteramente imposible impedir la mucha mortandad. Dije que, a mi entender, el plan produciría el resultado que se deseaba, pero que me parecía un caso completamente nuevo. El teniente general dijo que retiraría la orden de no hacer prisioneros, y que intimaría rendición a la plaza, a la mañana siguiente, antes de atacarla. Admitía que el plan era nuevo, pero que las circunstancias le ponían en el caso de adoptarlo.

El fiscal. — Me parece conveniente observar al teniente coronel Bourke, que no debe relatar con demasiada minuciosidad todo lo que sabe desde la incorporación del grueso del ejército hasta el anochecer del 4 de Julio, y particularmente acerca de las órdenes verbales o escritas que recibió en su carácter oficial de intendente general del ejército. Hay otros puntos que quisiera tuviese usted la bondad de relatar, a saber, ¿qué informes recibió usted acerca de la fuerza, posición o medios de defensa del enemigo, ya sea durante la marcha o ya en cualquier otro tiempo anterior a la conclusión del día 4 de Julio?

El coronel Bourke. — En la mañana del 4, los brigadieres generales y algunos comandantes de regimiento, asistieron al cuartel general, en donde el mayor general Gower leyó y explicó la orden de ataque que indiqué, sobre el plan de la ciudad. Poco después al ayudante general, a mí y a todos menos a los brigadieres generales, se nos mandó salir del cuarto, con el objeto, creo, de emitir sus opiniones acerca del plan de ataque. Esta conferencia no duró mucho; se dió orden de que el ataque se efectuaría a las seis y media de la mañana siguiente.

A mí no se me dió ninguna orden, pero no obstante monté a caballo y salí a recorrer. Me encontré con que las avanzadas estaban empeñadas en acción, y que el mismo plan de atraer al enemigo fuera de la ciudad y que se había puesto en práctica el día antes sin buen éxito, era el que ahora se adoptaba. Las avanzadas no recibieron orden de replegarse sino a eso de las tres de la tarde; y yo, apenas tuve tiempo, antes de obscurecer, de mostrar a los generales de brigada los caminos por donde habían de marchar para entrar a la ciudad. Noté que había una considerable diferencia entre el plan y el terreno, e hice presente al mayor general Gower que, según creía, las columnas no quedarían todas colocadas del modo que él quería, y agregué, al mismo tiempo, que si las columnas de ataque seguían del modo que él había ordenado, el enemigo se retiraría probablemente por las calles que corrían en ángulos rectos, y después, interceptando nuestras columnas, cortarían toda comunicación entre las de adentro de la plaza y las de afuera.

El mayor general Gower no hizo caso de esas objeciones.

A una hora avanzada de la noche me encontré con él volviendo del cuartel general, y me preguntó cuál era, en mi opinión, el mejor lugar donde el teniente general hubiera debido situarse por la mañana. Contestéle que a mi entender hubiera debido seguir a la izquierda con el regimiento 38.º, puesto que había allí dos brigadas para atacar

la plaza por ese lado y que él (Gower) hubiera podido situarse a la derecha, porque el centro debía presentar un ataque simulado. Me manifestó que el teniente general le había dado orden de permanecer con él, que por eso había designado el centro como la posición conveniente, y que así se había acordado. No recuerdo que haya ocurrido ninguna otra cosa notable en este día.

El fiscal. — Cuando usted fué a la Colonia, ¿tenía usted orden de averiguar el número de caballos que debían proporcionarse?

R. — No recuerdo.

P. — Usted no estuvo después en la Colonia, ¿no es verdad?

R. — Sí, estuve.

P. — ¿Sabe usted qué número de caballos había en la Colonia entonces?

R. — Creo que había unos 150.

P. — ¿Los habían amansado bien?

R. — Lo ignoro.

P. — ¿Cuántos transportes se habían proporcionado para conducir los caballos?

R. — Me parece que había cuatro para los caballos y mulas de la artillería, tres para los de caballería y dos para el estado mayor, además de un buque que se había destinado para la comisaría general.

P. — En el reconocimiento que usted hizo de los bancos del río, ¿había algún otro obstáculo para la Punta de Quilmes que la manifestada por usted anteriormente?

R. — Me acerqué a la Punta de Quilmes en la cañonera *Encounter* tanto como me lo permitió la profundidad del río. Creo que distaba milla y media de la costa; subí a la cofa para reconocer la ribera, y ví que habían levantado una batería en la villa de Reducción, para dominar, según creo, el paso por entre el bañado, en el cual el general Beresford estuvo a riesgo de perder toda su artillería, cuando desembarcó.

P. — ¿Había otros obstáculos?

R. — No sé de otros, sino que en general se cree que es más seguro desembarcar en puerto que no en una costa abierta.

P. — ¿Qué obstáculos hubo para el desembarque más arriba del río, además de los que usted ha manifestado ya?

R. — Creo haber contestado ya a eso.

P. — Si hubiera habido un número suficiente de chatas, ¿cree usted que el mejor lugar de desembarque habría sido más arriba de la ciudad?

R. — Tengo entendido que las chatas sirven para conducir tropas de los transportes a la playa; pero en este caso la dificultad era, según parecía, hacer subir los transportes.

P. — ¿A qué altura del río habrían podido subir los transportes sin dificultad?

R. — Creo que, con seguridad, no habrían podido llegar ni hasta la altura de la ciudad.

P. — ¿Qué distancia hay de la Colonia a la margen opuesta del río?

R. — Me parece que hay de 7 a 8 leguas.

P. — Diga usted, ¿qué otras pérdidas experimentó el ejército al subir las lomas el día del desembarque?

R. — Creo que sólo unas cuantas bolsas de galleta.

P. — ¿Sabe usted si todas las provisiones, que se desembarcaron fueron llevadas de la orilla del río?

R. — No podré decir con certidumbre.

P. — ¿Qué número de guías (vaqueanos) fueron llevados de Montevideo, para acompañar la expedición de ustedes, y cómo fueron distribuidos?

R. — Dos fueron tomados expresamente con el objeto de servir de vaqueanos, y había otro que fué de grande utilidad en ese sentido; uno había en cada división.

(Se levantó la sesión).

SEXTO DIA.

JUEVES, 4 DE FEBRERO DE 1808.

Continúa el interrogatorio del teniente coronel Bourke.

Después de algunas preguntas relativas a la adquisición de caballos y mulas en Montevideo para la caballería, artillería y comisaría; del número de ellos embarcados en dicho lugar y desembarcados en la Ensenada; la cantidad de provisiones desembarcadas en este último punto y distribuidas al ejército; los medios empleados para proporcionar otras, etc., que no era necesario detallar, el Fiscal prosiguió interrogando al testigo sobre otros puntos, y éste contestó:

Ignoro qué arreglo se haya hecho para proporcionar víveres para las tropas durante la marcha. No hubo ningún tropiezo a la marcha del ejército hasta la villa de Reducción. No había ningunos habitantes en las casas por donde pasó el ejército el 30 de Junio, ni se recibió ninguna noticia en este día acerca del puente del Riachuelo. Se dejaron como 150 hombres en la villa de Reducción, pero no todos estaban fatigados, pues algunos fueron dejados por el mayor general Gower, para conservar la posesión del pueblo.

Sin embargo, algunos de los cuerpos de avanzada volvieron fatigados sobre el grueso del ejército o se quedaron atrás con el coronel Mahon, el 29, 30 y 1.º de Julio. Las condiciones que debían presentarse al general en jefe español me fueron comunicadas verbalmente por el general Whitelocke, quien, al hacer mis objeciones al plan de operaciones, manifestó deseo de hacer entrar la gente en cuartel.

No recuerdo que se haya dado otra razón para adoptar el modo de operaciones.

Creo que el general Whitelocke habló de mandar el

87.º en auxilio del mayor general Gower. No recuerdo que haya habido impedimento alguno para la incorporación de la vanguardia al grueso del ejército y creo que ninguna tentativa fué hecha por el general Whitelocke para poner en comunicación con el general Gower, por medio de patrullas ni por ningún otro medio. Cuando el general Whitelocke mandó que el grueso del ejército hiciese alto, como a las tres y media, ya habíamos marchado unas siete millas. Ignoro si la parada era indispensable, no quedando más que dos horas y media de día.

No recuerdo que se haya dispuesto algo para la marcha, cuando se oyó el cañoneo esa noche por el lado de Buenos Aires; ni creo que se tomaron ningunas medidas en consecuencia.

No he visto más plan de ataque sobre la ciudad de Buenos Aires que el ya mencionado. El mayor general Gower dió las órdenes para el ataque del día 4. Ningún conocimiento tengo de comunicación confidencial entre los generales Whitelocke y Gower.

Los motivos alegados por el general Whitelocke para que el ataque fuese necesario, fué la falta de provisiones y no haber hallado al general Gower donde él esperaba.

P. — Fueron dadas algunas órdenes por el general Whitelocke, para reconocer el puente del Riachuelo, el mismo río y la disposición del enemigo fuera de la plaza?

R. — No tengo conocimiento de ningunas. No ví al general Whitelocke reconocer en persona los aproches de la plaza el 3 y 4 de Julio.

Al ser repreguntado el testigo por el teniente general Whitelocke, contestó:

«Creo que se emplearon todos los esfuerzos posibles para obtener informes. Todos los transportes de Montevideo fueron preparados para el servicio del ejército. Después de la llegada del general Craufurd no se hizo de algunos transportes. Nos proporcionamos algunas mulas, pero no puedo decir cuántas; se podía haber conseguido

más. Me acuerdo que se ha comprado un cargamento de mulas.

«Los caballos que se consiguieron pronto se inutilizaron. En cuanto a la provisión de víveres en la marcha, se habría podido hacer algún arreglo con los naturales. La marcha del ejército y los puntos de parada se arreglaban por la situación de las chacras, únicos lugares donde se podía encontrar combustible. El general Whitelocke manifestó temor de lluvia, antes de formar su resolución y después que varió».

P. — Los más antiguos vecinos de la Ensenada, ¿no le habían dicho al general Whitelocke que antes de 24 horas llovería tanto que el río se pondría intransitable?

R. — Así se lo oí decir.

P. — ¿No había un bañado así como un terreno pantanoso entre las dos divisiones del ejército, en la mañana del 2?

R. — Creo haber visto algo de eso; yo conduje la columna ese día por el campo. Había alguna dificultad en dar con un buen paso, a causa de lo crecido del río, pero no por ignorancia del guía (vaqueano).

Al ser repreguntado por el Fiscal, dijo: que creía que la última galleta que quedaba se repartió en la tarde del 30 de Junio. Cuando estábamos en la Reducción, había comunicación abierta con la escuadra. Creo que se pudo haber formado un plan de operaciones para las diferentes columnas, después que las tropas habían llegado a las lomas el 29 de Junio.

SEPTIMO DIA.

VIERNES, 5 DE FEBRERO DE 1808.

El teniente coronel *Bourke* volvió a comparecer y dijo:

«No he notado en la marcha ningún inconveniente que hubiera podido impedirle a unas cuantas millas del Ria-

chuelo, al segundo día de abandonar las lomas más arriba de la Ensenada. Creo que jamás se tentó el practicar un reconocimiento del río ni averiguar los medios con que contaba el enemigo para oponerse al paso del ejército. Si el enemigo hubiera hecho al general Gower una fuerte resistencia en el Paso Chico, no creo que el general White-locke hubiese podido prestarle auxilio alguno. Ignoro que haya salido ningún oficial del estado mayor, el día 4 de Julio, a reconocer los aproches de la plaza de Buenos Aires que debía ser atacada a las seis de la mañana del 5. El grueso del ejército, el día 3, distaba del lugar donde hizo alto hasta los suburbios de Buenos Aires, como nueve millas por todo; y si hubiera marchado en la madrugada del 2, habría llegado el mismo día a los suburbios de la ciudad.

El circuito desde la Reducción sólo era de 16 millas, y 9, cortando el camino».

OCTAVO DIA.

SÁBADO, 6 DE FEBRERO DE 1808.

El brigadier general *Craufurd* prestó juramento y dijo:

«Yo mandaba la brigada de cazadores que formaba la vanguardia del ejército. El día después de mi llegada a Montevideo, el general me propuso seguir con él a ver los trabajos, y al regresar por en medio de la ciudad me hizo notar la rara construcción de las casas — sus azoteas de parapetos y otras circunstancias que, según observó, favorecían mucho su defensa, y agregó que de ningún modo expondría sus tropas en una contienda tan desigual como la que presentaría, entrando en una plaza tan grande como Buenos Aires, cuyos habitantes estaban todos preparados a defenderla, y cuyas casas eran de igual construcción a las que entonces me mostraba. Me manifesté completamente de acuerdo con su modo de pensar. En cuanto al apresto de mi brigada, carecía efectivamente de algunos artículos muy

indispensables; en primer lugar, no teníamos *enlazadores*. No sé si el tribunal comprende esta palabra; hay muchos bueyes no ariscos que la gente de ese país coge con la mayor facilidad y destreza, echándoles un lazo con una larga tira de cuero. Todos los paisanos que ví parecían diestros en esto. Como he prestado juramento de decir verdad, no puedo dejar de declarar que yo consideraba un grande error en no agregar a cada división del ejército cierto número de esos hombres para conseguir lo que tanto abunda en aquel país — la carne — y que si los hubiéramos llevado, después de una jornada, habríamos cogido un número suficiente de bueyes fáciles de enlazar de ese modo únicamente. Quise hacer coger algunos a bala, pero no lo pude conseguir; así es que estábamos rodeados de ganado en abundancia, sin poderlo utilizar. Lo que voy a decir, no lo doy como declaración, pero considero de mi deber en virtud de mi juramento, explicar todo lo que se me exige por este papel, y esa es la razón por qué lo hago. Es realmente muy desagradable que un oficial tenga que venir a censurar el proceder de su jefe, pero es mi obligación y debo hacerlo. Otra deficiencia muy notable en el apresto de las tropas, y que jamás encontraría nada que la justifique, fué el haber dejado de traer las calderas de campaña, en cuya consecuencia mi opinión es — aunque el general Whitelocke la encuentre errada — que, a pesar de la abundancia de trigo en las chacras el que, hervido, habría suplido muy bien la falta de galleta, que no se repartía al ejército con mucha liberalidad que se diga. Así, pues, teníamos trigo y no lo podíamos comer, por no tener en qué hacerlo cocer. Otra circunstancia muy importante y que creo debida más bien a la falta de buen arreglo que a deficiencia en el primer apresto, fué la de que, después del desembarque del ejército no se dió más provisión de galleta que para los días 28, 29 y 30, hasta el día 3 en que tuvimos la suerte de encontrar una cantidad considerable en una de las casas detrás de la posición que ocupamos el 2. Creo haber dicho que se habría evitado esto por me-

dio de otros arreglos, y si el tribunal lo juzga necesario diré cuáles son, en pocas palabras. El no haber mandado hacer alto en la posición de la Reducción, de donde estábamos en comunicación con la escuadra, y donde había víveres, desembarcados cerca de Quilmes.

Si se dijera que no se habría podido llevar más víveres en la marcha que para tres días, diré que eso se habría podido remediar con disponer que el ejército hubiera hecho una parada en la Reducción, desde donde, a corta distancia, teníamos comunicación con la escuadra. Me parecía también que por eso había quedado tantos meses embarcada una gran parte del ejército, como lo era el destacamento que yo mandaba. Era muy esencial que al menos en el primer período de sus operaciones en tierra, la tropa tuviese la ración de aguardiente a que estaba acostumbrada, y que yo consideraba necesario a fin de tenerla contenta durante la marcha. Muy poco antes de que llegásemos a la casa del señor White el mayor general vino a la cabeza de mi brigada, y entonces notamos que el camino formaba una vuelta a la izquierda, de modo que cuando llegamos a dicha casa, marchábamos casi paralelamente a la posición en que después divisamos al enemigo, que se hallaba sobre nuestro flanco derecho.

El camino estaba tan obstruído y tan lleno de montes de durazño y cercos elevados, que aunque el enemigo se hallaba ya muy próximo a nosotros, no lo notábamos. El primer indicio de su presencia fué manifestado con un cañonazo, a distancia de más de seiscientas yardas, en momentos en que el general Gower y yo, con algunos oficiales del estado mayor nos presentábamos en el camino principal, donde termina aquel en que estaba situada la columna, a la sazón, y que conduce a la ciudad por el matadero, llamado los Corrales de Miserere, lugar abierto donde el enemigo tenía sus cañones entonces. Luego que se sintió el cañonazo, el general Gower me dijo, poco más o menos, estas palabras: «es menester que rodeemos sus flancos derecho e izquierdo»; yo tomé esto como una orden para car-

gar sobre el enemigo, la que obedecí inmediatamente. Durante un cierto rato, el fuego del enemigo parecía más bien el de una considerable fuerza de infantería; pero una rápida carga de los cazadores de infantería, el 95.º, fué lo bastante para hacerlos desaparecer, casi al acercarse, dejando en pos doce piezas de artillería. Lo perseguí como tres cuartos de milla, más allá de la posición en que habían estado formados, en una palabra, casi hasta la entrada de la ciudad; y mientras yo formaba la brigada que se había desordenado algún tanto, por la naturaleza del terreno y lo repentino de la acción, nos tomó la noche. Entretanto, recibí por conducto de un oficial, que era, creo, el capitán Squire, de ingenieros, una orden del general Gower para que retrocediese a los Corrales de Miserere, donde él se hallaba entonces. En aquel momento me pareció que habría sido acertado perseguir al enemigo hasta dentro de la ciudad, y supliqué al oficial que me trajo la orden volviese a solicitar del general permiso para hacerlo; espero que el tribunal no tomará a mal me avance a decir que, según todo lo que después he sabido, me he convencido que si la principal división del ejército, bajo las inmediatas órdenes del general Whitelocke, se hubiera aproximado, como yo lo esperaba, habríamos tomado la plaza con la mayor facilidad. Aun creo que la habríamos tomado con sólo la fuerza del general Gower. No es mi ánimo culpar al general Gower por no haberlo hecho en aquellas circunstancias. En contestación a mi mensaje, recibí una segunda orden perentoria para que me retirase a los Corrales de Miserere, diciendo al mismo tiempo que nuestros heridos, que no pasaban de seis oficiales y de unos 34 o 35 soldados, estaban expuestos a quedar cortados por las partidas sueltas enemigas, que aun andaban por aquellas inmediaciones. Creo recordar que poco antes de empezar mi retirada, divisé la brigada del general Lumley que se aproximaba a mi derecha. No estoy seguro de la hora, pero creo que como a las tres de la tarde, el general Whitelocke avanzó con aquella parte del ejército que conducía

en persona uno de los dos, Sir Samuel Achmuty o el coronel Pack, aunque creo que fué el primero, manifestó que para avanzar dentro de la ciudad sería mejor poco antes de amanecer que no a medio día, y después de consultar, el general en jefe determinó postergar el ataque para la mañana del 5».

El brigadier general Craufurd compareció de nuevo y dijo:

«Según recuerdo, nosotros los brigadieres, recibimos orden, en el cuarto del general Whitelocke, cuando se comunicó a los oficiales el plan de ataque, de reconocer las posiciones a que debía avanzar cada uno de nosotros. Jamás se me pidió, ni menos he dado mi opinión con respecto al ataque del 5. El general Gower, en una conversación, me dijo que recomendaría al general Whitelocke de estar en la casa del señor White. Contesté que no me parecía un lugar adecuado, a lo que repuso entonces, le recomendaría se situase a la derecha de mi brigada. No recuerdo ninguna orden general, dada en público, en ningún tiempo sobre el lugar que ocuparía el general Whitelocke el 5, día del ataque».

El resto de la declaración del general Craufurd, en este día, fué simplemente explicaciones.

NOVENO DIA.

LUNES, 8 DE FEBRERO DE 1808.

El brigadier general Craufurd compareció nuevamente y dió término a su explicación.

El brigadier general Lumley fué entonces citado a comparecer y declaró lo siguiente:

«Se dió una orden general el 3 de Junio para aligerar el bagaje del ejército, dando por razón el general Whitelocke que no era posible permitir que tan gran cantidad siguiera al ejército».

En seguida hizo una relación detallada de la marcha, en conformidad a la del 28.

«Se nos dió entonces», dijo, «orden de marcha para el día siguiente, el 29 por la mañana. Anduvimos por terrenos bañados y fangosos, hasta llegar a un pantano muy profundo en que nos metimos hasta la cintura. Luego pasamos por dos o tres arroyos estremadamente hondos; y después de una marcha de unas ocho o nueve millas, llegamos a las lomas, donde el mayor general Gower se había apostado la noche antes. Los regimientos 36.º y 88.º recibieron entonces orden de seguir al mayor general que los aguardaba allí mismo. Después de una corta conversación entre el teniente general y el mayor general, se dió orden de seguir con aquella fuerza y una parte de mi brigada, y ponerme bajo las órdenes del mayor general Gower; desde cuyo momento permanecí constantemente a su lado hasta el día 3, en que el teniente general fué con nosotros a la plaza de Miserere. Como a medio día del mismo 3, las tropas, al mando del mayor general Gower, recibieron orden de retirarse, con la esperanza de inducir a los españoles a salir. Entre tanto, el teniente general llegó con la brigada de Sir Samuel Achmuty. Se nos mandó ir a buscar galleta a una casa conocida por de White, a alguna distancia a relaguardia, cuya casa fué después considerada como cuartel general. Nos proporcionamos como una galleta y una porción de vino para cada hombre, que encontramos en algunas de las casas de los acantonamientos ocupados por nosotros a la sazón. En la mañana del 4, las tropas se hallaban sobre las armas desde el amanecer, y como a la misma hora, el capitán Maxwell, edecán del mayor general Gower, vino trayéndome orden para que pasase lo más pronto posible a casa del señor White; igual orden se dió a los jefes de cuerpo. En consecuencia, asistí al cuartel general, donde el general Whitelocke se puso a explicar su intención, con respecto al ataque de la plaza a las doce de aquel mismo día, dando como argumentos, contra la demora, el mal tiempo, la probabilidad de que

se pusiese peor y la escasez de víveres. En cuanto al detalle general lo dejaba al mayor general Gower, que tenía por delante el plan de la ciudad con las instrucciones señaladas en él, sobre el modo de cómo habían de avanzar las tropas. Teníamos que penetrar en el río, si posible fuese y que colocarnos tan adelante como hubiéramos podido, cuidando de ocupar las casas de la izquierda con preferencia a las de la derecha, para evitar el vernos obligados a inclinarnos a nuestra derecha, con lo que quedaríamos expuestos al fuego de nuestros propios cañones. Después se vió que era demasiado tarde para operar el ataque ese día, siendo de la misma opinión Sir Samuel Achmuty y yo. Por consiguiente quedó fijado que el ataque tendría lugar a la madrugada del día siguiente — el 5. La misma tarde fui a presentar el parte. El mayor general Gower se hallaba en una casa con el brigadier general Craufurd, un poco más cerca que la del señor White, junto a los Corrales de Miserere.

DECIMO DIA.

MARTES, 9 DE FEBRERO DE 1808.

El brigadier general *Lumley* fué mandado comparecer de nuevo, dando fin a su declaración.

El teniente coronel *Evan Lloyd* compareció, y después de prestar juramento, dijo:

«Yo mandaba el número 17.º de dragones ligeros en Montevideo, donde quedó mucha parte de su calzado, capotes, sillas de montar, carabinas y otras cosas, no habiéndose permitido llevar nada por orden del brigadier general *Lumley*; todo quedó en la calle cuando salimos, en vez de almacenarlo en Montevideo. La brigada del coronel *Mahon* llegó a la Reducción el 1.º de Julio».

UNDECIMO DIA.

MIÉRCOLES, 10 DE FEBRERO DE 1808.

Continúa la declaración del teniente coronel *Lloyd*.

«Pocos días después de llegar el general Whitelocke a Montevideo, me pidió acompañase al general Gower, examinara todos los buques del puerto y eligiese los más a propósito para la navegación del río; pero no recuerdo que se me haya consultado ni ocupado en ningún arreglo de equipos para la campaña.

«Por lo que toca a materias y arreglos de carácter civil para los puestos avanzados del ejército, se me consultaba con frecuencia y aun en todo al principio. Yo estaba iniciado en muchas conversaciones que tenían lugar en el cuartel general, relativas a la posibilidad de entrar en operaciones en aquella estación adelantada del año, así como con respecto al lugar más adecuado para el desembarque del ejército. El desembarque más arriba de la ciudad iría indudablemente acompañado de menos dificultades, pero se ignoraba si el canal permitiría el acercarse».

Después de haber descripto la marcha, las dificultades por falta de provisiones y lo cenagoso del campo, desde el desembarque en la Ensenada hasta el pasaje del Riachuelo, el 3 de Julio, prosiguió así:

«De dos a tres de la tarde de dicho día, nos comunicamos con el general Gower; mi brigada recibió orden de tomar posición apoyando mi derecha sobre la izquierda del general Lumley, y extendiéndose hacia la Recoleta; al llegar allí, me encontré con que se había retirado la brigada del referido general y ocupada aquella posición por las tropas ligeras del enemigo. Hice formar mi brigada a su retaguardia para reconocer la posición, y cuando la división de mi derecha se preparaba a recuperar su lugar, avancé y la ocupé. Algunas de las balas enemigas alcanzaban a la línea, antes y durante nuestra marcha.

«Apenas se formó la brigada, anocheció lloviendo a cántaros, pero se puso a la tropa bajo de techo y se le dió una ración de galleta y alguna bebida.

«Durante la noche, hubo mucho tiroteo en las avanzadas, lo que traté de evitar, y por los partes que se me pasaron, tuve motivos para creer que el enemigo, si es que se acercaba, lo hacía en corto número; me refiero a mi brigada. Por la mañana siguiente, del 4 temprano, ví que el enemigo había flanqueado mi izquierda y con mucha gente a mi retaguardia. Hice mover el ala izquierda del regimiento 38.º y el de mi izquierda a retaguardia; el enemigo se retiró a eso de las diez, hora en que un dragón vino a decirme que el general Whitelocke me esperaba en el cuartel general. Fuí, y cuando llegué, el general me dijo que los jefes principales del ejército me habían estado aguardando hacía como dos horas. Averiguando, supe que se me había enviado el edecán del general Gower al amanecer, pero que no llegó a verme porque fué hecho prisionero en el camino. Ví que los coroneles y jefes poseían el plan de ataque que debía ponerse en ejecución a las doce; el coronel Bourke, que tenía delante el plano de la ciudad, me lo explicó. Observé al general que los regimientos de mi brigada ignoraban completamente el proyectado ataque, manifestando mi duda de que hubiese bastante tiempo para comunicárselo y hacer los preparativos necesarios para llevarlo a cabo. Después de alguna conversación cambiada con los jefes principales, agregué que, en mi opinión, la hora de las doce no era la más a propósito para emprender la marcha por entre las calles de una ciudad poblada, y que creía que si se postergaba el ataque para la madrugada del día siguiente, penetraríamos más adelante sin gran pérdida. El general sometió esta proposición al general Gower, no sin antes mandar salir a todos los oficiales, exceptuando a los generales y al coronel Pack. El general Gower convino en que debía postergarse para la madrugada siguiente. Un oficial me estaba copiando la orden general para el ataque, pero el general Gower observó que

había que hacer una alteración en ella, pero que dentro de una hora me enviaría una copia corregida.

«La recibí por la tarde. Salí del cuartel general con el segundo intendente general del ejército, quien tenía que indicarme las boca-calles que la columna de mi brigada había de ocupar la mañana siguiente; pero habiéndose recibido noticia de que salía de la plaza una fuerza enemiga, regresé a mi brigada y muy luego se me dió orden de retirarme a retaguardia, con el fin de atraer al enemigo. Permanecimos sobre las armas la mayor parte del día, y cuando la brigada volvió a ocupar su lugar, el segundo intendente general del ejército me indicó las principales calles por las cuales habían de penetrar las columnas. En seguida manifesté a los jefes el camino que debían seguir las columnas y dispuse lo necesario para que cada una estuviese a tiempo, situada en su lugar respectivo por la mañana siguiente. Les mandé hacer traer todos los instrumentos que se habían pedido; en esto anocheció, pasándome parte a cada momento que no se habían podido obtener, a pesar de todos los esfuerzos empleados; sin embargo, siempre conseguí unas cuantas de las cosas que poseíamos. Apenas llegó el general, le pasé una comunicación informándole, que los habitantes nos eran tan contrarios que muy poco pude saber acerca de Buenos Aires, y eso mismo sin poderse confiar uno en su veracidad; que el general Beresford tuvo mejores medios de conseguir noticias de la plaza que lo que yo pude lograr, quien me había hecho saber que el número de tropas regulares que el enemigo poseía era reducido, y que su general no era de modo alguno hombre de aptitudes; que tenía una gran masa de hombres armados con un inmenso tren de artillería. Yo ignoraba cuáles fuesen sus intenciones o plan para defender la plaza, así como ignoro que el general haya obtenido después ningunos informes particulares. Las tropas marcharon el 28, con provisión para tres días, aunque yo me temía que la mayor parte de la galleta debió haberse inutilizado al pasar por el agua el 28 y 29. Se vol-

vió a dar alguna el día 30 por la mañana, pero no creo que haya bastado para un día; el 2 a la tarde se nos dió otro poco. Desde la tarde del 30 hasta el día 2, no han salido ningunas provisiones de la comisaría. Mi brigada recibió bebida, no recuerdo si el 29 o el 30, pero ninguna otra vez, no puedo hablar con exactitud acerca de la bebida que se dió a la gente, por cuanto no importaba tanto como otras muchas cosas. En efecto, se podía haber hecho traer víveres desde Quilmes, pero con alguna dificultad, a causa del bañado que había que pasar. Cuando el general Whitelocke hizo batir llamada el día 2, le dije que las tropas estaban sin víveres, y su contestación fué: «¿no ve usted que va a llover?» La primera orden de marcha era por la derecha, en dirección a la vanguardia, pero antes de movernos, se nos dijo que se había variado de dirección, por consiguiente, rompimos la marcha por nuestra izquierda como a las diez. Traté de averiguar la causa, preguntando al segundo intendente general y por éste supe que el *vaqueano* se proponía guiar al general por un camino mejor y más corto a un paso poco más arriba del Paso Chico.

«Ignoro si habría sido prudente desprender una fuerza para la Recoleta, porque no se habría podido conservar comunicación abierta, sin que se hubiese movido más a la izquierda una parte de la línea.

«A mí no se me hizo saber el lugar en que debía hallarse el general en jefe durante el ataque del 5, como se había hecho para con los generales y otros jefes del ejército. Tampoco se me notificó cuáles serían los puntos de retirada, si ésta hubiera sido necesaria.

«El combustible no se podía proporcionar sino en las chacras, así es que las marchas y paradas se hacían a mi entender, consultando esa circunstancia. Creo que las tropas no habrían podido marchar a la Reducción antes que lo hicieron, sin fatigar a la gente; y si el ejército no hubiera hecho tantas paradas, quizá habría podido llegar más pronto. El general solía manifestar el temor que tenía de la lluvia, y aun creo que hizo ver su deseo de que la gente

se aproximara a la ciudad, cuanto antes, a fin de librarla de la intemperie. No cabe duda que, con las convenientes precauciones, se habría podido conseguir ganado en abundancia. Tomado Buenos Aires, habríamos podido volver a ocupar inmediatamente la Colonia, que por su posición y defensa, no necesitaba el dejarse allí a la sazón una fuerza considerable. Si la vanguardia hubiera emprendido su marcha el día 29, habría podido llegar a la Reducción bastante temprano para reconocer el río el día 1.º, y el ejército habría podido hallarse listo para marchar de dicho punto, el 2, aunque no con la parte principal de su artillería.

«Es indudable que se han experimentado muchos tropezos durante la marcha, por la naturaleza del campo que atravesábamos y por falta de regularidad en la distribución de víveres.

DUODECIMO DIA.

JUEVES, 11 DE FEBRERO DE 1808.

Sir *Samuel Achmuty* vuelve a comparecer.

«Cuando dí mi opinión de que era prudente hacer alto, el 2 de Julio, estaba plena e íntimamente persuadido que no podríamos auxiliar a la vanguardia. Recuerdo haber oído al general decir que creía prudente mandar al coronel Mahon hiciese alto en la Reducción, hasta saber dónde nos hallábamos nosotros».

El testigo se retiró.

Comparece y presta juramento el capitán *Augusto Fraser*.

«Tuve el honor de mandar la artillería empleada en la expedición contra Buenos Aires. El desembarque del ejército y de las primeras piezas de artillería tuvo lugar, creo, después de amanecer el día 28 de Junio de 1807. Aquellas eran dos de a tres y servidos por marinos, de que teníamos 200 para el servicio general de artillería. Se es-

peraban 400, pero por arreglo hecho con el almirante Murray, uno o dos días antes del desembarque, se nos dió sólo 200.

«Las referidas dos piezas fueron llevadas por entre el bañado hasta la Chacarita, durante el día 28; cuatro de a seis, que formaban el resto de la principal brigada de artillería, por el mismo bañado, en el día siguiente; las 16 piezas restantes no se llevaron sino el 30. Yo lo atravesé por la tarde del 29 de Junio; las dos de a seis, con las que yo estaba, tuvieron el auxilio de unos 300 hombres del 38.º de infantería, sin cuyos esfuerzos no habríamos podido hacer atravesar las piezas. Cinco piezas españolas de a cuatro, fueron inutilizadas en la marcha, por mi orden; porque, al reflexionar que, después de haber atravesado el 29 de Junio el bañado que tenía milla y tres cuartos de ancho y, en muchos parajes, tan profundos que los hombres apenas podían estar de pie, siendo casi inútil el auxilio de los caballos; al ver también que se habían perdido muchos de estos y que se temía la pérdida de muchos más en el momento del desembarque, y además, considerando que era esencialmente necesario que los hombres y caballos que atravesaron no se hallasen fatigados, juzgué conveniente sacrificar algunas de las piezas menos importantes, a fin de aplicar su fuerza en hombres y caballos al servicio de las restantes. Estas se pasaron al otro lado del bañado, sin perderse absolutamente nada. El número total de cañones con cureñas de todas clases puestos en tierra, en la Ensenada, fué de 32; de éstos, siete fueron inutilizados y doce agregados a la brigada principal, quedando por consiguiente trece. Ví al general Whitelocke en el pueblo de Barragan, en la noche del 28. Allí le hice presente el modo cómo pasé la artillería al otro lado del bañado, asegurándole, bajo mi responsabilidad, de que haría lo mismo al día siguiente, si no se ponía completamente intransitable.

«Esa fué toda la conversación que tuve con él, y no le volví a ver, hasta la entrada de la noche siguiente, en

que atravesé el bañado con las demás seis piezas de campaña.

! «El general Whitelocke se hallaba a la sazón en la primera Estancia, sobre el bañado; me mandó seguir a otra, como a milla y media más adelante, y allí me incorporé a la tropa que mandaba entonces el coronel Mahon. La mañana siguiente del día 3 ví al general Whitelocke en dicha última Estancia y me ordenó pasase adelante con las cuatro piezas de campaña, que se hallaban mucho más adelante que la vanguardia del ejército; ordenándome al mismo tiempo llevase conmigo para proteger la artillería, una compañía del 95.º. Volví a ver al general en la mañana del 1.º de Julio, y le pedí y me dió permiso de acompañar la vanguardia al mando del general Gower, al pasaje del Riachuelo; después de la separación del grueso del ejército de la vanguardia el 1.º de Julio, no volví a hablar ni ver al general Whitelocke, hasta la tarde del 3 de Julio, en los Corrales de Miserere.

«Su excelencia no me dió entonces ninguna orden, pero sí la mañana siguiente, del 4, para que avanzase con las dos piezas de campaña dentro de la ciudad de Buenos Aires, con cautela y tanteando bien el camino, sin avanzar demasiado lejos; y que yo mismo diese parte a su excelencia del estado de las cosas en las avanzadas. Durante ese día no me dió el general ninguna otra orden, ni cuando se le pasó parte de todos los preparativos, ocurridos en todas las avanzadas, de los frecuentes movimientos que éstas iban teniendo hacia adentro o hacia afuera. Con respecto a la artillería que se hallaba a mi inmediata dirección, antes del ataque del 5 de Julio, el arreglo hecho fué el siguiente: las piezas tomadas al enemigo la tarde del 2 de Julio, fueron colocadas, el 3 por la mañana, en tal posición que dominasen el espacio abierto al frente de los Corrales de Miserere, y especialmente las calles que dan al Fuerte y a la plaza principal de Buenos Aires (hoy de la Victoria); las piezas de campaña estaban situadas en los puestos avanzados, en unos dos y en otros cuatro; había

además en los Corrales de Miserere una fuerza disponible de sesenta artilleros. En la orden general para el ataque de Buenos Aires, el 5 de Julio, se especificó el número determinado de piezas y el lugar respectivo de cada una; mi único deber entonces era ver si se ponía en ejecución. Cuando la artillería salvó el bañado, la brigada principal estaba tan distante de necesitar auxilio alguno del ejército, que podía por sí sola vencer cualesquiera obstáculos; también he sabido por el capitán Hawker, que mandaba la artillería con la división de retaguardia del ejército, que aquella columna jamás fué demorada ni impedida por la artillería. Además, debo observar que, al pasar el Riachuelo, donde hubo alguna demora en transportar los cañones y munición, hasta cierto punto inevitable, sólo dos piezas seguían a la columna, a cuya cabeza habían estado invariablemente hasta entonces; las dos restantes también la seguían, protegidas por dos compañías de infantería, al mando del teniente coronel Durrock, del regimiento 36.º, las cuales compañías, con dos piezas de artillería, a consecuencia de la noche oscura y lo malo del camino, se extraviaron y fueron a pernoctar en los arrabales de Buenos Aires, pero no con la vanguardia. Se prestó todo el auxilio y toda atención posible para hacer avanzar la artillería, mas las dificultades que se experimentaron en pasar el bañado con ella fueron excesivamente grandes. Apenas se puede concebir que un bañado presentara un obstáculo más difícil de vencer para el pasaje de una cureña con sus propias ruedas. Bien sabía yo, tanto por los despachos del general Beresford cuanto por los informes transmitidos, que había un bañado, que corría en línea paralela a la margen derecha del Plata, pero no tenía yo idea de que fuese de tal extensión, como prácticamente se vió después. Sin embargo, para hacer que la artillería lo pudiese atravesar, se hicieron muy grandes preparativos, que consistían en puentes de madera portátiles, los cuales, a pesar de todo, fueron de muy poca utilidad».

El testigo se retiró.

El honorable coronel *Mahon* compareció y después de prestar juramento, dijo :

«Yo estaba empleado como coronel de la plana mayor de una brigada; no tenía mando de ningún regimiento. El día 29 pasé el bañado y ocupé el lugar en que se había estacionado la brigada ligera la noche antes; el cuartel general del comandante en jefe estaba, en dicho día, a la izquierda de la línea, al mando de Sir Samuel Achmuty, cuya columna se movió en la mañana del mismo día, con la que iba el general en jefe. Este manifestó su intención de hacer avanzar alguna gente de mi brigada, dejándome a mí con el mando de los desmontados y de unos cuantos montados, del 17 de dragones ligeros y unas cuatro compañías del regimiento 40.º, con el objeto de esperar al mayor Campbell, que mandaba la retaguardia, haciendo pasar los cañones al otro lado del bañado».

DECIMOTERCER DIA.

VIERNES, 12 DE FEBRERO DE 1808.

El honorable coronel *Mahon* compareció de nuevo y dijo :

«En la tarde del 2 de Julio, un oficial del 17 de dragones ligeros, con una partida montada, que había sido despachada de la columna del general en jefe, antes de mi llegada a la Reducción, a menos de una milla de este punto, me trajo estas órdenes. — (Las presenta).

Leyéronse las órdenes, que llevaban la fecha 2 de Julio de 1807.

3 y 1/4 de la tarde.

Señor :

No obstante las órdenes que se comunicaron a usted en mi nota de esta mañana, el general en jefe me manda diga a usted que permanezca en la Reducción hasta nueva

orden. El teniente general desea igualmente, que usted se proporcione víveres para su gente y haga traer galleta y aguardiente de a bordo.

Tengo el honor de ser, etc.

ENRIQUE TORRENS,
Secretario Militar.

P.D. Hará usted del mismo modo un depósito de víveres de la escuadra, tan grande como le sea a usted posible.

Hay una nota de fecha anterior a la que recibí a mi llegada a la Reducción, que lleva el número 1; a éste se refiere la nota que acabo de presentar.

(Se leyó).

Reducción, 2 de Julio de 1807, a las 10 y 1/2 de la mañana.

Señor :

Suponiendo que usted llegará hoy mismo a este punto, el teniente general me ordenó le diga a usted que él va a moverse de aquí en dirección sudoeste, con el objeto de forzar el paso del Riachuelo por donde éste lo permita, o más bien por su origen; en consecuencia, ordena que usted le siga mañana por la mañana temprano, llevando usted consigo todo de aquí. El mayor Gwynn, del 45.º, indicará a usted la dirección que haya llevado la columna; el general ha escrito al almirante Murray para que haga desembarcar provisión de galleta y aguardiente para tres días, para su gente, y cree que lo hará poner en tierra esta tarde, de los buques que están anclados.

Tengo el honor de ser, etc.

ENRIQUE TORRENS,
Secretario Militar.

«Las otras órdenes, que también llevo en el bolsillo, las recibí a las 10 y 20 de la mañana del 5.

(Se leyeron).

Cuartel general al frente de Buenos Aires, 4 de Julio de 1807,
a las 8 de la noche.

Señor :

Tengo orden del general en jefe para decir a usted que inmediatamente que usted reciba ésta, se ponga en marcha con el destacamento de su mando y siga sin demora a tomar posición a una distancia segura del puente del Riachuelo, en donde esperará usted hasta nueva orden.

Tengo el honor de ser, etc.

ENRIQUE TORRENS,

Secretario Militar.

«Recibí provisión de víveres, pero en cantidad insuficiente como para formar un depósito; sólo alcanzaban a racionar mi gente para un día, debido al tiempo malo y a la marejada que no permitían desembarcar más, para poder hacer depósito. Había un gran bañado que hacía difícil atravesarlo con provisiones, a lo que se agregaba, según supe por uno de los capitanes de la escuadra, — el capitán Corbett de la *Nereid*, — que no había mucha cantidad de galleta a bordo de los bergantines que se hallaban al frente. Yo no entré en el baño, pero el capitán Corbett de la *Nereid*, que lo había pasado, me dijo que la conducción de víveres no era difícil. Durante la parada en la Reducción, en la mañana del 4, dí orden al segundo intendente del ejército, Stewart, y al capitán Hawker, de la artillería, que con 20 dragones montados, del regimiento 36.º, fuesen a recorrer el río y terreno adyacente, y si fuera posible, traer noticias de las columnas del ejército, ya sea del general en jefe o ya de la columna avanzada del ejército, sin comprometer acción alguna con el enemigo

que le saliera al encuentro; que procurasen adquirir cuantos datos les fuese posible. Fueron, pero no llegaron al puente del Riachuelo, a causa de la larga distancia en que venían a quedar de nosotros, y regresaron como a la una, sin poder abrir comunicación con ninguna de las columnas, ni adquirir noticia alguna acerca del puente ni del paso del río. Antes de recibir yo la última nota, a las diez y 20 de la mañana del 5, todos creíamos que el puente había sido destruído, según el rumor que circulaba entonces. Del modo como marchamos el 6 de Julio, calculo que del puente a los Corrales de Miserere habría unas seis millas; dimos una vuelta para evitar los cañones de la ciudad. Entre la Reducción y el puente, había que pasar muchos pantanos y arroyos de muy difícil tránsito para la artillería; y una gran parte del camino, desde el puente hasta Miserere, presentaba la misma dificultad. El 1.º de Julio nos pusimos en marcha desde las alturas, como a las seis de la mañana; a las doce hicimos una parada de unas dos horas para descansar, y llegamos como a las tres y media a las Lomas, en donde ocupamos una posición después de una jornada de unas ocho millas. El 2, nos pusimos en marcha antes de amanecer, calculando llegar al venir el día a un río que distaba tres millas; fué necesario pasar dicho río que tenía sus barrancas muy escarpadas, así es que no llegamos a la Reducción, que distaba como de nueve a once millas, hasta las cinco de la tarde, donde permanecimos los días 3 y 4.

El campo no presentaba más que ganado para comer. Las dificultades de la marcha por entre el bañado eran superiores a las que se nos había pintado. El general Whitelocke hizo cuanto pudo para facilitar el embarque y cuidado de la caballería en Montevideo».

El teniente coronel *Enrique Torrens* prestó juramento y dijo:

«Yo era secretario militar del general Whitelocke en la expedición a Buenos Aires. Las noticias que se nos dieron en Montevideo, respecto de los medios y disposición

de los españoles para hacer resistencia en Buenos Aires, eran muy defectivas. Todos nos decían que los militares y habitantes de dicha ciudad estaban resueltos a defender la plaza hasta lo último, que habían levantado baterías en las calles principales, que habían colocado en ellas 40 o 50 cañones de grueso calibre y que el ejército se componía de unos 8.000 hombres. En la mañana del 2 de Julio, el general Whitelocke me mandó escribir una orden al general Gower, para que avanzase y tomase posición en los arrabales occidentales de Buenos Aires, pero no más lejos, y que el general tenía la intención de apoyarle con la columna de su mando inmediato. La referida orden era perentoria. Como el Paso Chico se consideraba intransitable, se le recomendaba otro más arriba del Riachuelo. Antes de la referida orden, nada se había hecho para practicar un reconocimiento ni para averiguar la fuerza o posición del enemigo, fuera de la plaza. La orden fué llevada al general Gower por el coronel Bourke, el mismo que trajo la contestación y la entregó al general en jefe. Este, al recibirla, dijo que mandaría el 87.º para apoyar los movimientos de aquel. Luego que llegamos a los Corrales de Miserere, dos oficiales españoles, hechos prisioneros en la acción del 2, expusieron que el enemigo tenía la intención de recibirnos por medio de columnas movibles, en el caso de que la plaza fuese asaltada, pero no ocupar las casas».

DECIMOCUARTO DIA.

SÁBADO, 13 DE FEBRERO DE 1808.

El teniente coronel *Enrique Torrens* compareció de nuevo y dijo:

«No recuerdo que se haya recibido ningunas noticias particulares del señor White, a no ser la del número de fuerza de la plaza, que él calculaba en unos 6.000 hombres, agregando que estaba plenamente convencido que el ene-

migo se rendiría si nosotros conseguíamos una posición en cada flanco, es decir, en la Plaza de Toros y en la Residencia. Antes de la declaración dada por los dos prisioneros españoles, ya referidos, yo había oído decir con generalidad que el enemigo pensaba ocupar las azoteas. El coronel Bourke regresó de su visita a los puestos avanzados, poco después de mi llegada al cuartel general en la tarde del 5. El general Whitelocke nos dijo que llevaba en la mano un papel conteniendo el plan de ataque para el día siguiente, y que le había sido sugerido por el general Gower, pero que no era de su aprobación por amor a la humanidad. Agregó que estaba resuelto a borrar la orden de no hacer prisioneros, y que antes de mandar se llevase a cabo, haría una nueva intimación de rendición al general Liniérs.

El coronel Bourke expuso que era un modo de atacar muy nuevo, o algo parecido, y que llevaba emparejado el sacrificio de muchísimas vidas, pero que, a pesar de todo, se triunfaría. Yo observé solamente que, como el tiempo se preparaba a la lluvia, era necesario adoptar medidas prontas; he ahí todo lo que pasó entonces.

Poco después se presentó en el cuartel general el general Craufurd, a quien el comandante en jefe habló en los mismos términos que al coronel Bourke.

Aquél y yo revisamos el plano de la ciudad, y estaba delineando el plan de ataque, cuando surgió una dificultad que provenía de la intención de penetrar por el centro, en vez de llamar la atención sobre los flancos. El general Craufurd dijo que iría a ver al general Gower y le haría observaciones sobre aquel punto. En efecto, fué a verle, y a los cuantos minutos de su partida, noté que se había equivocado, y que tal intención no existía en el plan. Desde el momento que llegó el general Whitelocke a Miserere, el día 3, hasta la noche del 4 de Julio, no hizo ningún reconocimiento hacia la plaza. Yo estaba alojado con él en casa del señor White, lugar que el general Gower le indicó, cuando llegamos a Miserere, como el más a propósito para

cuartel general. Durante ese tiempo, el general no se ausentó de dicha casa más que por una hora. Los arrabales son tan extensos que me sería difícil decir por dónde se entra a la ciudad.

La casa del señor White se halla como a 250 o 300 yardas a retaguardia de la posición del general Craufurd, en los Corrales de Miserere. No se tomó ninguna disposición para la retirada; creo que la opinión general era que nuestras operaciones serían coronadas de un completo triunfo. En todo el tiempo de mi servicio en las Indias, tanto en las orientales como en las occidentales, no recuerdo haber marchado nunca por entre un bañado semejante al que existe, desde la bahía hasta las alturas de la Ensenada de Barragan. La distancia que medía entre el punto en que el coronel Mahon debía hacer alto, hasta nueva orden, y la parte más próxima de la ciudad, es de unas dos y media millas».

El capitán *Carlos Maxwell* compareció y después de prestar juramento, dijo:

«Yo era ayudante de campo del mayor general Gower, de quien recibí una carta el 2 de Julio, la que hice pedazos el 4, para evitar el que cayese en manos del enemigo».

El capitán *Whittingham* compareció, prestó juramento y dijo:

«Yo era ayudante de campo, agregado al Estado Mayor del general Whitelocke. En la mañana del 4, fuí despachado a Buenos Aires con bandera de parlamento, llevando una carta para el general Liniérs. Entré en la plaza poco más de una milla del cuartel general. Sólo ví los puestos avanzados del enemigo; y mientras estuve allí quedaron suspendidas las hostilidades».

Lo demás de la declaración de este testigo fué una repetición de la precedente.

El contraalmirante *Jorge Murray* compareció, y después de haber prestado juramento, dijo:

«La Ensenada de Barragan fué el primer punto designado para el desembarque. Informé al general, al reti-

rarme de allí, que siempre que se acercara a la ribera, yo habría de comunicarme con él. Al día siguiente de dejar aquel punto, di orden que saliesen algunos transportes y anclasen tan cerca de Buenos Aires como lo permitiera la profundidad del río;—hice dejar otros transportes, con un buque proveedor, tan próximo como fuera posible, entre la Ensenada y Buenos Aires, con el objeto de desembarcar víveres para el ejército, en el caso que el general los hubiera necesitado. Después que nuestras tropas tomaron posesión de la Plaza de Toros, había provisiones listas para echar a tierra, si hubiesen sido pedidas; habiéndose ordenado que se preparasen las suficientes para tres días, cuando desembarcaron las tropas en la Ensenada. Se me dió parte de que en efecto se había desembarcado galleta y aguardiente para tres días, el 2 de Julio, según creo, para la división del ejército que mandaba, a mi entender, el coronel Mahon, y se habría podido desembarcar más, a haberlo solicitado dicho coronel. Los transportes que llevaban artillería tenían orden de tener los cañones apuntando hacia al oeste de la plaza, el 3 de Julio, a indicación del general Whitelocke. El coronel Bourke, intendente general del ejército, me dirigió una carta el día 2, creo, en que me comunicaba, por orden del general, ser su intención marchar hacia el oeste de la ciudad, y me pedía al mismo tiempo mandase a dicha dirección el buque que llevaba la artillería de calibre. Mandé asimismo las cuatro cañoneras con los buques armados que calaban poca agua, al mando del capitán Thompson, de la *Idy*. Las cañoneras y los buques que llevaban la artillería gruesa, situados en dirección oeste de la plaza el día 4, por haberseme hecho comprender que el general Whitelocke pensaba dar el ataque por ese lado. En efecto, las cañoneras sostuvieron el fuego el día 6. El número de marinos que desembarcaron con el ejército el 28 y 29, era de unos 220, sin contar los oficiales».

DECIMOQUINTO DIA.

LUNES, 13 DE FEBRERO DE 1808.

El teniente coronel *Torrens* compareció, prestó juramento y dijo:

«El general *Whitelocke* se ausentó otra vez del cuartel general, el 4 de Julio, por unos 20 minutos, con el objeto de visitar el centro del ejército».

El capitán *Juan Squire* fué mandado comparecer de nuevo, y después del juramento, dijo:

«Yo era comandante de los ingenieros en la expedición. Las chatas no fueron desembarcadas, e ignoro la causa. Llevábamos muy pocas herramientas de trinchera, cuando para llevarlas todas, habría bastado un carrito tirado por hombres. No había ningún lugar que pudiera dominar la ciudad de cerca; pero hacia el norte se habría podido levantar baterías, porque el terreno favorecía. El convento de la Recoleta, que se hallaba como a milla y media o dos millas de los arrabales de la ciudad, habría sido, a mi entender, una posición ventajosa, si se hubiese ocupado, porque proporcionaba la comodidad de comunicarse con los buques».

El capitán *Alejandro Dickson* prestó juramento y dijo:

Que era capitán de artillería en la división del coronel *Mahon*, y dió una relación de su marcha.

Felipe G. Roche prestó juramento y dijo:

Que era de la plana mayor del general *Lumley*, y que había sido mandado a Buenos Aires con bandera de parlamento, en la mañana del 3; que había penetrado muy adentro; que no se le permitió ver al general *Liniérs*; que fué detenido por el general *Elío*, su segundo, quien manifestó que los españoles poseían bastante fuerza y valor para defender la plaza y que le hizo volver (al declarante) para traer nuevas instrucciones; que regresó al mismo

punto más o menos, llevando una carta del general Gower al general Liniérs, la que entregó a un francés, edecán del general español; que la ciudad le pareció hallarse en un estado de gran confusión, un populacho armado y todo alborotado; que esperó la contestación por cerca de hora y media, en cuyo tiempo manifestaron muy poco respeto a la bandera de parlamento, y que, a no haber sido por la partida del cuerpo de rifles que llevaba, no habría vuelto por cierto; que no vió ningunos cañones; que las casas estaban parapetadas, todas cerradas, y toda la población armada, hombres y niños; que entregó la contestación al mayor general Gower y manifestándole todo lo que había observado; que a su regreso, iban a atacarle.

Don *José Bullock* compareció, y prestando juramento, dijo:

Que estaba a la cabeza de la comisaría en la expedición.

El declarante dió nueva relación de su departamento y en seguida dijo que sólo se le había dado orden de hacer desembarcar en la Ensenada víveres para tres días; que los caballos del país eran muy malos y que muchos de ellos no servían para cargar provisiones.

DECIMOSEXTO DIA.

MARTES, 16 DE FEBRERO DE 1808.

Don *José Bullock* compareció de nuevo y dijo:

Que el grueso del ejército y la reserva, al mando del coronel Mahon, recibieron víveres; que la división del general Gower se puso en marcha sin haberle comunicado que iba a hacerlo; que el ejército tuvo víveres con regularidad después del 3; que al fin los había como para abastecer a todo el ejército por cinco días, que esto provenía únicamente de lo que se había tomado al enemigo, pero no de otro modo.

El teniente coronel *Tomás Bradford* prestó juramento y dijo:

Que era segundo ayudante general en la expedición y concluyó dando una relación de la fuerza.

El teniente coronel *Humphrey Davie* prestó juramento y dijo:

Que era el comandante del regimiento número 5, el 2 de Julio; que podía haber marchado en este día, pero que mandó hacer alto por lo tarde que era.

El teniente coronel *Juan Nugent*, después del juramento, dijo:

Que el 2 de Julio mandaba el regimiento 38, que formaba parte del grueso del ejército del general Whitelocke y que el Regimiento pudo haber seguido la marcha en ese día cuando se mandó hacer alto; que una partida forrajeadora capturó entonces una majada de 400 ovejas.

El teniente coronel *José Nichols*, compareció y después del juramento de estilo, dijo:

Que mandaba el 45, que formaba parte del grueso del ejército del general Whitelocke y que el regimiento pudo haber seguido su marcha cuando se le ordenó hacer alto.

Estos tres últimos declarantes dijeron que no parecía haber ningunos indicios de descontento en sus varios regimientos, sino todo lo contrario.

Con esto se dió por terminada la evidencia en apoyo de los dos primeros cargos.

Entonces se mandó comparecer al mayor general Gower, quien después de la lectura del 3.^{er} y 4.^o cargos, reasumió su narración desde el 4 de Julio, diciendo:

«Poco después de las seis de la mañana del 5, que era la hora señalada, me ví con el general Whitelocke, en cumplimiento de su orden, casi al frente de los Corrales de Miserere. Esa noche el teniente general mandó que todo el Estado Mayor, reunido donde yo me hallaba, fuese a su alojamiento; lo que cumplimos, permaneciendo allí hasta la madrugada del día siguiente. Poco después oí al general Whitelocke ordenar al capitán Whittingham a que pasase

a la derecha y tratase de ponerse en comunicación con el cuerpo de ataque de la derecha y con las tropas que se habían dejado sobre el Riachuelo. El general y los oficiales que con él estaban pasaron pronto después a los Corrales. En la tarde del mismo día, llegó el sargento Hamilton, del regimiento 17, trayendo una carta que le ví entregar al teniente general; éste la pasó al capitán Squires, ordenándole la leyese él primero y yo en seguida. Estaba en castellano; y según recuerdo la mandaba el general Liniérs. Yo no poseo bien el idioma español, pero creo comprender lo bastante para poder decir que ella contenía principalmente la descripción del efecto que había producido el ataque del día antes, y por eso proponía la cesación de hostilidades y la apertura de un tratado, en que proponía la entrega de todos los prisioneros de guerra que estaban en su poder, si las tropas inglesas evacuaban el Río de la Plata. El general Whitelocke ordenó al teniente coronel Bradford que quedase, mandando las tropas que se hallaban en la cercanía de los Corrales, con algunas otras disposiciones para las del coronel Mahon, cuando llegasen, y se marchó inmediatamente, con todos los demás oficiales del Estado Mayor, a la Plaza de Toros. Estando aquí, me mandó ir a inspeccionar todos los cañones que se habían tomado y los hiciera colocar en batería en los puntos que yo creyese más convenientes, hasta que él dispusiera otra cosa. Desempeñé esa comisión y me le presenté en seguida. Entonces me preguntó si yo creía que hubiese mucha probabilidad de triunfo en el segundo ataque. Contestéle que sólo había dos medios y que ninguno de estos, a mi modo de ver, produciría un buen éxito; el uno, por asalto, ya lo habíamos experimentado, triunfando a medias; el otro, por bombardeo, aun contando nosotros con todos los elementos, produciría, en mi opinión, muy poco efecto sobre una ciudad tan grande como lo era Buenos Aires, cuyos edificios eran a prueba de fuego; que sólo teníamos un cañón de a 24 en tierra, y que una gran parte de los cañones tomados al enemigo o estaban clava-

dos o no servían. Agregué, además, que según el cálculo en globo formado por mí, acerca de las pérdidas experimentadas por nosotros, mi opinión era que, aun cuando el general español se hallara dispuesto a entregar a Buenos Aires sin entrar en nueva lid, el número restante de tropas no era de ningún modo adecuado, ni cosa parecida, para poder dominar una masa tan grande de habitantes armados, ni con qué sostener los puntos absolutamente necesarios. Acompañé al general Whitelocke por algún tiempo recibiendo sus órdenes, de las cuales muchas fueron verbales y relativas a los puntos que yo debía discutir con el general Liniérs. Solicité a ese respecto una orden detallada por escrito; pero él se negó a dárme-la. Creo que fué como a las tres cuando entré a la ciudad con bandera de parlamento. Estuve con el general Liniérs y algunos de sus oficiales principales. Al día siguiente, habiendo bajado a tierra el almirante Murray, entre once y doce, el general Whitelocke me hizo saber que su intención era la de negociar un tratado, fundado sobre las proposiciones preliminares que yo le había presentado la noche antes».

P. — ¿Estuvo usted con el general Whitelocke, durante todo el día del 5?

R. — Con excepción de una media hora, que el teniente general Whitelocke se había ausentado, después de haber dado orden a los oficiales de Estado Mayor en mi presencia, de que no se moviesen de su lugar.

P. — ¿Permaneció usted con el teniente general Whitelocke todo el día, en consecuencia de orden que él le haya dado a usted entonces o antes?

R. — En consecuencia de la orden que recibí la noche anterior, de verme con él por la mañana para comunicarme sus disposiciones; así fué que aguardé allí hasta que las recibí en efecto.

P. — ¿Tuvo usted alguna comunicación con el general Whitelocke, en el curso del 5, con respecto a la posición de él y la de usted?

R. — Sí; poco después vino a decirme que él creía buena aquella posición para permanecer en ella y deseaba saber mi opinión a ese respecto. Le contesté que, por ser central, me parecía al principio tan buena como cualquiera otra.

P. — La posición en que usted permaneció, por orden del general Whitelocke, ¿presentaba facilidad de comunicarse con las diferentes divisiones del ejército comprometidas en el ataque?

R. — Por lo que toca a distancia era, a mi modo de ver, lo más adecuado al objeto, por hallarse situada en el centro. En cuanto a facilidad, todos los lugares eran iguales, a causa del inmenso número de hombres a caballo armados que andaban alrededor de nuestra gente.

Levantóse la sesión, quedando los miembros de la corte citados para el jueves.

DECIMOSEPTIMO DIA.

JUEVES, 18 DE FEBRERO DE 1808.

El tribunal quedó citado para el lunes, en consecuencia de la indisposición del general lord Lake.

DECIMOCTAVO DIA.

LUNES, 22 DE FEBRERO DE 1808.

Don *José Bullock* hizo algunas leves rectificaciones a su declaración.

El mayor general *Gower* compareció nuevamente a responder al interrogatorio.

P. — ¿Tuvo el general Whitelocke algunas noticias, y cuáles, de las diferentes columnas del ejército, antes de re-

tirarse de los Corrales de Miserere y de regresar a su alojamiento en la noche del 5?

R. — Yo le ví impartir órdenes a la caballería desmontada, las que fueron trasmitidas por su propio ayudante de campo.

P. — ¿Hizo el general Whitelocke algunas y cuáles tentativas para tener noticias de las diferentes columnas de su ejército, empeñadas en el combate, así como para ponerse en comunicación con alguna de ellas?

R. — No tengo conocimiento de otra tentativa que la que acabo de manifestar. Permaneció casi estacionario todo el día, con excepción del intervalo de media hora, de que antes he hablado y durante cuyo tiempo ignoro a dónde ha ido.

P. — ¿A qué hora se separó de las columnas el general Whitelocke, con el objeto de regresar a su alojamiento, la noche del 5?

R. — Creo que era entre cinco y seis; al rato oscureció.

P. — ¿Lo hizo o no ignorando lo que ocurría en las diferentes divisiones del ejército, que se hallaban comprometidas con el enemigo durante aquel día, con excepción de la que mandaba Sir Samuel Achmuty?

R. — Creo que ignoraba el resultado del ataque de la derecha, compuesta de la brigada del general Craufurd y el regimiento 45.º. De todo lo demás, tengo motivos para creer que había recibido aviso de Sir Samuel Achmuty.

P. — Diga usted si el enemigo emprendió algún ataque durante el día o la noche del 5, sobre las tropas que estaban estacionadas cerca de la persona del general Whitelocke, y cuáles fueron las precauciones que tomó para asegurar el cuartel general durante la noche?

R. — Pequeñas partidas enemigas hacían salidas de la plaza, arrollando nuestras avanzadas, durante todo el día del 5.

P. — ¿Esas partidas tenían por objeto hacer frente a la

reserva que se hallaba cerca del general Whitelocke o era meramente correría?

R. — Trataban el huir.

P. — Refiera usted lo ocurrido en el cuartel general y cuáles fueron las resoluciones tomadas para el subsiguiente día?

R. — Ví que el general manifestó el deseo de comunicar con la columna derecha de ataque y con la fuerza del teniente coronel Mahon, y que para el efecto comisionaría al capitán Whittingham por la mañana, tan pronto como le fuese posible.

P. — ¿En qué se ocupó el general Whitelocke durante ese tiempo? diga si comió, bebió, o se acostó, o cuánto usted supiere.

R. — Apenas obscureció, todos los oficiales que se hallaban presentes comieron algo. Temprano se tendieron en el suelo para dormir, aunque no recuerdo si todos, menos el oficial que estaba estacionado en la azotea. De vez en cuando se levantaban durante la noche para ver si había algún movimiento o si se sentía algún tiroteo por ese lado; y poco antes de venir el día, creo que todos andaban ya levantados, listos a recibir las órdenes del general.

P. — Diga usted la hora en que el sargento Hamilton, del 17 de dragones ligeros, se presentó con una carta del jefe español para el general Whitelocke.

R. — Entre once y doce.

Exhibióse copia de la carta, cuyo tenor es como sigue:

«Señor:

«Con los mismos sentimientos de la humanidad que usted profesa tener, me permito manifestar que, después de lo ocurrido anoche, he quedado enteramente enterado de la fuerza de usted. He tomado 80 oficiales, 1.000 hombres y han muerto muchos más. Por consiguiente, con el fin de evitar más derramamiento de sangre, propongo a usted que deberá reembarcarse con el resto de su ejército, y nosotros le entregaremos todos los prisioneros que he-

mos tomado ahora y los que estaban detenidos desde antes. Si estas condiciones no fuesen aceptadas, no me será posible responder de la seguridad de los prisioneros, tan grande es el encono que mi gente profesa hacia los ingleses.

«Aprovecho esta oportunidad para hacer presente que, hallándose heridos tres de mis ayudantes, remito ésta por un oficial inglés.

(Firmado):

«ELIO».

P. — ¿A qué hora del día fué remitida la carta del general Whitelocke, por su ayudante, el capitán Brown, en que proponía al general español la cesación de hostilidades?

R. — Como a las doce.

Exhibióse la carta, que es como sigue:

«Cuartel general, a las 12.

«Señor:

«Acuso recibo de su carta, en que me hace usted la justicia de creer que mis sentimientos están por la causa de la humanidad. Por lo mucho que ha durado la acción y por el estado de los heridos, propongo una tregua por 24 horas, quedando las líneas como lo están actualmente. En cuanto a rendición en el estado actual del ejército, es una cosa enteramente fuera de lugar.

«Siento que sus ayudantes estén heridos, pero esas son contingencias inevitables; y sólo tengo que observarle a mi vez, que a mi ayudante se le ha estado haciendo fuego durante todo su tránsito por la ciudad.

(Firmado):

«WHITELOCKE».

P. — ¿No había propuesto el general Whitelocke la cesación de hostilidades, sino cuando trató de reunir per-

sonalmente las tropas que habían marchado a la madrugada del día anterior, para atacar al enemigo en la ciudad de Buenos Aires?

R. — No lo tentó personalmente sino después de enviar la carta; pero las hostilidades continuaron hasta mucho tiempo después.

P. — ¿Podía el general Whitelocke, desde el punto en que se hallaba, ver el efecto del fuego en las diferentes columnas?

R. — No, por cierto.

P. — ¿Cuándo se apercibió usted de haber sido interceptada la comunicación, entre los que estaban empeñados en la acción y la reserva?

R. — Las partidas de poca fuerza estuvieron incomunicadas con los demás puntos durante todo el día, a causa de la mucha gente armada que nos rodeaba; pero no podré decir lo mismo, si una fuerza respetable hubiera tratado de abrir comunicación, siempre que lo hubiese tentado.

P. — ¿Lo tentó el general Whitelocke alguna vez, o consultó con usted sobre la conveniencia de hacerlo en ese día?

R. — No tengo conocimiento de que haya hecho otra tentativa que la ya manifestada por mí antes.

El general Whitelocke iba a repreguntar al declarante, cuando se disolvió el tribunal levantándose la sesión.

DECIMONOVENO DIA.

MARTES, 22 DE FEBRERO DE 1808.

El mayor general *Gower* volvió a comparecer.

Preguntado por el general Whitelocke.

P. — Diga usted, ¿qué distancia había al cuartel general desde el punto donde usted estuvo durante el día; y si no estaba el cuartel general situado de tal modo que

ofreciera dificultad de comunicarse según lo exigieran las circunstancias?

R. — De cuatrocientas a quinientas yardas; y, por mi parte, no he encontrado ninguna dificultad de día en comunicarme con el cuartel general.

Interrogado por el Tribunal.

P. — ¿Sabe usted qué fué lo que indujo al general Whitelocke a hacer marchar las tropas con las armas descargadas?

R. — No sé.

Interrogado por el lord Cathcart.

P. — ¿Hubo algún momento el día 5 en que la situación del general Whitelocke hubiese presentado alguna ventaja?

R. — Creo que sí, después de mediodía.

P. — ¿Por qué no se tentó, al principio del combate, el prender fuego a las casas? ¿no se pensó en ello?

R. — Creo que eso no habría sido posible, por el modo como están construídas las casas.

P. — ¿Tenía el general Whitelocke conocimiento de la posición del cuerpo del coronel Mahon, cuando se resolvió entrar en tratados con el general español?

R. — Creo que sí.

P. — ¿La situación del ejército, el día 6, era tal como para poder resistir toda tentativa de las fuerzas españolas, a haber hecho desembarcar el almirante Murray los cañones pedidos?

R. — Ignoro qué cañones hubiera mandado desembarcar el almirante Murray. Ni creo que el 6, el enemigo habría podido hacer nada de importancia contra las fuerzas británicas.

Sir *Samuel Auchmuty* compareció y dijo:

«Antes de la hora señalada para el ataque, visité las diferentes divisiones de mi brigada y las encontré apostadas como lo había dispuesto el intendente general del ejército la noche antes. Habiéndome mandado destacar el regimiento 38.º, avanzamos sin ninguna oposición una o

dos millas. No había aclarado todavía lo bastante para poder ver los objetos a una distancia, ni se nos había disparado un tiro, hasta que de repente nos vimos atacados con una descarga de metralla, de uno o más bien dos cañones a nuestro frente. Aunque el fuego causó mucho daño, en particular a los granaderos, con todo, la columna siguió adelante, y la retaguardia de la columna abrió entonces un fuego que hizo más peligrosa la posición de los del frente. Avanzando por la calle, vimos una honda corriente de agua que se dirigía por el centro, la cual, felizmente nos puso al abrigo del fuego que nos hacían de la Plaza de Toros. En este momento, el regimiento hizo al enemigo muchos muertos y como cien prisioneros con tres piezas de campaña. Luego ví flamear la bandera del 5.º regimiento en la torre de Santa Catalina, que, como aseguraba mi derecha, destacué algunas partidas a mi retaguardia, para hacer desalojar las azoteas, desde donde el enemigo nos hacía fuego en dirección a mi posición. Por la tarde, temprano aun, el general Lumley se me incorporó con el 5.º y el 26.º, habiendo encontrado mucha oposición por parte del enemigo. Durante todo este tiempo, yo ignoraba completamente la intención del general; ni me era posible destacar con seguridad una pequeña fuerza para pasarle parte. Por fin, a eso de las cuatro, el capitán Whittingham vino del cuartel general a decirme, que el general en jefe y su segundo estaban en la misma posición que antes ocupaban; que el primero ignoraba el paradero de ninguna de sus columnas y que venía mandado por él, a fin de llevarle los informes que le fuera posible. Mandé asegurar al general que yo no temía nada con respecto a la seguridad del puesto; que había abierto comunicación con los buques, pero que necesitaba un oficial de artillería y algunos hombres de la misma arma. Le recomendaba que si los resultados de los de la derecha de la plaza eran favorables, se incorporase a mí e hiciese mi puesto su cuartel general. Como a la oración recibí un segundo recado del general, ordenándome defendiese el

puesto durante la noche, asegurándome que a la mañana siguiente se pondría en comunicación conmigo, y avisándome al mismo tiempo que me mandaba diez y seis artilleros, pero sin ningún cabo ni sargento. Por la mañana siguiente se recibió por los puntos avanzados una carta del general Liniérs, dirigida al general en jefe, y un recado de aquel avisándome que él suspendería las hostilidades hasta las doce, esperando la respuesta del general, si ellas cesaban en los diferentes puntos. A mediodía, los generales Whitelocke y Gower vinieron a la Plaza de Toros, donde el general tuvo a bien hacerme ver la comunicación del general Liniers, y me pedía mi opinión confidencialmente sobre si había de acceder a las condiciones estipuladas en él. Cuando yo reflexionaba sobre la posición desagradable en que venía a quedar colocado el ejército, que toda la infantería ligera y los rifleros habían caído prisioneros; que más de la mitad de las tropas habían entrado en acción eran o muertos, heridos o prisioneros, a excepción del 45.º que quedó encerrado por el enemigo; que los demás estaban fatigados, sin confianza, y expuestos a la estación más inclemente del año, sin frazadas, sin capote o una muda de lo más necesario, que podía haber producido la peste; pero, con más particularidad, cuando yo traía a memoria la declaración de los ministros de S. M. y sus restricciones al general Whitelocke, que la posesión del país no podría ser objeto a no poderse sostener por una fuerza que, a mi opinión, era insuficiente para el efecto, yo no trepidé en decir que, si no se podía lograr mejores condiciones y se daba el plazo de seis meses para la evacuación de Montevideo, facilitando a los comerciantes disponer de sus efectos, era yo de opinión que se debía acceder.

(Se suspendió).

VIGESIMO DIA.

MIÉRCOLES, 24 DE FEBRERO DE 1808.

Sigue el interrogatorio del brigadier general Sir *Samuel Auchmuty*.

Dióse lectura de la orden general para el ataque.

P. — ¿Se dió cumplimiento a ésta en la parte que se refería al cuerpo del mando de usted?

R. — Sí, hasta donde lo permitieron las circunstancias.

P. — ¿Siguieron las tropas con las armas sin cargar?

R. — Iban sin cargar cuando avanzábamos. La tropa estaba completamente desanimada, hasta el punto de expresarse muchos de los soldados en términos inconvenientes, pero que no lo podíamos remediar. Quiero decir que la tropa no tenía ninguna confianza en su general.

P. — ¿Se habría usted considerado justificado en recomendar el abandono de Montevideo, si usted hubiese notado el día 6 que la tropa tenía completa confianza en su general y que era bien fundado el parecer de usted?

R. — Mucho habría vacilado, pero creo que sí.

P. — ¿Las fuerzas inglesas que mandaron fuera de la ciudad, el día 6 de Julio, eran suficientes para batir y deshacer cualquiera fuerza que el general español les hubiera opuesto allí?

R. — Unidas y en campo raso, no tengo la menor duda que eran suficientes.

P. — ¿Era, bajo del punto de vista militar, adecuada la fuerza británica, después de la incorporación del coronel Mahon, como para mantener su posición en la Plaza de Toro?

R. — Por cierto que sí.

P. — ¿Cree usted que si la fuerza que salió de Montevideo, para expedicionar contra Buenos Aires, hubiera sido dirigida de un modo diferente, habría triunfado?

R. — No tengo duda que la fuerza era más que suficiente para tomar a Buenos Aires.

Preguntado por el general Whitelocke.

P. — ¿No era buena la posición elegida por mí y el general Gower?

R. — Hasta donde me es dado juzgar, lo era ciertamente al principio del ataque.

P. — ¿Cree usted que hubiese sido cuerdo, seguro o conveniente, el haber permitido a los soldados avanzar con las armas cargadas? ¿Y no tenía usted bastante autoridad para mandarlas cargar, cuando usted llegó a su puesto, si se hacía necesario el tenerlas cargadas?

R. — Si yo me considerase con restricción de mandar cargar cuando lo juzgara necesario, preferiría por cierto atravesar una ciudad con las armas sin cargar, con la parte principal de un ejército.

El teniente coronel *Nugent* presta juramento y es interrogado, detallando las operaciones del regimiento número 38.

En seguida lo es el honorable mayor *King*, y detalla las del regimiento número 5.

VIGESIMOPRIMER DIA.

JUEVES, 25 DE FEBRERO DE 1808.

Interrogado el brigadier general *Lumley*, refirió lo ocurrido en la brigada que mandaba el 5 de Julio de 1807, desde que rompió la marcha aquella mañana, hasta la final rendición en la tarde del mismo día. Contestando a varias preguntas hechas por el lord Cathcart, Sir Juan Moore y el general Harris, se vino en conocimiento que, desde la hora de la marcha hasta la de la rendición no recibió ninguna orden ni auxilio del general Whitelocke, en el cuartel general, sino a poco más de dos millas de distancia.

El teniente coronel *Duff*, que mandaba el ala derecha del número 88 en ese día, refirió todas las circunstancias que ocurrieron en la desgraciada jornada. Con respecto a la desesperada situación en que se había hallado, manifestó que, con menos de cien hombres, estaba en medio de una ciudad donde todos eran enemigos, todos armados, desde el hijo de la vieja España hasta el negro esclavo; donde tenían mucha artillería bien servida, enfilándola en toda dirección; y que, los pocos efectivos que tenía, eran deficientes en todo sentido para atacar ni para defenderse.

El nunca aprobó el ataque, bajo aquellas circunstancias, y mucho menos la parte de la orden relativa a llevar los soldados sus fusiles sin piedra. Se le preguntó si tenía motivos para saber si había o no piedras de repuesto en el cuartel general, y contestó que las había, puesto que no se le había hecho saber lo contrario, agregando que no luvo ninguna comunicación con el general Whitelocke en el cuartel general, ni recibió ni se le ofreció auxilio alguno.

VIGESIMOSEGUNDO DIA.

VIERNES, 26 DE FEBRERO DE 1808.

En seguida fué interrogado el brigadier general *Craufurd*.

Refirió con claridad lo ocurrido en la brigada de su mando, desde la mañana del 5, en que avanzaron para el ataque, hasta que se redactaron y convinieron los artículos que el público conoce ya. Subsiguó un interrogatorio bastante largo acerca de varias cuestiones de opinión: primera, sobre si había recibido algún auxilio del general en jefe, ya sea por medio de la reserva, o ya ordenando al coronel Layard se le reuniese con su cuerpo, en caso de no poder hacer frente por sí solo. En cuanto a este punto, por lo que él había visto y comprendido, no le que-

daba duda de que habrían podido avanzar dando la vuelta de la ciudad, o yendo por agua, sin ninguna dificultad material ni pérdida probable.

P. — ¿Qué efecto habría tenido el hacer acercar los cañones en su auxilio sobre la playa?

R. — Sólo podría juzgar por lo que sucedió en la mañana del 6, en que tres cañoneras que se mandaron hiciesen fuego a la plaza, acertaron a introducir una de las balas en la casa del general Liniérs; pero era demasiado insignificante para que produjese ningún daño de consideración ni bien alguno.

P. — ¿No hizo su efecto la artillería que cada cuerpo tenía?

R. — En mi opinión, no; porque no les sirvió para nada.

Se le hizo algunas otras preguntas, pero las más interesantes fueron las siguientes:

P. — ¿Recibió usted alguna orden del general en jefe durante el día 5?

R. — No, ni habría dado cumplimiento, porque en una conversación que tuve con el general Gower, en casa de Liniérs, supe que el general Whitelocke se había situado desde la mañana en casa de White, donde permaneció todo el día.

Otro punto de la conversación fué sobre lo extremadamente irritados que estaban los naturales contra los ingleses por crueldades que se decía haber ejercido contra los prisioneros, cuya vida se suponía en peligro. Negó fuese esto cierto por lo que toca a su brigada.

VIGESIMOTERCER DIA.

SÁBADO, 27 DE FEBRERO DE 1808.

Sigue el interrogatorio del brigadier general *Craufurd*.

P. — ¿Tuvo usted alguna comunicación con el general

Whitelocke desde el momento en que usted recibió la orden de marchar en la mañana del 5 de Julio, hasta la rendición en el convento de Santo Domingo?

R. — No, aunque lo esperaba por horas.

P. — ¿Consideró usted como probable, cuando usted avanzaba hasta la plaza y después de haber tomado posición en el convento, que el general en jefe le hubiera enviado a usted de su cuerpo de reserva o del que mandaba el coronel Mahon, un refuerzo que le habilitara a usted a avanzar o retirarse con seguridad?

R. — Según mi conocimiento, creo que podría haberlo hecho; puesto que su reserva, con la fuerza del cuerpo del coronel Mahon era de más de 1.600, compuesta principalmente de carabineros, dragones ligeros, y los cuerpos de cazadores y de rifleros.

El teniente coronel *Pack*, del regimiento número 71, habló de la consulta que tuvo con el general en jefe relativamente al ataque, durante la cual parece haber manifestado su desaprobación, tal cual se pensó llevar a cabo; pues, por el conocimiento práctico que él tenía de la playa y de sus apaches, ninguna fuerza habría podido avanzar de día, sin que toda ella, hasta sus movimientos, dejase de verse desde las torres de la plaza. Por consiguiente, fué de opinión que, en caso de dar el ataque, se hiciese antes de amanecer. El, así como otros testigos, hablaron sobre el estado exasperado de los naturales contra los ingleses, acerca de los rumores que habían circulado, alegándose actos crueles cometidos por ellos, no existiendo ningún fundamento que lo justifique, según cuanto hizo por averiguarlo.

VIGESIMOCUARTO DIA.

LUNES, 29 DE FEBRERO DE 1808.

El contraalmirante *Murray* fué llamado a comparecer, y se le interrogó sobre si había sido o no solicitado por el general en jefe a cooperar con su fuerza naval en el asalto de la plaza, y si lo fué, qué fuerza pudo presentar y cuál hubiera sido el efecto probable de su reducción.

El almirante, en un tono muy bajo, entró a detallar la fuerza que tenía, los bajios, sondas, vueltas y distancias que indicó a completa satisfacción de los miembros del Tribunal, a quienes fueron manifestados los planos, pero que no estaba al alcance de la mayor parte del auditorio.

VIGESIMOQUINTO DIA.

MARTES, 1.º DE MARZO DE 1808.

El contraalmirante *Murray* declaró que no fué absolutamente solicitado por el general en jefe para prestar otro auxilio, sino era el de suplir a las tropas de tierra con víveres de abordo de sus buques. No dudaba el buen efecto que habría producido un cañoneo o bombardeo sobre la plaza en sostén del ataque; pero no podría decir si un acto semejante sería político o conveniente, si se tiene en cuenta la seguridad de los prisioneros ingleses.

El capitán *Frazer*, que mandaba la artillería agregada a la expedición acompañó al general *Whitelocke*, en virtud de orden, y permaneció todo el día con estas únicas excepciones, a saber, como a las dos, el general me mandó desde la quinta de *White*, para ver si la bandera española flameaba aun en el fuerte. Regresé como a la media hora

con la contestación de que aun existía. Poco después de las tres, volví a ausentarme otra media hora con el mismo objeto y sin mejor resultado. A eso de mediodía, su excelencia estuvo ausente como una hora, pero ignoro dónde. Lo demás del día lo ocupó parte a caballo, parte a pie y un corto rato en escribir. No sé que haya dado durante el día ninguna otra orden que a mí una, para que mandase algunos artilleros con el objeto de auxiliar la brigada de Sir Samuel Auchmuty; a la que di cumplimiento, despachando 16 hombres con un sargento, y otra orden para los carabineros que se hallaban de avanzada del cuartel general, para que se retirasen sobre la retaguardia de la casa de White, lo que hicieron en efecto.

VIGESIMOSEXTO DIA.

JUEVES, 3 DE MARZO DE 1808.

Sigue el interrogatorio del capitán *Frazer*.

P. — ¿Sufrió algún ataque el cuerpo principal de la reserva bajo el mando inmediato del general en jefe el día 5?

R. — No, que yo sepa.

El capitán *Squires*, de los ingenieros, compareció entonces, y, contestando a muchas preguntas muy insinuadas sobre la aplicación que pudo haberse hecho de la artillería y obuses, coincidió en opinión con la del capitán *Frazer*, de que podían haber producido muy buen efecto, si hubieran tenido orden para hacer uso de ellos.

El coronel *Mahon* era el jefe de un numeroso escuadrón, que tuvo orden del general para avanzar dentro de la ciudad, cerca del puente de la Reducción, debiendo dominar esa posición, y no avanzar si el enemigo tenía bastante fuerza para rechazarlos. Dicho coronel, en su declaración, expuso que tomó la posición que se le había ordenado; pero viendo que el punto de la Reducción no estaba defendido, se apoderó de él.

VIGESIMOSEPTIMO DIA.

VIERNES, 4 DE MARZO DE 1808.

Continúa el capitán *Foster*.

P. — ¿Sabe usted con algún fundamento si se pudo haber abierto una comunicación por una de las márgenes, derecha o izquierda, el día 5, llevando una escolta respetable?

R. — Cuando yo pasé mi segundo informe, supe que el mayor Cossley lo había tentado sin haberlo podido conseguir.

Repreguntado por el general Whitelocke.

P. — Después de la frustrada tentativa del número 9 de dragones ligeros y carabineros, ¿cree usted que cualquiera fuerza que yo tuviera en reserva, con referencia al caso de la artillería y de los prisioneros, podría haberse abierto paso por el centro de la plaza para reunirse con el general Craufurd?

R. — No era necesario penetrar por el centro de la plaza, la posición del general Craufurd estaba un poco a la derecha; los números 6 y 9 de dragones ligeros podían haber hecho mucho en la situación en que se hallaban, si bien antes habían sido rechazados. No me parece que habrían podido penetrar la plaza hasta la posición del general Craufurd, sino venciendo grandes dificultades.

P. — ¿Le parece a usted que el teniente general Whitelocke tuvo en sus manos los medios de abrir comunicación con el brigadier general Craufurd en el curso del día 5? La respuesta que usted ha de dar no debe referirse a la tentativa de penetrar o no la plaza, sino de algún otro modo.

R. — Ignoro si el general Whitelocke conocía la posición del general Craufurd. Sin toda la fuerza del general Whitelocke, habría sido difícil, y si bien creo que con toda la fuerza habría podido penetrar hasta dicha posición, no

debía haberle dejado de costar trabajo y gran pérdida. Esto no es más que una opinión mía.

El capitán *Whittingham* comparece al interrogatorio.

P. — ¿Tuvo usted alguna conversación con el teniente general *Whitelocke*, cuando usted volvió, acerca de su ida a la Plaza de Toros esa noche?

R. — Le comuniqué que así lo deseaba Sir Samuel Auchmuty, pero no tuve con él otra conversación a ese respecto.

P. — ¿Manifestó usted al general *Whitelocke* su opinión acerca de la posibilidad o seguridad de practicarlo?

R. — No, porque como volví solo con los dragones, me pareció que ya no se trataría de eso.

P. — Por las observaciones que usted hizo, ¿cree usted que pudo haberse abierto comunicación con la Residencia desde el cuartel general el día 5?

R. — Creo que sí.

P. — ¿Hizo el general *Whitelocke*, personalmente o de otro modo, alguna tentativa para cooperar con las diferentes columnas de su ejército que estaban empeñadas en el ataque?

R. — Yo estaba en la inteligencia de que el mayor *Cosseley* había sido mandado a la derecha.

P. — ¿Es esa la única tentativa de que usted tiene conocimiento?

R. — Sí.

El teniente coronel *Bourke* sigue el interrogatorio.

P. — ¿Estuvo usted con el teniente general *Whitelocke* durante el 5 de Julio?

R. — Sí.

P. — ¿Quiere usted referir al Tribunal algunas circunstancias militares en conexión con los cargos, que hayan ocurrido desde la mañana de dicho día, hasta la conclusión de la capitulación?

R. — Poco después de los cañonazos de señal, en la mañana del 5, informé al general en jefe que ya habían marchado todas las diferentes columnas, y que los cara-

bineros y el número 9 de dragones ligeros, se hallaban estacionados en las dos calles que se les había designado en la orden general. Como a las dos y media, me hallaba presente cuando el general en jefe mandó a la izquierda al capitán Whittigham. No recuerdo que haya ocurrido en aquel día ninguna otra circunstancia que yo pueda dar en contestación a la pregunta. El mismo día a las diez, el general se movió hacia la Plaza de Toros, con una pequeña escolta de dragones desmontados, y según creo, con dos piezas de a seis y alguna caballería montada. No ocurrió nada de particular en esta marcha.

P. — ¿Tiene usted conocimiento de que el general Whitelocke hubiese hecho algunos esfuerzos personalmente, durante el 5, para cooperar y apoyar las diferentes columnas de su ejército, que por su orden habían entrado en la plaza dicho día?

R. — No tengo conocimiento de que el general haya hecho esfuerzo alguno personal.

P. — ¿Sabe usted por qué el general Whitelocke no empleó más esfuerzos personales que los descriptos por usted en la última pregunta?

R. — No sé.

P. — Si se hubieran adoptado medidas convenientes para unir el cuerpo del coronel Mahon con los del cuartel general, ¿no habría estado el general Whitelocke en aptitud de abrirse paso con esos cuerpos hasta la Residencia en la mañana del 6? Y ese esfuerzo por parte de él, ¿no habría sido el mejor medio de prestar auxilio a las columnas de ataque, recuperado así las ventajas de la jornada?

R. — Creo que si se hubieran tomado medidas convenientes no habría habido ninguna gran dificultad en unir el cuerpo del coronel Mahon con el que estaba cerca del cuartel general, el día 4 o en la madrugada del día 5. Creo que lo que era en la mañana del 6, ninguna dificultad habría habido, el haberse puesto en comunicación con la Residencia con una fuerza más pequeña aun.

Interrogado por el Tribunal.

P. — Se halló usted cerca del general Whitelocke el día 5 de Julio, y estaba usted enterado de la orden de atacar a Buenos Aires ese día?

R. — Todo ese día estuve cerca del general Whitelocke y estaba enterado de la orden.

P. — ¿Disponía la orden que las columnas penetrasen hacia el río y hacia al Fuerte, ocupando allí los edificios más próximos, hasta nueva orden?

R. — La orden no expresaba que debía esperarse una segunda, pero debía haberse comprendido de ese modo.

P. — ¿Se apercibió usted pronto de que estaba interceptada por partidas enemigas la comunicación entre el general Whitelocke y esos cuerpos?

R. — Sí, en menos de media hora, después de haberse marchado las tropas.

P. — ¿Le pareció a usted que importaba al general Whitelocke haberse puesto a cualquiera hora de aquel día, a la cabeza del estado mayor y de sus demás tropas, incorporándose al ejército a cualquier riesgo?

R. — Hasta las ocho de la mañana, en que creí necesaria su comunicación con ellos, aumentándose la necesidad a medida que el día avanzaba; y pudiéndose conseguir, no había otro medio que poniéndose el general a la cabeza de sus tropas, lo cual, en mi opinión, debió haberse tentado.

P. — ¿Sabe usted si esa necesidad llegó jamás a oídas del general, o si le fué indicada?

R. — Ignoro si ha llegado a oídas de él o no, pero lo que es indicársele no, en mi presencia.

(Se levantó la sesión).



VIGESIMOCTAVO DIA.

SÁBADO, 5 DE MARZO DE 1808.

Reunido el Tribunal, en virtud de citación, el delegado leyó una carta del Fiscal militar, en que decía que una repentina y fuerte indisposición le ponía en el caso de guardar cama, y lamentaba tener que pedir a dicho Tribunal la postergación de los procedimientos de aquel día. Se accedió a esto.

VIGESIMONOVENO DIA.

LUNES, 7 DE MARZO DE 1808.

Habiendo comparecido de nuevo el teniente coronel *Bourke*, se procedió a su interrogatorio.

El fiscal. — He oído decir al coronel Bourke que desea corregir parte de su declaración del día anterior.

El coronel Bourke. — Deseo agregar ahora que, en mi opinión, se pudo haber abierto comunicación a cualquiera hora del día 5, con las tropas; y además, que por medio de las fuerzas unidas del coronel Mahon y la reserva de los Corrales, se pudo haber efectuado una comunicación con las tropas británicas de la plaza, y que con la cooperación de esa fuerza se habría obtenido el mejor medio de triunfar.

El teniente coronel *Bradford* sigue el interrogatorio.

P. — ¿Estuvo usted con el general Whitelocke durante el día 5 de Julio?

R. — Sí.

P. — ¿Sabe usted si el general Whitelocke practicó algunos esfuerzos personales, el 5, o si hizo alguna otra tentativa para auxiliar o cooperar con las diferentes columnas en dicho día?

R. — No.

P. — ¿Sabe usted por qué es que, el general Whitelocke no hizo ningún esfuerzo personal ni ninguna otra tentativa que lo que usted ha declarado ya?

R. — No tengo conocimiento de motivo alguno a no ser que sea su confianza en las tropas de avanzada en poder establecerse.

P. — Si se hubieran adoptado medidas adecuadas para unir el cuerpo a las órdenes del coronel Mahon al del cuartel general, ¿no habría estado el general Whitelocke en aptitud de abrirse paso por la fuerza incorporándose con algunas de las tropas británicas, o no habría estado en aptitud de abrirse paso con estos cuerpos hasta la Residencia en la mañana del 6? ¿y esos esfuerzos de su parte no habrían sido el mejor medio de prestar auxilio a las columnas de ataque y reconquistar las ventajas de la jornada?

R. — Sí.

P. — ¿Cuándo notó usted, después de haber marchado las diferentes columnas a la ciudad, que toda comunicación quedaba interceptada entre aquellas y el general en jefe?

R. — Ignoro que haya estado interceptado. Había partidas enemigas en todas las casas, pero no sé que se haya cortado toda comunicación. Creo que era posible comunicarse por la Residencia, y desde allí con las demás tropas en la plaza y las que se hallaban en Santo Domingo.

P. — ¿Le pareció a usted que era importante a cualquiera hora del día que el general, a cualquier riesgo, debía incorporarse a su ejército, para poder conocer el efecto de los ataques que se habían dado, y haber concurrido así en sus esfuerzos ulteriores?

R. — Creo que hasta las once o doce debía esperarse para recibir informes, y que después habría sido oportuno el hacerlo.

El capitán *Browne*, edecán del general Whitelocke, fué mandado comparecer en seguida.

El fiscal. — Con respecto al cuarto cargo, el Tribunal debe haber considerado indispensable la declaración de un testigo; me refiero a la del teniente coronel Browne, que mandaba en Montevideo cuando se formó la capitulación. Pero sabiendo que el general Whitelocke que está pronto a admitir cualquier hecho que el coronel Browne fuese invitado a probar, y teniendo este oficial algunos asuntos importantes que le obligaban a ausentarse de la ciudad, he juzgado conveniente dispensarle de asistir. El hecho que quise haber probado era que Montevideo estaba suficientemente bien guarnecida y provista contra el ataque, y no se hallaba en estado de sitio ni de bloqueo cuando se firmó esa capitulación.

En seguida se mandó introducir y leer la siguiente minuta:

Queda admitido por el teniente general Whitelocke que cuando la capitulación, el fuerte de Montevideo estaba suficientemente guarnecida y provista contra el ataque y que no se hallaba en aquel momento en estado de bloqueo ni de sitio.

El fiscal. — «Debo ahora informar al Tribunal que aquí concluyo mi interrogatorio».

Después de una breve pausa, el Presidente se dirigió al Tribunal del modo siguiente:

«Como el general Whitelocke no podrá preparar su defensa hasta el lunes próximo, el Tribunal no se reunirá hasta dicho día, a las diez en punto».

LA DEFENSA

TRIGESIMO DIA.

LUNES, 14 DE MARZO DE 1808.

Reunido el Tribunal, el general Whitelocke empezó su defensa como sigue:

Sir Guillermo Meadows y oficiales generales del Tribunal:

La satisfacción que siento en ver que al fin se me permite pedir la atención e indulgencia del Tribunal, es en proporción a la vehemente impaciencia con que he solicitado esta oportunidad de explicar mi conducta en Sud América.

El general siguió manifestando su mortificación al ver que las calumnias, las más injuriosas a su conducta, habían sido objeto de discusión oficial, y que se habían adoptado procedimientos que las convirtiesen en materias de acusación.

Observó luego que había aguardado su juicio con paciencia, seguro de encontrar en él justicia y tener un apoyo y consejero en el acusador; en vez de eso, su juicio había comenzado con comentarios de una naturaleza extraordinaria, que no podría justificar ni la más fuerte evidencia.

El general detalló en seguida lo ocurrido en la América del Sur, antes de su llegada allí, particularmente la correspondencia entre Sir Samuel Auchmuty y el Cabildo de Buenos Aires, después de la toma de Montevideo; y refiriéndose a falsos informes recibidos en Inglaterra, observó que éstos, proviniendo de varios motivos interesados, habían sido comunicados al gobierno de este país, que su posición le proporcionó vasto campo para conocer; y para probar la verdad de lo que afirmaba se fundaba en

sus instrucciones, que estaban basadas en esos informes errados.

Después de algunas observaciones generales, prosigue: — A mi llegada, esperaba encontrar una gran porción de los habitantes preparados a secundar nuestras miras; pero resultó ser un país completamente hostil, en el cual, ni por conciliación, ni por interés, no nos era posible dar con un amigo que nos ayudase, aconsejase ni proporcionase los datos más insignificantes.

Después de reflexionar mucho, me determiné al fin atacar a Buenos Aires, antes de la estación lluviosa del invierno; porque sabía que a la llegada del general Craufurd, ya tendría reunida la fuerza con que yo podría contar y todos los transportes que podría esperar para su conducción. Antes de salir de Montevideo, debo hacer referencia a las circunstancias que se han producido con relación al equipo de la caballería. A este respecto, debo llamar la atención del Tribunal sobre la orden dada para la reducción del equipaje, con fecha 3 y 11 de Junio. Cuando el Tribunal considere nuestros limitados medios de conducción para los caballos en atravesar el río y la insuficiencia de los que pudimos transportar, no podrá considerarse la reducción del equipaje asunto de poca importancia.

El otro punto, y el más importante en verdad, por tener conexión con los debates preparatorios, es el que se refiere al manejo de la proveeduría, sobre que el Comisario general parece haberse considerado como poco consultado por mí, habiéndose probado que mi primera intención fué tomar una posición hacia el Oeste de la plaza, es decir, sobre las alturas de la Recoleta, con mi izquierda al Plata, y de este modo comunicarme con la escuadra para el desembarco de provisiones y víveres, y si se hubiera probado que las noticias que teníamos del punto de desembarco y bañado, así como del camino para Buenos Aires eran exactas, es probable que las provisiones puestas en tierra habrían bastado hasta llegar a dicho

punto. En conformidad con esta idea, la escuadra tenía que buscarnos en Quilmes, y si habíamos pasado, ir hacia el oeste de la ciudad. En consecuencia, el almirante Murray mandó un oficial a tierra para que se me incorporara en Quilmes el día 1.º, el cual llevó una orden, para proveer de víveres para el día 2. Noté que el bañado presentaba un obstáculo tan serio que parecía asunto de mucho trabajo, dificultad y tiempo el reunir el ejército con artillería en las alturas de la Ensenada de Barragán. La tropa también perdió mucha galleta, que se inutilizó al atravesar el bañado, por su profundidad, y me ví obligado a mandar echar a tierra inmediatamente víveres para tres días, además de los que la tropa traía ya preparados, que yo había mandado tener listos para un caso de necesidad. Ya se ha visto que, apesar de los esfuerzos, cinco de los cañones habían quedado en el bañado; que los carros livianos de la Comisaría, con la bebida no se pudo hacerlos atravesar, que al tentarlos, todos los cascotes menos uno, se hicieron pedazos y que se perdieron casi todos los víveres y muchos de los caballos.

Apesar de todos los esfuerzos que se pudo hacer, la artillería que siguió con el cuerpo principal no llegó a las alturas hasta el 29, y todo el ejército y resto de la artillería (que no se dejó en el bañado) sólo llegó el 30.

Me referiré ahora a la marcha, y para explicarla debo volver a recordar al Tribunal, la naturaleza del país y los obstáculos que se presentaron. Hay estancias o chacras de trecho en trecho, desde la Ensenada de Barragán hasta Buenos Aires, por las alturas del bañado; pero estas chacras no se extienden en el campo hacia el oeste, como para habernos puesto en aptitud de marchar en más de una columna sin perder las ventajas, que dejo detalladas, de víveres y combustibles.

Es claro que ninguna dificultad podría haber en llegar a la Reducción desde la Ensenada en dos días, que es uno de los puntos que se ha querido saber, puesto que tanto el grueso del ejército bajo mis órdenes, como la división

bajo las del coronel Mahon, marcharon en efecto desde dicha Ensenada hasta la Reducción en dos días; mi división llegó el 30 y el 1.º y la del coronel Mahon el 1.º y el 2.

El Tribunal recordará que ya se ha visto que mi intención había sido hacer parar el cuerpo principal en la Reducción, hasta la llegada de la brigada del coronel Mahon. Como se habrá visto por los partes del general Gower, la vanguardia tenía que avanzar para reconocer el río el día 1.º; y si fuera posible, haber ocupado el puente, hasta donde hubiese sido practicable; pero se veía que cuando llegó el general Gower al otro lado de la Reducción, cuyo pueblo dejó para que lo que ocupara el grueso del ejército, notó que el río estaba más lejos de lo que se nos había dicho, que era a cinco millas de dicho último punto, y por esa razón mandó hacer alto allí. Temeroso de las consecuencias de detenernos en la Reducción, un solo día, aunque fuese por motivos importantes, determiné moverme a la izquierda y dar vuelta la cabecera del río o vadearlo más arriba del puente.

A la madrugada, mandé al teniente coronel Bourke llevarse al coronel Gower la orden que éste ha detallado de memoria.

Se leyó la contestación de dicho general, en que participaba que marcharía a las nueve, por la izquierda, con la intención de ocupar el terreno alto del lado del Riachuelo; y que lo hacía así, porque no podía encontrar paso más abajo de la cabecera del río.

Se ha probado que el general Gower, a cierta distancia, dió vuelta a la derecha, y creo que al leer la mencionada carta, con el mapa a la vista; así pues al oír la declaración del coronel Bourke, a este respecto, será imposible atribuirme la separación de la división del ejército. Se ha preguntado si se habían dado algunos pasos para reconocer el río más arriba del puente, o el Paso Chico.

Es cierto que yo no di ninguna orden para que se me pasase parte en ese día, ni tomé ninguna medida para re-

conocer el río, porque no lo consideré necesario; creo que es deber de un jefe de vanguardia el pasar parte en circunstancias semejantes, y en consecuencia recibí, como ya he dicho, los correspondientes partes del general Gower, aunque nos hallábamos, uno de otro, a una distancia bien considerable. Eran ya las tres; algunos de los testigos dicen que las tres y media; hora que en esa estación del año se acerca al crepúsculo.

Nos hallábamos aun a más de seis millas del río, y la naturaleza del terreno que no nos presentaba ningún vestigio de las fuerzas del general Gower, manifestaba claramente que era infructuosa toda tentativa para averiguar su posición en un país, en el que no podía uno moverse ni mandar a nadie después de obscurecer.

Al incorporarme al general Gower, el día 3, no le encontré en la posición que se le había mandado seguir, es decir, los suburbios hacia el Oeste, como para estar en comunicación con los buques, que fué siempre mi objeto, sino hacia el costado opuesto del Río de la Plata.

Viéndole allí y en posesión del terreno, desde el día antes, era natural le preguntase yo si había formado la idea de atacar la plaza, presentándoseme un plan definitivo. Tres eran los modos que se presentaban para atacar la ciudad: cortándole los víveres, por bombardeo, por batería y asalto. El primero, a pesar de las opiniones emitidas, no pareció entonces practicable. El otra era, por cierto, el más natural y claro, pero daba margen a muchas objeciones; el desembarco de cañones pesados y provisiones, y levantar baterías, la dificultad del tiempo que había pintado el almirante Murray, la interrupción de comunicación con la escuadra de vez en cuando, y lo expuesto que estaría siempre la tropa en esa estación del año, a lo que se agregaba la naturaleza de la ciudad, y la construcción de los edificios, alejaban los más poderosos y rápidos efectos de semejante modo de ataque.

En cuanto al último, el de asalto, no parecía entonces, ni he oído decir, ni dar en las declaraciones ninguna

objeción (sino la de la posibilidad de que sería infructuoso, porque en sus efectos, saliendo bien, no parece difícil probar que era muy preferible al segundo.

La toma de la plaza, en este caso, habría sido la consecuencia de la derrota y matanza sólo de los soldados empeñados en la contienda; mientras que en el otro, lo habría sido de los prolongados sufrimientos y destrucción de propiedades y vidas de los habitantes.

Llegó ya el modo de atacar. El objeto era atravesar la ciudad con la posible rapidez como para ponerse en contacto con los soldados españoles, prescindiendo completamente de los habitantes.

El plan abrazaba sus puntos centrales de defensa, no debiendo las columnas perseverar a pesar de cualquier obstáculo en su línea particular de ataque, sino divergirse a los flancos, como para ocupar dos líneas de posición en el mismo sentido, acercándose tanto a las principales defensas del enemigo, cuanto pudiesen las tropas acomodarse.

Estas debían entrar con las armas sin cargar, siguiendo con la posible rapidez, y no hacer fuego bajo ningún pretexto; y esto fué presentado sutilmente en uno de los cargos como una falta. La razón que tuve para dar esta orden fué la de que nada se aventajaba con hacer fuego sobre la gente de las azoteas, que estaba parapetada y completamente oculta, excepto en el momento de hacer fuego, siendo, pues, el principal objeto seguir adelante tan rápidamente como fuese posible, hasta que las columnas se hallasen al frente de las del enemigo, para no correr el riesgo de que la tropa se entretuviese en hacer fuego, cosa difícil de evitar, y para que las columnas no ocasionasen ningún daño al cruzar antes de aclarar lo bastante para distinguirse entre sí.

El otro punto que quiero aclarar es el que se refiere a la orden dada, con respecto a la situación que yo debía ocupar, para recibir los partes. Con relación a esto puedo afirmar con verdad que, habiendo adoptado un plan ajeno,

no debía yo, después de haberlo aprobado con una pequeñísima alteración, a que no pretendo aludir, considerar propio ni conveniente el privar a su autor de tomar la principal parte en lo que había sido sugerido por él, y que presentándolo con tales detalles, lo tenía, por cierto, bien considerado. Así, pues, el Tribunal sabe ya que en la reunión de oficiales, manifesté en pocas palabras mi motivo para adoptar el plan de ataque, mandándolos al general Gower para que se lo explicase, y que en consecuencia los referidos oficiales rodearon la mesa en que tenía el mapa. Hasta mucho tiempo después de mi llegada a Inglaterra estuve siempre en la creencia de que la razón que tenía el general Gower para aconsejarme el permanecer en el centro, en vez de tomar la izquierda con Sir Samuel Auchmuty, dándole a él la derecha, según mi primera intención, fué para que no pudiese recibir los partes de los generales, cosa que siempre creí habérseles explicado con el mapa el día 4; sobre esto parece que hubo fatalmente mala inteligencia. Me queda que notar otro punto, hasta la noche del 4, y es el de no haberse conocido la plaza, sobre la cual, sólo podré declarar con ingenuidad y verdad que la naturaleza del ataque no me pareció necesario practicarlo, porque no encontraba yo ningún punto a que hubiese podido yo ir con alguna fuerza, para reconocer ninguna parte de la línea de ataque, ni he podido ver más que lo que se podía ver de un ejército estacionado a lo largo del Nuevo Camino cerca de Londres, ocupando las calles que corren paralelo con el río Támesis.

El día 5 por la mañana seguí hacia el centro al terreno ocupado por la artillería, habiendo empezado el ataque, según sabe ya el Tribunal, como al amanecer. Aguardé naturalmente algún tiempo con la esperanza de recibir partes; antes de las nueve despaché a los carabineros y parte del número 9 de dragones ligeros desmontados, unos 500 hombres, para que siguiesen con dos cañones desde su avanzada posición en la plaza, por las calles del centro, contando producir con este movimiento una diversión en

favor de las columnas de ataque, y facilitarles una comunicación desde uno u otro de los centros atacados. Antes que regresaran ya había yo despachado al capitán Forester, uno de mis ayudantes, para que tratase de traerme noticias; volví a despachar repetidas veces a la plaza al mismo capitán, oficial de mucho tiempo de servicio y experiencia, con orden de que tratase de averiguar la situación de los ataques, abriendo comunicación con uno de los flancos, esperando entretanto con ansia y por momentos, alguna noticia de alguna de esas columnas, sin abrigar jamás, por cierto, el menor temor de lo que efectivamente había ocurrido en dos puntos del ataque, ni el peligro que amenazaba a otra.

La orden claramente disponía que cada división debía seguir, *si fuera posible* (cuyo término fué explicado en la contestación dada a la pregunta del general Lumley), por la calle rectamente, hasta llegar a la última cuadra de las casas, cerca del Río de la Plata, de las cuales debían apoderarse, debiendo formar en sus azoteas. El Tribunal recomendará que las cuadras son de 140 varas, siendo, pues, claro, que si se hubieran ocupado los edificios y casas, en conformidad a la orden, las diferentes divisiones se habrían hallado no sólo próximas a comunicarse y auxiliarse, sino también en contacto entre sí; pues, claro, que debían buscarse para cooperar y prestarse mutuo auxilio.

Pido la atención del Tribunal sobre la distribución de la fuerza de mi mando y sobre el poder comparativo y posición relativa de las diferentes divisiones, tanto de ataque como del centro y reserva.

El tribunal habrá ya visto, por la declaración del teniente coronel Duff y del mayor Vandeleur, que con las respectivas a las del número 88 vueltas a la derecha, en vez de hacerlo a la izquierda, como verán igualmente por la declaración de los tenientes coroneles Pack y Cadogan y del brigadier general Craufurd, que cada una de sus divisiones dieron vuelta a la izquierda en vez de hacerlo a la derecha, y sólo después de haberse así desviado fué que

encontraron aquella formidable oposición e han sostenido serias pérdidas, debido a dicho desvío de la intención y espíritu de la orden. Los cuerpos del teniente coronel Duff y mayor Vandeleur, como también el del coronel Cadogan perdieron el apoyo de las columnas a su flanco y se enredaron en los obstáculos que querían evitar, viéndose en consecuencia obligados a rendirse. En vez de seguir, a este respecto, el espíritu de la orden al pie de la letra, menos aun la explicación dada por el general Gower, el brigadier general Craufurd se lanza en un puesto próximo a las defensas del enemigo, aguardando auxilio como él dice. ¿En qué parte de la orden se ha visto que debía darse tal auxilio? ¿De dónde pudo presumirse que en ella se prometía tal cosa, ni que debía esperarse ni darse? De todos modos, el general Craufurd ha declarado haber sabido dónde yo me hallaba, y con un desvío tan extraordinario del plan de ataque, ocupando un puesto que no era sostenible, e imposibilitando una retirada, ¿no debió haberme comunicado su situación inmediatamente, pidiendo auxilio o nueva orden?

El Tribunal ha oído decir que se pasó un parte al centro como a la una, participando que la bandera del Fuerte estaba arriada, que el coronel Torrens fué despachado para averiguar el hecho, y que durante su ausencia pasé a caballo a casa del señor White (ausencia a que hace referencia el general Gower), en la plena convicción, como yo lo podría probar si fuera necesario, de que la plaza estaba rendida. Me permito llamar la atención del Tribunal sobre las disposiciones del general Craufurd y coronel Pack, a ese respecto, quienes declaran que, cuando vieron venir una bandera de parlamento a donde ellos se hallaban, quedaron en el momento satisfechos de que era una bandera de rendición de la plaza, que venía con el objeto de manifestar la impresión general que había hecho el triunfo del ataque; ¿no podré yo, a mayor distancia, sin sospechar lo más mínimo el desastre y sin conocer la desesperada naturaleza de la resistencia, permitirme franca-

mente haber abrigado la misma impresión? y, ¿no se podría decir que con un ejército como el nuestro, de cuyos esfuerzos todo se podría haber esperado, sin contemplar la posibilidad de una defensa semejante, que yo obraba bajo una ciega e infatuada confianza?

No vacilo en confesar, y después de lo declarado, creo que el Tribunal comprenderá que el curso natural de seguirse habría sido que, si con la impaciencia de verme sin noticias o en la imposibilidad de abrir comunicación alguna, hubiese yo abandonado el centro antes de obtener los partes, o que si hubiese ocurrido que yo, u otros tuviéramos que hacer un gran esfuerzo, reuniendo toda la fuerza que teníamos, y poniéndome a la cabeza de ella, trataría de recuperar las ventajas del día, habría yo inevitablemente seguido la dirección contraria, yendo a la izquierda en vez de ir a la derecha, plenamente convencido de que aseguraba las dos banderas y sabía que el número de cuadras de casas a ese lado era menor que al otro lado de la ciudad; que el ataque habría sido feliz por la derecha y que habíamos ocupado la línea del flanco izquierdo del enemigo, pero que habíamos salido mal por los otros. Sé que algún punto exigía apoyo; para haber apreciado el peligro de la brigada del brigadier general Craufurd, debía yo haber previsto que él y los que le acompañaban se resviarían del plan de ataque, que ocuparía un puesto insostenible y del que no podría retirarse.

Para concluir el cargo, puedo haber errado en adoptar un plan que ha dado malos resultados. Por confiar demasiado en él, puedo haber dejado de tomar toda la precaución necesaria, y que habría tomado si yo hubiera podido prever la resistencia que se nos oponía.

Con respecto al cuarto y último cargo tengo que abusar ahora de la atención del Tribunal.

Habría quedado satisfecho, si la declaración del almirante Murray, del general Gower, Sir Samuel Auchmuty y de otros oficiales, sobre ese punto, me hubiesen eximido, en la opinión del Tribunal, de haber obrado, en esta me-

dida, contra la política como contra la necesidad de su ejecución. Si la fuerza que al principio teníamos hubiera sido desgraciada en el ataque, era ciertamente dudoso que el resto del ejército que le acompañaba y que aun no había sido vencido, hubiese triunfado repitiendo el ataque del mismo modo. Con todas estas consideraciones, me tendría por satisfecho con que la renovación del ataque fuera impolítico y no hubiese producido ningún objeto benéfico; por el contrario, yo obraba por un motivo mucho más poderoso del que he manifestado. Se me había informado que el estado exasperado de los habitantes, por crueldades que se decía haber sido ejercidas en la ciudad por la soldadesca inglesa, los habría inducido a sacrificar a los prisioneros que estaban en su poder. Yo consideraba la seguridad de esas valientes tropas como objeto de alta importancia; y si yo hubiera desatendido su situación, abandonándolas a su suerte, con la repetición de un ataque que probablemente nos habría sido adverso, yo debería ser lanzado de la sociedad como uno de los hombres más sin principios ni reglas. La otra consideración fué el ceder nuestras ventajas adquiridas ya en la América del Sur, como único medio de recuperar aquellas tropas. Sobre este punto se presentaban muchas consideraciones importantes. Para tratar de conservar a Montevideo teníamos que echar a fuera catorce mil habitantes, medida absolutamente imposible de llevar a cabo, y contraria al espíritu de mis instrucciones. El Tribunal notará que las instrucciones que recibí eran evitar todo lo posible el oprimir a los habitantes, lo cual nos expondría a las consecuencias de su odio. Creo necesario decir también, como fundamento persuasivo de esta medida, que ningún objeto útil se habría conseguido en sostener ningún puesto militar en aquel país, en las circunstancias en que se hallaba, y la experiencia había demostrado ser falaces las esperanzas de los que calculaban en especulaciones mercantiles.

El general sostuvo en seguida que, como la fortaleza no había sido encomendada a su cargo personal, no podía

responsabilizarse por el acto de otro, concluyendo como sigue: — Al fin he llegado a la conclusión de esta larga defensa, pidiendo disculpa por haber abusado demasiado de la atención del Tribunal. El país tiene la vista fija en vuestra discreción y tino y en la decisión de la importante cuestión de saber si he sido justificado en mi conciencia como oficial que carga las armas de Su Majestad. Sólo me resta reclamar la indulgencia del Tribunal, pidiendo su atención sobre los documentos que tendré ocasión de manifestaros en el curso de mi defensa.

Estos documentos no eran más que copias de despachos de Sir Samuel Auchmuty, relativos a la retención de las colonias españolas por una fuerza considerable y alguna correspondencia con las autoridades civiles.

TRIGESIMOPRIMER DIA.

MARTES, 15 DE MARZO DE 1808.

Reunido el Tribunal, en virtud de convocación, el teniente general Whitelocke siguió su defensa.

Después de leer algunas órdenes generales, compareció el teniente coronel *Bourke*.

P. — ¿Se halló usted presente cuando el general Gower interrogó a los vaqueanos, antes de recibir la carta del día 2?

R. — Sí.

P. — ¿Habría tenido lugar alguna separación del cuerpo avanzado del grueso del ejército, si el general Gower hubiese marchado por el camino que le indicaba en la carta?

R. — No creo que podría haber habido separación alguna, si el general Gower hubiese continuado en la misma línea de marcha.

Por el Tribunal.

P. — ¿Sabía usted por la carta del general Gower y

al momento de entregarla usted al general Whitelocke, que aquel no tentaría atravesar el río por el Paso Chico?

R. — Por la conversación que tuvo lugar entre el general Gower y los vaqueanos, supe que no pensaba pasar el Paso Chico, y creyéndolo buenamente comunicué esa circunstancia y casi toda la conversación al general Whitelocke.

El fiscal. — El general Whitelocke manifiesta una carta de Sir Adam Williamson, que, si bien no es de ningún modo de evidencia legal, no encuentro inconveniente en que se lea, si el Tribunal lo tiene a bien.

Leyóse entonces una carta de Sir Adam Williamson al señor Dundas, fechada en «Casa de Gobierno, Jamaica, 2 de Marzo de 1794», refiriéndose a la acertada disposición del general Whitelocke, entonces teniente coronel de sus tropas en el ataque de Puerto Príncipe, avanzando a la cabeza de su gente, capturando dos cañones y lanzando al enemigo de sus posiciones.

Seguían otras dos cartas sobre el mismo asunto.

El general *White* compareció, y después de prestar juramento, fué interrogado:

P. — ¿Cuánto tiempo hace que usted conoce al general Whitelocke?

R. — Hace más de 30 años.

P. — ¿Cuál fué la primera operación militar en que yo me hallé bajo las órdenes de usted?

R. — Contra Puerto Príncipe.

P. — Manifieste usted la opinión que usted tenía formada de mi conducta y carácter como oficial, mientras me hallé bajo sus órdenes.

R. — Estando yo con el mando en Puerto Príncipe, el general Whitelocke desempeñaba las funciones de Intendente general del ejército, sin sueldo ni emolumento, en cuya clase entró con la condición de que encabezaría una de las principales columnas contra dicha fortaleza, lo que cumplió con la mayor bravura.

El general Whitelocke. — Aquí cierro mi defensa, y es-

toy perfectamente satisfecho de que este Tribunal se sobreponga a aquellas preocupaciones que se han hecho circular contra mí; y me someteré con gusto, confiando mi honor y mi conducta en vuestras manos.

El fiscal. — Señor Presidente y Oficiales Generales de este Tribunal: Poco tengo que contestar a la relación sin ejemplo hecha por el general Whitelocke en su defensa; pero no quiero pasar por alto algunas animadversiones con que la abre.

Siguió manifestando al Tribunal que el general Whitelocke en su defensa, se quejaba de que él tratase de inflamar la preocupación del pueblo en su contra mientras que a la inversa, se salió del camino sin necesidad, con el objeto de imprimir al Tribunal la conveniencia de prestar atención a la evidencia, y nada más.

El otro punto de que se quejaba fué el llamar a declarar por narraciones, en que se consentía mucha evidencia ilegal. Sin embargo, el Tribunal sabía cuán necesario era que se le presentase la relación de las ocurrencias para poder formar cabal juicio.

El general Whitelocke se quejaba también de que se habían alterado los cargos originales. Era bien sabido que no se hacen públicos los cargos hasta después de estar firmado por el rey el decreto de la formación del Consejo de guerra; pero cuando mandó copia de los cargos originales al general Whitelocke antes de darse el decreto, manifestó claramente que era probable se hiciese alguna alteración. El general Whitelocke afirmaba que se habían reunido las deposiciones como para convertir la voz pública en materia de cargo serio. Si así hubiese sido, no seguiría ocupando su puesto; pero que explicaría las circunstancias a que aludía este aserto. Cuando se le encomendó este asunto, encontró entre los cargos uno que importaba mala conducta al frente del enemigo, es decir, de cobardía. Pero suprimir este cargo, una vez fundado, habría sido, por otra parte, mal hecho; determinó, pues, si bien con repugnancia, verse con algunos oficiales del

estado mayor del general Whitelocke con el objeto de averiguar los hechos, mas no de reunir declaraciones para establecer el clamor público. El Tribunal tenía ya conocimiento de estas indagaciones que no ofrecían bastante prueba, y a él se refería en cuanto al mérito de esta queja.

En seguida hizo referencia a la primera parte de los cargos, haciendo notar que el general Whitelocke no presentó ni un solo precedente en su justificación.

El despacho particular del general Whitelocke expresaba sus motivos para abandonar el bombardeo de la plaza y para arriesgar el desgraciado plan que era el fundamento del segundo cargo contra él. Decía que había abandonado el bombardeo, porque irritaría; y por cierto lo que más debía irritar era la requisición de los empleados civiles. Retrasó la marcha desde la Reducción hasta la llegada del ejército a los Corrales, presentando las principales ocurrencias; que la vanguardia derrotó al enemigo el 2; que el grueso del ejército siguió y después de marchar siete millas, hizo alto; que se oyó un cañoneo, no habiéndose tomado ninguna medida para averiguar su procedencia ni la causa; que el coronel Mahon, con la retaguardia, llegó a la Reducción, y abrió comunicación con la escuadra, no volviendo a recibir orden alguna hasta el 6; que según el positivo testimonio de los generales Gower y Craufurd, si hubieran avanzado sobre la ciudad el 2, habría podido ser tomada, entrando hacia el oeste, por donde no se esperaba; que no se confrontaron los gufas; que no se dió la orden necesaria para la marcha, y que no se mantuvo comunicación con la vanguardia desde que ésta se movió a pesar de no haber marchado el grueso del ejército más que siete millas.

Parece que el general arregló el plan de ataque, sin haber hecho ningún reconocimiento de la plaza; no hizo saber en orden ni de otro modo, el puesto en que él debía hallarse; no había fijado ningún punto de reunión para un caso de retirada; que las cañoneras pudieron haber cooperado en el ataque; que por su orden, el coronel Mahon,

con su brigada, permaneció en el puente, y que, en consecuencia de esta separación, el ejército perdió la cooperación de 1.800 hombres.

En la última parte del tercer cargo aparece que la Plaza de Toros fué tomada a las nueve; que contenía una cantidad de municiones y víveres, y que el general Craufurd y el coronel Pack, con sus fuerzas se vieron obligados a rendirse por falta de nueva orden y auxilio. Hizo referencia a la necesidad de los esfuerzos personales del general en jefe; y a la falta de la necesaria comunicación entre el cuartel general y estas columnas para apoyarlas.

Habló en seguida de la situación de la fortaleza de Montevideo, resistiendo a los argumentos de Sir Samuel Auchmuty que favorecían la entrega de esa plaza, condenando en términos fuertes los motivos que inducían al general Whitelocke a formar la capitulación; como subversiva de todos los principios conocidos hasta este momento en iguales circunstancias. Concluyó del modo siguiente:

Doy al general Whitelocke todo crédito por su amor a la humanidad; pero si se ha de admitir el abandono de esas leyes que hasta ahora han guiado las operaciones de los ejércitos, los principios de esas leyes quedan subvertidos y la seguridad de los futuros prisioneros podrá hallarse en peligro o desaparecer. Si en vez de someterse hubiese hecho entender al general Liniérs que si se tocaba un sólo cabello de los prisioneros, el general español, su ejército y sus habitantes responderían con la vida y él sería tratado, no como general, sino como un caudillo de bandidos; una contestación por este estilo habría asegurado la vida de los prisioneros y evitado la desagradable capitulación. Creo que no hay más que una opinión a este respecto y considero ser un deber mío el protestar contra esta nueva doctrina de las leyes de la humanidad.

Si el Tribunal es de opinión que el general Whitelocke no es culpable en las operaciones de esta ley, deberá entonces considerar que el valiente ejército, tan altamente

digno de mejor suerte, se vió así obligado a comprar su salvación con el deplorable sacrificio de su honor.

El general Whitelocke leyó luego al Tribunal un papel, en que le aseguraba que no tuvo la intención de emitir ningunas reflexiones impropias sobre el fiscal.

La prosecución de la causa y la defensa quedaron finalmente terminadas como a las dos de la tarde.

APENDICE.

N.º 1. — Decreto de S. M. para el enjuiciamiento del general Whitelocke.

N.º 2. — Comisión de S. M. nombrando al preso general en jefe.

N.º 3. — Este y los demás 4 y 5, son simplemente documentos oficiales de poco interés.

N.º 6. — Instrucciones secretas del Secretario de Estado al teniente general Whitelocke, firmadas por Howick, en ausencia del señor Windham.

(Es copia).

El Secretario.

INSTRUCCIONES.

Downing-Street, 5 de Marzo de 1807.

Habiéndose considerado conveniente que un oficial de alto rango, así como de aprobados talento y tino, sea despachado para tomar el mando de las fuerzas de S. M., que actualmente estén empleadas o que probablemente se empleasen en las provincias meridionales de la América del Sur, debo informaros que S. M. ha tenido a bien elegir para ese objeto, debiendo dirigiros en seguida en un buque ya provisto que os conduzca al sur del Río de la Plata, a fin de que allí toméis dicho mando.

Las fuerzas que probablemente encontraréis a vuestra llegada, son las enviadas del Cabo al mando del teniente coronel Backhouse, y las que salieron de este país, bajo las órdenes del brigadier general Sir Samuel Auchmuty, que ascienden en todo a 5.338 plazas. Pero a estas se agregará probablemente, ya sea al tiempo de vuestra llegada o poco después, la fuerza al mando del brigadier general Craufurd, que asciende a 4.212 plazas.

Para que podáis juzgar con mayor certidumbre de la confianza que deberéis tener en la probable misión de esta última fuerza, así como de la del regimiento número 9 de dragones, cuyo destino puede haber variado por el buque enviado de los del almirante Murray, os incluyo una relación de todas las noticias recibidas y todas las órdenes dadas que tienen relación con el asunto; por la cual se verá, que apenas habrá lugar a duda respecto de la llegada del *Fly* antes que el general Craufurd haya salido del Cabo, y que en consecuencia, juntamente con el almirante Murray, habrá dirigido su rumbo al Plata.

Como es posible que esto no haya sucedido, debe proveerse a uno y otro caso, ya sea de la unión de la fuerza total del general Craufurd, o ya de haber seguido su primitivo destino. En el primero de estos casos, como se cree que vuestra fuerza, será más que suficiente para los objetos que podáis tener en vista; destacaréis al primer momento que juzgaseis seguro hacerlo, el 89 y cualquier otro regimiento disponible que consideraseis de bastante plazas, después de vuestras primeras operaciones para que siga bien convoyado al Cabo y de allí a la India.

Con la indicada fuerza pasaréis a desempeñar la comisión que se os confía, sometiendo la provincia de Buenos Aires a la autoridad de S. M.

En el otro caso, mucho menos probable, de que la fuerza del general Craufurd hubiese seguido su curso primitivo, deberá probablemente considerarse al fin conveniente, después de aguardar tanto tiempo como el almirante y vos juzgaréis acertado, destaquéis un buque por

el Cabo de Hornos para que lleve vuestras órdenes al general Craufurd, las cuales podrán disponer o que prosiga en su empresa, como ahora se proyecta, o que renuncie a ella del todo. A ese respecto queda a la completa discreción vuestra y del comandante de la escuadra, sólo que no habéis de extender los límites de su operación más allá del punto a que ahora se trazan, y que en todos los casos en que fuere necesaria la cooperación de cualquiera parte de las fuerzas de S. M., no deberá darse paso alguno, ni comunicarse ninguna orden al general Craufurd sin la concurrencia del jefe de la escuadra, tanto en el Plata como con el general Craufurd.

En todo lo que se hiciere, sea con respecto a las instrucciones al general Craufurd, en caso de seguir este su primitivo destino sin tocar en Buenos Aires, o sea del empleo de la fuerza que encontraréis inmediatamente en dicho paraje, consideraréis como objeto de vuestra empresa, no la molestia u opresión del enemigo, sino la ocupación de los puntos o porciones particulares de territorio que, sometidos a las armas de S. M., no fuesen fácilmente recuperables, y que además no necesitasen para su conservación un cuerpo de tropas más considerable que las que este país manifestase querer tener, no debiendo su número exceder del que ahora se coloca a vuestras órdenes.

Se presume que con una fuerza mucho menor que la que se pudiere reunir eventualmente, en la suposición de que se os incorporase el brigadier general Craufurd, y que, independientemente de la fuerza que ahora lleváis, ascendiera a más de 9.000 plazas, se obtendrá sin dificultad posesión de toda la provincia de Buenos Aires; pero aun habría que considerar el número que bastara, para conservar la contra las tentativas que el enemigo pudiera hacer, para recuperarla y las fuerzas que pudiese reunir con ese fin.

Donde quiera que se estableciese la autoridad de S. M., se tendrá el mayor cuidado y se emplearán los mayores esfuerzos, para conciliar la buena voluntad de los habitan-

tes. absteniéndose de todo lo que pueda chocar con sus opiniones o preocupaciones religiosas; respetando sus personas y propiedades; removiendo las restricciones e imposiciones de que más se quejaren, y haciéndoles sentir en general la benéfica influencia del gobierno de S. M., comparado con el que antes tenían.

Por lo que toca a reglamentos comerciales, tendréis por regla las órdenes dadas por S. M. en consejo (cuyas copias se os incluyen), para reglamentar el comercio de Buenos Aires, y que extenderéis, hasta dondē las circunstancias lo permitan, u otros lugares o territorios que pasaren a posesión de S. M.

En caso que alguno de esos reglamentos afectare de algún modo al gobierno y constitución del país, el principio que se ha de observar deberá ser el abstenerse, en cuanto sea posible, de todo lo que pueda infringir los derechos y privilegios, o aun los usos establecidos, de cualquiera clase de habitantes; y de no introducir en el gobierno ningún otro cambio que el que naturalmente debe provenir de la sustitución de la autoridad de S. M. por la del rey de España.

Será necesario cambiar individuos, y al hacerlo, deberá, en cuanto fuese posible, darse la preferencia a los habitantes naturales sobre los oriundos de la vieja España.

Todos los que sirvieron de principal instrumento en promover o ejecutar la insurrección contra el general Beresford, deberán ser removidos con cautela y enviados a Europa o colocarlos en algún lugar donde sus maquinaciones no puedan ya ser peligrosas.

El caso del general Beresford y de su ejército debe ser en otro sentido, objeto de nuestra atención, y en verdad parece que debe también interesar al honor nacional, por los sentimientos que animan el espíritu de S. M. en lo que toca al bienestar de sus tropas y por la justicia que el país debe a todos los que emplea en su servicio.

No es posible averiguar con claridad, en este momento, hasta qué punto fué violada la capitulación hecha con

estas tropas, ni cuál, en consecuencia, es precisamente la demanda que conviene entablar en su favor; pero cualquiera cosa que se les deba, ora en virtud de compromisos especiales, ora de los usos generales establecidos entre las naciones, con respecto a los prisioneros de guerra, deberá exigirse hasta lo último; ni dejaréis de emplear cualesquier medios que la fuerza de las armas ponga a vuestro alcance, hasta obtener en favor de ellos completa justicia. La comisión que se os confía, por feliz que sea en lo demás, deberá considerarse incompleta, mientras quede alguna duda en cuanto a restaurar aquellas tropas a su propio punto de partida, o de que sean protegidas, entre tanto, contra toda especie de violencia y maltrato.

Aunque S. M. se ha servido ordenar que se despache inmediatamente una fuerza adicional, como para las operaciones que se creyeren necesarias, pero que no pudiéndolas emprender sin ese auxilio, y en el caso posible de que el general Craufurd no se os incorporase, es no obstante el beneplácito de S. M. que toda la fuerza disponible, aun eventualmente, que se reúna bajo vuestras órdenes permanezca, pero sólo hasta tanto fuere necesario para asegurar las posiciones o territorios de que, como resultado final de esas operaciones, hubiereis podido obtener posesión.

No es de suponer que el número necesario para este objeto pueda, en ningún caso, exceder de 8.000 hombres, además de las tropas que podáis levantar en el país; por consiguiente, más que estos, excepto en circunstancias muy especiales, que, es de esperar, explicaréis plena y satisfactoriamente al gobierno de S. M. no os consideraréis autorizado a retener.

Si las circunstancias fueren tales que limitasen vuestras operaciones a la ocupación de Montevideo o Maldonado, o algún otro punto de la costa, que por la facilidad de defenderlo, y por la protección que podáis prestar a los buques mercantes. u otros creyeseis acertado retener, es de presumir que una fuerza mucho menor que la ya

nombrada, es decir, 8.000 hombres, será más que suficiente; y en ese como en cualquier otro caso despacharéis a Inglaterra el exceso que quedare en la primera oportunidad, que fuese cómoda y conveniente.

Si la reducción de Montevideo, según queda ya mencionado, entrare en el plan de vuestras operaciones y obtuviereis feliz éxito, no deberéis consideraros ligados por estas instrucciones o conservar posesión de aquella fortaleza, sino que podréis retirar la guarnición, destruyendo las murallas, si así lo juzgaréis conveniente.

En todo lo relativo a las rentas de cualquiera provincia o distrito de que tomaréis posesión, deberéis adoptar por norma las instrucciones que a ese respecto tiene el brigadier general Craufurd, cuya copia se os incluye.

En el mismo documento encontraréis instrucciones sobre otro punto muy delicado e importante, a saber, el lenguaje que deberéis emplear al contestar cualquier investigación por parte de los habitantes, con respecto a su futura situación de paz.

Como veréis, por el documento que se acaba de mencionar, no podréis darles seguridad que la de que S. M. no entregará, sino de muy mala gana, posesiones a que da mucho valor; y que, en ningún caso consentiría a tal entrega, sin proveer a la seguridad de los que, por la adhesión manifestada a S. M., pudiese temerse de que hayan incurrido en error contra su anterior gobierno.

Se ha supuesto más arriba que podrían aumentarse las fuerzas de S. M. con tropas levantadas en el país; debe, pues, tenerse mucho cuidado en la elección de los individuos o clases idóneas para ese caso; en determinar la condición en que quedarán colocados y el número a que ellas deben ascender; pero, sujetándose a estas precauciones, es de creer que este recurso puede auxiliar mucho para asegurar las posesiones de S. M. en aquellas regiones y para evitar al mismo tiempo la necesidad de una demanda demasiado grande de fuerzas regulares de este país. Apenas se necesita observar que, en esta como en cualquiera

otra ocasión, debe guardarse la mayor economía, tanto en la adopción de cualquiera medida originaria, como en el arreglo de los detalles para llevar todo a cabo.

Y por consiguiente, se os recomienda notifiquéis que la adopción de cualquiera medida, a este respecto, sea particularmente detallada en cuanto a la inversión que se hiciere y a las razones que os hubieren inducido a creer que era necesario ese gasto en toda su extensión para conseguir el objeto que os hubiereis propuesto.

También se ha supuesto más arriba que, ya sea en el evento de la incorporación del general Craufurd, o ya de otro modo, ninguna duda debe abrigarse de que retendréis posesión, en mayor o menor extensión, de algunas partes de la Costa Oriental.

Pero quedan dos casos que proveer, los cuales, aunque improbables, no deben de ningún modo pasarse por alto. El uno es el de que, a vuestra llegada, encontréis que los puntos hasta ahora ocupados por las tropas de S. M. no lo estén ya; el otro es el de que llegue a ser necesario más adelante el abandonar lo ya poseído y retirar toda la fuerza británica de aquel país. En cualquiera de estos casos, parece que nada más habría que hacer sino considerar el mejor modo como vos y el general Craufurd, con todas las tropas que lleváis cada uno, podréis regresar a Inglaterra.

Sin embargo, al arreglar los medios para eso objeto, así como al decidirse a dar ese paso, deberá atenderse al estado probable de las fuerzas del general Craufurd, entonces, en lo que toca a la sanidad de las tropas, a las provisiones que aun quedasen abordo de los buques y a las consiguientes dificultades que pudieren nacer por alguna nueva y repentina prolongación de su viaje.

Estas consideraciones exigirán no sólo que las órdenes que despachéis al general Craufurd, en el caso de que se halle separado de vos, sean hasta cierto punto discretionales, sino que podrán también influir en determinar

la línea de conducta que juzgaréis conveniente adoptar de acuerdo con el jefe de la escuadra.

Cuidaréis de aprovechar toda oportunidad, para tener al corriente al Gobierno de S. M., de vuestros pocedimientos, puesto que ya se ha visto que la falta de noticias regulares y constantes ocasionan embarazo, con respecto a la comisión cuya dirección se os encomienda ahora.

Tengo el honor de ser, etc.

(Firmado):

HOWICK.

(En ausencia del señor Windham).

Al Teniente General Whitelocke, Comandante de las fuerzas en servicio en la América del Sur.

N.º 7. — El despacho que se publicó ya en la *Gaceta*.

N.º 8. — Despacho privado del general Whitelocke al señor Windham, fechado en Buenos Aires a 10 de Julio de 1807, en que aquel general hace saber, a su llegada a Montevideo, sus inmediatos preparativos de ataque sobre Buenos Aires, la llegada del contraalmirante Murray y del brigadier general Craufurd el 11 de Junio; su determinación de no aguardar el convoy de Inglaterra por considerarse los meses de Julio y Agosto los más desfavorables para operaciones militares; que la Colonia debía ser el punto de reunión; que el contraalmirante Murray llegó el 28 al punto de desembarque; que la escuadra entró en la bahía por la mañana, y antes de obscurecer el ejército desembarcó en la costa enemiga, sin oposición; que la Reducción fué ocupada el día 1.º, después de una insignificante escaramuza; que el día 2 el general Gower cruzó el Riachuelo, tuvo un encuentro con una considerable fuerza enemiga, la derrotó, tomando diez piezas de artillería y algunos prisioneros; que no alcanzó al general Gower

hasta el día siguiente, *a causa de la ignorancia del baqueano*; que el general Gower había quedado estacionario hasta que él llegó, formando en seguida su línea al mando de Sir Samuel Auchmuty; otra al del teniente coronel Guard, a la derecha hacia la Residencia, mientras la brigada del general Craufurd ocupaba las centrales y principales entradas que distaban como tres millas de la gran Plaza y Fuerte de Buenos Aires. Dice en seguida que tenía la intención de dar un riguroso ataque sobre la ciudad, en caso que el general Liniérs se negase a entregarla, pero que, conversando con el general Gower, adoptó su plan de ataque (el cual consta en la causa) en oposición al suyo; que el plan obtuvo buenos resultados en los puntos principales, pero a costa de una pérdida de 2.500 hombres, hallándose entre los prisioneros el general Craufurd. Manifiesta en seguida sus finos agradecimientos a los oficiales y tropa. Que el despacho sería entregado por el teniente coronel Bourke, a quien se refería con respecto a las operaciones militares en aquella parte del mundo.

N.º 9. — Tratado definitivo entre los generales en jefe de S. M. B. y de S. M. C.

N.º 10 y 11. — Son simples instrucciones del señor Windham al brigadier general Craufurd.

N.º 12 y 13. — Son las órdenes en Consejo dadas después de la toma de Buenos Aires que el público ya conoce.

ORDEN GENERAL.

Horse Guards, 24 de Marzo de 1808.

En un Consejo de Guerra General, presidido por el general el muy honorable Sir Guillermo de Meadows, Caballero del Baño, que se celebró en virtud del mandato especial de S. M. (con fecha 28 de Enero de 1808) en el Real Hospital de Chelsea, a 28 del mismo mes, el cual continuó con interrupciones hasta el 18 de Marzo siguien-

te, el teniente general Juan Whitelocke fué enjuiciado sobre los cargos siguientes :

PRIMER CARGO.

Que habiendo recibido el teniente general Whitelocke instrucciones del principal Secretario de Estado de S. M., para la reducción de la provincia de Buenos Aires, adoptó medidas mal calculadas a facilitar esa conquista, que cuando el jefe español manifestó indicios de querer tratar deseando entenderse con el mayor general Gower, su segundo en mando, sobre las condiciones, dicho teniente general Whitelocke mandó un mensaje en que exigía, entre otros artículos, la entrega de personas que ejercían empleos civiles en el gobierno de Buenos Aires, como prisioneros de guerra. Que dicho teniente general Whitelocke, al imponer una exigencia tan fuera de uso y ofensiva, tendente a exasperar a los habitantes de Buenos Aires a producir y fomentar un espíritu de resistencia a las armas de S. M., a alejar la esperanza de un arreglo amigable y a aumentar las dificultades de la comisión que se le había confiado, obró de un modo que no condecía con su deber como oficial, con perjuicio de la disciplina militar y contra las ordenanzas de la guerra.

SEGUNDO CARGO.

Que dicho teniente general Whitelocke, después del desembarque de las tropas en la Ensenada, y durante la marcha desde dicho punto a la ciudad de Buenos Aires, no hizo los mejores arreglos militares calculados a asegurar el éxito de sus operaciones contra la ciudad, y que habiendo sabido, antes de atacar a Buenos Aires, el 5 de Julio de 1807, como aparece en su despacho del 10 de Julio, que el enemigo pensaba ocupar las azoteas, él, no obstante, en dicho ataque dividió sus fuerzas en varias

brigadas y partidas, ordenando que tuviesen las armas sin cargar y no hiciesen fuego bajo ningún pretexto, y de este modo marchasen por las principales calles de la ciudad, desprovistas de los convenientes medios que sirviesen a forzar las barricadas, por lo que las tropas vinieron a quedar expuestas a la muerte sin necesidad y sin la posibilidad de hacer una oposición eficaz; revelando con semejante conducta grande incapacidad profesional por parte de dicho teniente general Whitelocke, tendiendo a disminuir la confianza de las tropas en la dirección de sus oficiales, con menosprecio del honor de las armas de S. M., contra su deber como oficial, con perjuicio del buen orden y disciplina militar y contra las ordenanzas de la guerra.

TERCER CARGO.

Que dicho teniente general Whitelocke no hizo, aunque pudo, ninguna tentativa eficaz, por sus personales esfuerzos ni de otro modo, para cooperar o auxiliar las diferentes divisiones del ejército de su mando, cuando éste estaba empeñado con el enemigo en las calles de Buenos Aires, el 5 de Julio de 1807, por lo cual estas tropas, después de haber encontrado y sobrellevado un fuego constante y bien dirigido, y de haber cumplido la orden al pie de la letra, vinieron a quedar sin apoyo ni nueva orden, viéndose por esto obligados a rendirse los destacamentos considerables mandados por el teniente coronel Duff y el brigadier general Craufurd; propendiendo semejante conducta por parte del teniente general Whitelocke a la derrota y deshonra de las armas de S. M., a disminuir la confianza de las tropas en la habilidad y valor de sus oficiales, siendo indecoroso y deshonoroso a su conducta como oficial, perjudicial al buen orden y disciplina militar y contrario a las ordenanzas de la guerra.

CUARTO CARGO.

Que dicho teniente general Whitelocke, subsiguiente al ataque sobre Buenos Aires, y en momentos en que las tropas de su mando estaban en posesión de puestos sobre cada costado de la ciudad y del principal arsenal, con comunicación abierta hacia la escuadra, y teniendo una fuerza efectiva de unos cinco mil hombres, capituló con el enemigo, con lo que confiesa en su despacho público del 1.º de Julio de 1807, que «resolvió abandonar las ventajas que la bravura de sus tropas había logrado y cuyas ventajas le habían costado como dos mil quinientos hombres, entre muertos, heridos y prisioneros», y que con semejante abandono, sin necesidad y vergonzosamente, aquellas ventajas, evacuó totalmente la ciudad de Buenos Aires y consintió en entregar al enemigo la sólida fortaleza de Montevideo, que había sido encomendada a su cargo, y que al tiempo de la capitulación y abandono, se hallaba bien y suficientemente guarnecida y provista contra un ataque, y que no se hallaba a la sazón en estado de bloqueo ni de asedio; siendo semejante conducta, por parte del teniente general Whitelocke, tendente a la deshonor de las armas de S. M., contraria a su deber como oficial, perjudicial al buen orden y disciplina militar y contraria a las ordenanzas de la guerra.

SENTENCIA.

Habiendo el Consejo de Guerra considerado en debida forma las declaraciones dadas en apoyo de los cargos contra el preso, el teniente general Whitelocke, su defensa y las pruebas que en su justificación ha aducido, opina que es culpable de todos dichos cargos, con excepción de la parte del segundo cargo que se refiere a la orden de que

«las columnas estuviesen con las armas sin cargar, y que no se permitiese hacer fuego bajo ningún pretexto».

El Tribunal desea se sepa claramente que no censura en lo más mínimo las precauciones tomadas para evitar un fuego sin necesidad durante la marcha de las tropas a los puntos propuestos de ataque, y absuelve por consiguiente al teniente general Writelocke de esa parte de dicho cargo.

El Tribunal falla: *«que dicho teniente general White-locke sea dado de baja y declarado totalmente inepto e indigno de servir a S. M. en ninguna clase militar».*

El Rey ha tenido a bien confirmar la anterior Sentencia, y su real alteza el Comandante en Jefe ha recibido orden de S. M. para disponer que ella sea leído a la cabeza de todos los regimientos, a su servicio e insertada en todos los libros de órdenes de regimientos, para que sirva de eterno recuerdo de las fatales consecuencias a que se exponen los oficiales, que, en el desempeño de los importantes deberes que se les confían, carecen de ese celo, tino y esfuerzo personal, que su soberano y su patria tienen derecho de esperar de oficiales revestidos de alto mando.

Para S. M., que siempre ha mirado con el más vivo interés el bienestar, honor y reputación de sus tropas, el reciente contraste en Sud América, ha sido motivo del más doloroso pesar; pero también de gran consuelo, y así S. M. ha dispuesto se haga saber al ejército, que después de la más minuciosa investigación, S. M. encuentra motivos poderosos para congratularse por la intrepidez y buena conducta desplegadas por sus tropas, últimamente empleadas en ese destino, y en particular por las divisiones del ejército que se hallaron personalmente empeñadas con el enemigo en la ciudad de Buenos Aires, el 5 de Julio de 1807, no dudando S. M. que si los esfuerzos de sus tropas

en Sud América hubieran sido dirigidos por la misma habilidad y energía que tan eminentemente han distinguido a sus jefes en otras regiones del mundo, el resultado de la campaña habría sido igualmente glorioso para ellos y benéfico para su patria.

Por orden de su alteza real el Comandante en Jefe.

HARRY CALVERT,
Mayor General y Ayudante General
de las Fuerzas.

**COPIA DE CARTA DEL MUY HONORABLE GUILLERMO WINDHAM
AL BRIGADIER GENERAL CRAUFURD.**

(Muy secreta).

Downing-Street, 30 de Octubre de 1806.

Señor :

Por el buen éxito que las armas de S. M. han obtenido en la Costa Oriental de la América del Sur y la experiencia que los habitantes de aquel país han tenido de la diferencia entre el dominio opresivo de España y el benigno y protector gobierno de S. M. cuyo conocimiento debe desde antes haberse extendido por el continente de Sud América, se espera obtener influencia haciendo una tentativa en la Costa Occidental de dicho continente.

Para ese objeto, y para abrir y facilitar una comunicación comercial con el interior del país, S. M. ha tenido a bien mandar se haga embarcar una fuerza compuesta del modo siguiente :

N.º 5 de infantería — 1.º batallón.....	678 plazas
» 36 id.	900 »
» 45 id.	661 »
» 88 id.	762 »
» 95 id.	500 »
Desertores	250 »
Dos compañías de artillería	250 »

Total..... 4.001 plazas

Y tengo la satisfacción de agregar que S. M. se ha servido elegirnos para mandar esta fuerza.

Se ha dispuesto también que con dicha fuerza siga un competente armamento naval, al mando del almirante Murray, con quien deberéis cooperar; quedando persuadido que será demás indicar que el éxito de la empresa dependerá de la más perfecta armonía y buena inteligencia que sabréis conservar con dicho jefe, observando igual conducta en todo lo relativo a una y otra arma.

El almirante Murray determinará la elección del rumbo que se ha de seguir, ya sea hacia el este, por el camino de Nueva Gales del Sur, o ya hacia el oeste, montando el Cabo de Hornos; y al llegar a la costa occidental de la América del Sur, mucho se ha de esperar de vuestra discreción conjuntamente, con respecto al preciso plan de operaciones que deberéis adoptar.

El objeto de esta expedición es la toma de los puertos de mar y de las fortalezas y la reducción de la provincia de Chile; para lo cual, según positivos informes recibidos, así como por el buen éxito obtenido en Buenos Aires, se cree que la fuerza que lleváis será probablemente adecuada.

Sin embargo, es necesario sepáis no se pretende que vuestras operaciones ultrapasen los límites de Chile, como extenderos hasta el Perú, tentando la toma de Lima, aunque cuando las circunstancias os parezcan favorables, pues podríais empeñaros en una empresa desproporcionada para vuestros medios, que, en caso de contraste, podríais aun arriesgar la pérdida de lo que ya hubieseis obtenido en Chile; acontecimiento que contrariara materialmente las ulteriores miras del gobierno, con respecto a las futuras operaciones, en escala más extendida, en que la fuerza de vuestro mando pueda ser destinada a cooperar.

Si la expedición montase el Cabo de Hornos, se nos ha hecho saber que el mejor punto de reunión para la escuadra, en caso de dispersión, sería la isla de Mocha; sin embargo, sobre este punto, el almirante Murray debe-

rá ejercitar su tino con referencia a la estación del año en que podréis llegar a ese punto. Siendo Valparaíso el puerto de mar de Santiago, así como el de donde Lima se su-ple de grano, y siendo considerado, según las noticias más recientes, un punto de defensa nada formidable, parece presentar el objeto más favorable para vuestro ataque; pero vuestra determinación sobre este punto debe ser tomada de perfecto acuerdo con el almirante Murray, como que la cuestión envuelve tantos puntos de ciencia naval, con respecto a los medios de atracar a tierra y desembarcar la tropa con la menor pérdida posible.

Tendréis bien presente, que el principal objeto de vuestra empresa es establecer y retener una fuerte posición militar sobre la costa occidental de Sud América, desde donde se puedan llevar adelante las futuras operaciones.

Si consiguierais someter la provincia de Chile o parte de ella, vuestra conducta para con los habitantes deberá guiarse por las instrucciones siguientes :

La principal consideración que detuvo por mucho tiempo a S. M. de invadir cualquiera parte del territorio enemigo en la América del Sur, ha sido el peligro de levantar en aquel país, por la bien conocida impaciencia de aquel gobierno, manifestada por los habitantes, un espíritu de insurrección que produjera los más sanguinarios excesos, y que sólo con la presencia de una fuerza muy superior, se podría contrarrestar.

Para evitar este peligro, es la voluntad de S. M. se empleen todos los medios, ya sean de autoridad o ya de conciliación, que estuvieren a vuestro alcance, y que vuestros principales esfuerzos se dirijan siempre al mantenimiento del orden y tranquilidad interna, en los territorios ocupados por las armas de S. M., y aun de los países adyacentes, donde no fomentaréis de ningún modo actos de insurrección, revuelta o medidas que den por resultado otro cambio que no sea el de colocar aquel país bajo la protección y gobierno de S. M.

Es también beneplácito de S. M. que cada clase de

habitantes continúe, en cuanto fuere posible, en los mismos derechos y funciones de que hayan gozado y ejercitado hasta aquí; conservándoles la forma de su anterior gobierno, sujeto sólo a los cambios que haga inevitable la sustitución de la autoridad de S. M. por la del rey de España, con respecto a los individuos empleados en administrar los negocios de la provincia, o a las leyes y reglamentos por que ahora se gobierna.

Sin embargo, adoptaréis todas las medidas que os parecieren más bien calculadas para mejorar la condición y conciliar la buena voluntad de los habitantes; en estos cambios deberá por supuesto incluirse la abolición del impuesto de capitulación que pesa ahora sobre los indios y de las diferentes restricciones comerciales y monopolios impuestos por el gobierno español.

S. M. quiere que, al elegir hombres para empleos bajo su gobierno, particularmente para los judiciales o de finanzas, los naturales de Sur América sean, en todos casos, preferidos a los españoles; y siempre que aquellos puedan con propiedad ocupar el lugar de éstos, deberá practicarse el cambio.

Es también la voluntad de S. M. que todos los reglamentos comerciales, establecidos por el Consejo Privado de S. M., para el tráfico de Buenos Aires, según las inclusas copias de dos órdenes del Consejo se extiendan, tanto como las circunstancias lo permitan, a todas las demás posesiones que S. M. adquiriera en Sud América.

Pero la parte de vuestra conducta que requiere más atención, en el caso a que me refiero, será en lo relativo a las seguridades que deberán darse a los habitantes, en proclamas o de otro modo, sobre la protección con que podrán contar en caso de paz decisiva.

Sobre este punto no podréis seguir mejor regla que la seguida por el brigadier general Beresford, de absteneros de toda declaración, por la que S. M. viniese a quedar comprometido a cualquiera condición que por casualidad pudiera ser inconveniente o difícil de cumplir.

Los habitantes atestiguarían, hasta donde se hubiere establecido entre ellos la autoridad de S. M., y juzgarán de la mala gana con que abandonarían posesiones que pueden ser altamente benéficas a los intereses del reino; y sobre esta base deberán comprender cuál es la conducta que deben observar; pero no puede dárseles con propiedad ninguna seguridad que no sea la de protección, mientras las tropas de S. M. permanezcan en el país, y el deseo vehemente de S. M. de arreglar las condiciones de paz futura de tal modo que no les dé motivo de temor.

Si lograréis tomar posesión de Valparaíso y Santiago, o establecer cualquiera otra base suficiente, en Chile, haréis todo lo posible para comunicarla con la mayor brevedad al brigadier general Beresford, concertando con él los medios de asegurar, por una cadena de puestos o de cualquier otro modo adecuado, una comunicación no interrumpida, tanto militar como comercial entre las provincias de Chile y Buenos Aires.

Tengo el honor de ser, etc.

W. WINDHAM.

Es copia.

E. COOKE.